El maíz no es una cosa

es un centro de origen

El maíz no es una cosa:

es un centro de origen

El maíz no es una cosa: es un centro de origen es una coedición entre El Colectivo por la Autonomía (Coa), el Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular (Casifop), GRAIN y Editorial Itaca. Nuestra publicación fue posible gracias a un apoyo CSFund, al que reconocemos su generosidad y su visión.

Edición: Verónica Villa (Casifop), Evangelina Robles y José Godoy Berrueta (Coa), Ramón Vera Herrera (GRAIN)

Diseño y formación: Daniel Passarge

Portada: Rekusachi, Sierra Rarámuri, Chihuahua, 2009. Foto: David Lauer

Solapas: detalle de un dibujo de Diego Rivera. Fragmento de una foto en Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Edomex, 2010. Foto: Jerónimo Palomares

Dibujos: los dibujos de Diego Rivera provienen del libro *Diego Rivera ilustrador.* México, DF, SEP, 1986. Diego Rivera retrató al campesinado en sus quehaceres y sus luchas con un cuaderno en la mano, y estos dibujos habrían de ilustrar cientos de publicaciones. Los dibujos de Abraham Mauricio Salazar, están reunidos en *El ciclo mágico de los días,* texto de Antonio Saldívar, Consejo Nacional de Fomento Educativo, México, 1979. Los cuadros en estambre que incluimos provienen de la obra comunitaria del pueblo wixárika de Huau+a (San Sebastián Teponahuaxtlán), en particular la familia de Filiberto de la Cruz Díaz, en las sierras de Jalisco, en México. El grabado del hombre cargando un cadáver es parte de la extensa obra del artista chiapacorceño Franco Lázaro Gómez, que con una mirada y una actitud populares retrató la vida de Chiapas, en la primera mitad del siglo XX. Los dibujos antiguos del maíz provienen de varios códices y fueron compilados en el libro *Antiguas representaciones del maíz*, Archivo General de la Nación, Museo de Culturas Populares, 1982, siendo su director Guillermo Bonfil Batalla.

Los textos firmados son responsabilidad de los autores, los que no, de los editores. No mantenemos ningún derecho reservado. Pueden citar el material aquí contenido, pues pensamos que la recirculación de ideas es igual a la circulación de los materiales que las contienen, pero mucho les agradeceremos que citen la fuente. En cuanto a las fotos, les pedimos que contacten directamente a los fotógrafos si tienen interés en alguna fotografía.
Jerónimo Palomares (jeromares@yahoo.com), Prometeo Lucero (prometeo.rodriguez@gmail.com). En el caso de David Lauer sus fotos sí tienen un copyright. Su correo es dalauer@hotmail.com

Fotos: David Lauer, Prometeo Lucero, Jerónimo Palomares, Diego Echeverri, Adán Paredes y Heriberto Rodríguez

[primera reimpresión]

ISBN: 978-607-7957-25-6

Prefacio

Este libro es un reconocimiento, con emoción y esperanza, de los ya diez años de lucha de la Red en Defensa del Maíz. Un reconocimiento por mantener en toda su integridad la vida de los pueblos y comunidades que desde siempre se reconocen en la siembra y los cuidados indispensables para una vida comunitaria y una autonomía. Es también un reconocimiento a todos los agricultores, campesinos o simplemente productores que ven en el maíz un cultivo digno del cual vivir y a partir del cual transformar sus condiciones de vida y justicia.

El Colectivo por la Autonomía (Coa), el Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular (Casifop) y GRAIN reivindicamos ser parte de esa Red en Defensa del Maíz y con nuestra visión particular valoramos su trabajo, su reflexión en torno al maíz y la agricultura, sus diez años de existencia y su empecinamiento contra los transgénicos y contra todo el ataque corporativo que busca erradicar la producción independiente de alimentos.

Nuestra intención es mostrar esta aferrada discusión en un documento que abarque estos años de manera cronológica, mediante un hilo conductor ("la voz del libro" decimos nosotros), que enhebra otras voces de la propia Red y de investigaciones que reconocen esta lucha y contribuyen a la reflexión colectiva que la potencia y la hace fuerte.

Para distinguir "la voz del libro" de las otras voces simplemente cambiamos el tipo de letra. Pensamos que eso es suficiente, que eso ayuda a la claridad general y facilita la lectura.

Es seguro que muchas reflexiones quedaron fuera, que muchas voces no están incluidas. Pero esperamos que lo que está incluido sirva de espejo donde esas otras voces no incluidas se reconozcan, aunque sea parcialmente, o por momentos.

Mucha gente ha contribuido a esta defensa del maíz, a esta defensa de los pueblos del maíz, y a que este libro exista. Los anotamos al final en una lista siempre incompleta de agradecimientos. Pero aquí, es importante señalar que reconociendo la enorme fuerza de los dibujos de Diego

Rivera, el artista mexicano, tomamos fragmentos de éstos —siempre con el respeto que su obra merece y con el afán de vincular tiempos y miradas que no son distantes en este espacio de encuentro que este libro quiere ser. Reivindicamos la idea de que la gráfica puede servir de detonante para que la gente reflexione y se reconozca en otras miradas. Igual funcionan los mágicos dibujos de Abraham Mauricio Salazar, perteneciente a la tradición de los cronistas visuales del papel amate del Alto Balsas en Guerrero, México, que con tal cariño retrata la vida en el cuidado del mundo de las comunidades campesinas nahuas. Los cuadros en estambre que incluimos provienen de la obra comunitaria del pueblo wixárika de Huau+a (San Sebastián Teponahuaxtlán), en las sierras de Jalisco. Las fotos son un recuento visual de la vida de las comunidades campesinas de la Sierra Rarámuri en Chihuahua, la Sierra Huichola en Jalisco, Zacatecas, Nayarit y Durango, las sierras de Hidalgo y Puebla, cubriendo la Montaña de Guerrero, los valles y la Mixteca oaxaqueña, las planicies de Querétaro y Guanajuato, las comunidades aledañas a la ciudad de México en el Distrito Federal y un pedacito de Chiapas.

Este relato involucra a millones de campesinos, indígenas y ciudadanos de México y, a fin de cuentas, del mundo. Busca ser a la vez crónica, reflexión y denuncia de lo que significa la contaminacion transgénica del maíz mostrando el papel de las transnacionales y de los programas de supuesto apoyo para el campo. A través de los diálogos colectivos, los comunicados y las declaraciones muestra la dignidad ancestral de los pueblos, su enorme lucidez de análisis y su claridad política y moral sin tacha. Su lectura territorial nos asoma, no sólo a los sistemas agrícolas que producen la mayor parte de los alimentos que consumimos, sino a la cotidianidad de esfuerzos y cuidados que, pese a la violencia y el abandono, sigue en el intento de mantener la vitalidad y la vigencia de la naturaleza y los seres humanos que juntos configuramos el mundo.

Al terminar el libro nos dimos cuenta que brillaba en toda su intensidad una critica común, profunda, muy pensada, muy remachona, por parte de comunidades, colectivos, organizaciones, y pensadores y pensadoras de variada procedencia, ante ese ataque general contra la territorialidad y los ámbitos comunes que antes eran bastión de nuestra soberanía nacional —un ataque que se escuda en una "legalidad" impugnada en varias instancias internacionales como "desvío de poder" o como "reformas para el despojo".

Ante ese ataque, la historia de defensa de los pueblos del maíz estos años es una historia apasionante, donde los pueblos, los indígenas, los campesinos, la gente común y la sociedad civil honesta, tendrán la última palabra.

Diego Rivera

tres prólogos

El maíz

Durante milenios, la historia del maíz y la de los seres humanos corren paralelas en estas tierras. Más que paralelas: están indisolublemente ligadas. El maíz es una planta humana, cultural en el sentido más profundo del término, porque no existe sin la intervención inteligente y oportuna de la mano, no es capaz de reproducirse por sí misma. Más que domesticada, la planta de maíz fue creada por el trabajo humano.

Al cultivar el maíz los seres humanos también se cultivaron. Las grandes civilizaciones del pasado y la vida misma de millones de mexicanos de hoy, tienen como raíz y fundamento al generoso maíz. Ha sido un eje fundamental para la creatividad cultural de cientos de generaciones; exigió el desarrollo y el perfeccionamiento continuo de innumerables técnicas para cultivarlo, almacenarlo y transformarlo; condujo al surgimiento de una cosmogonía y de creencias y prácticas religiosas que hacen del maíz una planta sagrada; permitió la elaboración de una arte culinario de sorprendente riqueza; marcó el sentido del tiempo y ordenó el espacio en función de sus propios ritmos y requerimientos; dio motivos para las más variadas formas de expresión estética; y se convirtió en la referencia necesaria para entender formas de organización social, maneras de pensamiento y saberes y modos de vida de las más amplias capas populares de México. Por eso, en verdad, el maíz es fundamento de la cultura popular mexicana.

Hay, pues, por todo lo anterior, lo que podría llamarse un proyecto popular en relación con el maíz. Esta planta, con toda su compleja red de relaciones económicas, sociales y simbólicas que la tienen por centro, adquiere un significado profundo para el pueblo mexicano; es un bien económico fundamental y un alimento insustituible, pero es mucho más que eso.

Frente al proyecto popular, abiertamente opuesto a él, se yergue otra manera de concebir el maíz. Otro proyecto. Éste pretende desligar al maíz de su contexto histórico y cultural para manejarlo exclusivamente en términos de

Desgranando el maíz con desgranador, Oaxaca, 2003
Foto: David Lauer

mercancía y en función de intereses que no son los de los sectores populares. Hace del maíz un valor sustituible, intercambiable y prescindible. Porque excluye, precisamente, la opinión y el interés de los sectores populares, los que crearon el maíz y han sido creados por él.

El enfrentamiento entre ambos proyectos está entablado.

Guillermo Bonfil Batalla

*** Guillermo Bonfil (México,1935-1991)** *es uno de los pensadores más importantes de la América Latina contemporánea. Fue director del afamado Museo Nacional de Antropología e Historia en México, y fundador del Museo Nacional de Culturas Populares. Su obra es vasta y trascendente porque en ella reivindicó la relevancia de los pueblos indígenas, de su saberes ancestrales y su cuidar la vida de un modo integral, para el mundo entero. Para Bonfil fue tal la importancia que situó en las comunidades indígenas, que con certeza identificó en las capas profundas de la sociedad mestiza mexicana toda su presencia, su influencia, y su pertinencia en el México contemporáneo. A esto le llamó el "México Profundo".*

Bonfil fue muy certero en insistir en que el maíz era un centro de la vida indígena en Mesoamérica, y en que el maíz no era una cosa sino un tramado de relaciones.

Este texto de Guillermo Bonfil fue leído por la abogada Magdalena Gómez como parte de su diagnóstico jurídico inicial en la audiencia pública Los Transgénicos nos Roban el Futuro (organizada por la Red en Defensa del Maíz, La Asamblea Nacional de Afectados Ambientales y Vía Campesina). Ahí se presentó la primera ronda de argumentos y evidencias para denunciar al gobierno mexicano, a enormes corporaciones y a la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ante tribunales internacionales: por la contaminación transgénica del maíz en México, por la batería de leyes que le niegan a la población el derecho de defenderse de tal contaminación por los cauces legales a nivel nacional, por promover la biotecnología que atenta contra los cultivos nativos y por el intento de registrar, certificar, normar y homologar las semillas, criminalizando los saberes ancestrales campesino-indígenas y los canales de confianza que después de milenios hoy siguen siendo nuestra más vasta y sugerente herramienta de futuro. Este texto fue publicado originalmente en 1982 en El gallo ilustrado, *suplemento del diario* El Día, *el 17 de octubre de 1982.*

Contaminación transgénica: dieciocho puntos ineludibles

1. En cualquier parte del mundo, los cultivos transgénicos están controlados por las mismas seis empresas transnacionales. Las tres mayores controlan, además, el 53% del mercado mundial de todo tipo de semillas comerciales. Todos los transgénicos están patentados, y ése es uno de sus objetivos últimos: controlar las semillas. Tan sólo este mecanismo convierte en delincuente a todas las víctimas de la contaminación por polen u otras vías, o a quien resiembre sin saberlo una de estas semillas de laboratorio.

2. Existen ya numerosos y sólidos informes técnicos y científicos que muestran que los cultivos transgénicos producen menos o igual que las semillas híbridas, que en promedio usan mucho más agroquímicos que las comunes, nativas (ancestrales muchas de ellas), dejando un margen de ganancia menor para el productor, pero mucho mayor para las empresas.[1]

3. Existen también múltiples informes que muestran que es inevitable la contaminación transgénica de otros cultivos, o de plantas silvestres emparentadas, una vez que los transgénicos fluyen en el campo.[2] Así, en vez de ser una "opción" agrícola más, en realidad son el cultivo más imperialista de la historia de la agricultura: parecidos en su operación a los virus y las bacterias, al contaminar extienden su dominio y socavan la diversidad sustituyéndola por unas cuantas variedades (las transgénicas, débiles, inestables, pero eso sí muy legales).

4. Existen varios informes de asociaciones médicas sobre los posibles impactos de los transgénicos en la salud, que señalan impactos graves sobre todo en

funciones inmunológicas, y denuncian que además hay una gran falta de estudios epidemiológicos.[3]

5. Por todo lo anterior, creemos que los cultivos transgénicos son un instrumento de abuso corporativo contra el derecho a la alimentación y los alimentos sanos, contra la producción independiente, diversificada de alimentos, que ocurre en pequeña escala y en manos de campesinos en muchísimos rincones del planeta (al punto de que son quienes proveen la parte más significativa de la alimentación mundial). Es un ataque frontal contra la soberanía alimentaria.

6. En México, además de lo dicho, se comete un crimen histórico por tratarse del centro de origen del maíz.

7. El maíz no es simplemente un cultivo más, no es un solamente un grano, es un complejo tramado de relaciones, un proceso civilizatorio de por lo menos 10 mil años de antigüedad, que sigue vivo. Y en México tiene una vastísima fuerza social. Es la vida misma para un amplio conglomerado de personas que al asumirlo como un sistema diverso (la milpa), e impulsar que lo siga siendo, cuida del mundo mediante los quehaceres propios del ciclo agrícola que incluye el cuidado del suelo, el bosque y el agua mediante saberes tradicionales y así basa su alimentación, su economía, su cultura, su religión y su salud. Cuando este proceso se logra y es pleno, implica entonces la base para la autonomía y para recuperar la historia, y un presente y un futuro propios. Al contaminarlo transgénicamente y entregar su control a empresas transnacionales, se viola y se socava todo lo anterior.

8. El maíz es alimento básico de la población mexicana. En ninguna parte se han evaluado los efectos de la contaminación transgénica donde el consumo cotidiano es cuantioso como el que ocurre solamente aquí. Existen estudios científicos que, con mucho menor consumo, reportan que la ingestión de transgénicos provoca alergias y otros impactos más graves en la salud humana y de los animales.

9. La contaminación del maíz, en su centro de origen, significa contaminar el reservorio genético natural de uno de los cuatro cultivos de mayor consumo a nivel mundial. Este reservorio genético es imprescindible para enfrentar, por ejemplo, enfermedades del maíz y otros problemas creados por el caos climático.

10. Los pueblos indígenas y campesinos que criaron el maíz y se criaron con éste, siguen vivos en México y siguen entretejiendo su existencia con el maíz. El 85% de los productores del maíz son campesinos en pequeña escala. La contaminación y siembra de maíz transgénico es un atentado contra sus derechos y contra el legado que han aportado a la alimentación de la humanidad. Los ataques a los pueblos y las invasiones y el acaparamiento de sus territorios, son ataques a un modo de vida que tiene por objetivo último cuidar el mundo, el maíz y la soberanía alimentaria.

11. Por ser centro de origen, México cuenta con un gran número de maizólogos e investigadores especializados en maíz, que en varias ocasiones

han presentado al gobierno y al público documentos ampliamente fundamentados, mostrando que la contaminación transgénica y la acumulación de transgenes por generaciones de maíz nativo, podrían llevar a su deformación y posible esterilidad, entre otras consecuencias.

12. Por éstas y otras razones (que es inevitable la contaminación transgénica de las variedades campesinas; que hay un desconocimiento de los impactos de los transgénicos sobre la biodiversidad) existía en México una moratoria, decretada desde fines de 1998 y principios de 1999, contra la siembra de maíz transgénico. En 2005, con la aprobación de la Ley de Bioseguridad y Organismos Genéticamente Modificados, se incluyó la obligación de crear un Régimen Especial de Protección del Maíz y eso le permitió a las corporaciones ganar tiempo mientras la sociedad mexicana valoraba y entendía las implicaciones de dicha ley y de su régimen. En los hechos, este régimen fue hecho a un lado mediante artilugios legales que lo redujeron a 8 párrafos dentro del reglamento de dicha ley. Pese a no haber cambiado ninguna de las condiciones por las cuales se estableció la moratoria, ésta se rompió al abrir el gobierno la llamada experimentación "controlada" con el maíz transgénico. Desde 2010 el gobierno permitió la siembra experimental y considera la liberación a gran escala para 2012.

13. Desde 2001 y cada año hasta el presente se ha comprobado mediante estudios del gobierno, de organizaciones civiles y campesinas o de científicos, la contaminación transgénica de maíces nativos, en varios estados del país. Esta contaminación se debió fundamentalmente a la importación de maíz no segregado, a la entrega de semillas "mejoradas" en programas del gobierno y, en los últimos años, a la siembra ilegal intencionada por parte de algunos agricultores en connivencia con las empresas transnacionales de transgénicos, y con la silenciosa complicidad del gobierno.

14. Todas las organizaciones campesinas no corporativas, las organizaciones indígenas, sociales, civiles, de mujeres, de derechos humanos, culturales y muchos científicos, se han opuesto explícitamente y con cartas, demandas y documentos, a la siembra de maíz transgénico en México. La mayoría de los textos enviados a las "consultas públicas" gubernamentales en bioseguridad expresan una oposición a la experimentación y liberación, por una enorme diversidad de motivos.

15. Más de 2 mil científicos de México y otros países presentaron al gobierno de México un "extrañamiento" por la siembra de maíz transgénico en el centro de origen, apelando a mantener la moratoria contra la siembra de maíz transgénico y a que no existen condiciones para contener la contaminación.

16. Diferentes organizaciones civiles han presentado recursos legales en varios momentos del proceso que lleva ya cerca de diez años pero, sin razón de por medio, el gobierno las ha decretado improcedentes o en algunos casos solamente ha detenido el proceso hasta modificar las leyes y luego seguir adelante.

17. La actitud del gobierno ha sido en todo el proceso la de violar o manipular las leyes, y continuar promoviendo, paso a paso, la liberación de maíz transgénico.

18. La Red en Defensa del Maíz impulsó en 2009 una carta internacional, firmada por miles de organizaciones, que se envió a la FAO y al Convenio de Diversidad Biológica (CDB), para exigir protección a los pueblos del maíz y al maíz en su centro de origen. El CDB no contestó nunca la carta, la FAO contestó que era un problema "nacional". Sin embargo, el centro de origen de un cultivo es el centro de origen para todo el planeta, razón por la cual se insiste en ambos organismos de Naciones Unidas en la necesidad de protegerlo de forma particular. Debemos señalar que la FAO y al CDB incurren en falta de responsabilidad en este asunto de importancia mundial para la alimentación y la biodiversidad agrícola.

Los motivos expuestos, más la convergencia con muchos otros factores presentados por organizaciones campesinas e indígenas, y que constituyen un grave escenario de ataques a los pueblos del maíz y al maíz en su centro de origen, conforman un crimen histórico que amenaza a uno de los cultivos más importantes en la historia de la alimentación mundial. Es imprescindible y urgente que desde las Naciones Unidas, se reconozca este hecho y se conmine al gobierno mexicano a prohibir totalmente la introducción de maíz transgénico.

Red en Defensa del Maíz, Ceccam, Grupo ETC, GRAIN,
Cenami, Colectivo Coa, Casifop, Vía Campesina,
Asamblea Nacional de Afectados Ambientales

Notas:

[1] Union for Concerned Scientists EUA, Failure to Yield, Evaluating the Performance of Genetically Engineered Crops, , marzo 2009. http://www.ucsusa.org/food_and_agriculture/science_and_impacts/science/failure-to-yield.html

[2] http://www.gmcontaminationregister.org/

[3] American Academy of Environmental Medicine, Position on Genetically Modified Foods, http://www.aaemonline.org/gmopost.html

***** *Puntos presentados a la consideración del Relator Especial de Naciones Unidas para la Alimentación, Olivier de Schutter, en junio de 2011, durante su vista a México.*

¿Matar la agricultura?

Para entender lo que está en juego con la legalización de los transgénicos, primero hay que distinguir entre agricultura y agroindustria. La agricultura es lo que los campesinos hacen, a como dé lugar, porque es vital sembrar y cuidar el ciclo completo, vasto y entretejido del crecimiento de los varios cultivos (hermanos entre sí o diversos pero complementarios), en sol o lluvia, limpieza y abono; plantar, cosechar y guardar, que le da sentido a todo lo que se vive, sobre todo si es en familia y en comunidad.

La agroindustria es producir (no sólo alimentos) mediante métodos más y más sofisticados (no necesariamente más eficientes) en grandes extensiones de terreno para cosechar grandes volúmenes y obtener mucha ganancia a toda costa. Pero en el fondo, en obediencia a su ser industrial, se pepertra una violencia, incluso extrema, a todos los procesos naturales, a todos los ciclos vitales implícitos en el cultivo, desde la siembra hasta la cosecha y, ahora con los transgénicos, desde el corazón de la vida que es la semilla. También implica una gran violencia la llamada *integración vertical:* una enloquecida carrera por agregarle valor económico a los alimentos con más y más procesos —de la tierra acaparada a la semilla certificada, al suelo, a su fertilización y desinfección megaquímica, a la mecanización agrícola, al transporte, al lavado, procesamiento, empaque, estibado, almacenado y nuevo transporte (incluso internacional) hasta arribar a mercados, estanquillos, supermercados y comederos públicos.

Esta suma de procesos contribuye al calentamiento que extrema la crisis climática (cerca del 50% de los gases con efecto de invernadero provienen de estos procesos combinados), pero también al sojuzgamiento de todas las personas atrapadas de una u otra forma en ese sistema alimentario transnacional, globalizador, que no resuelve la alimentación de las comunidades ni los barrios pero sí los utiliza para realizar los trabajos más innobles y dañinos de toda la cadena mientras, como campesinos, los encierra en un sistema agropecuario industrial que le va robando futuro a sus labores y vuelve trabajo semiesclavizado lo que antes era tarea creativa, digna y de enormes cuidados.

Por eso, producir nuestros alimentos de modo independiente del llamado sistema alimentario mundial es algo profundamente político y subversivo.

Del Renacimiento, por lo menos, cuando se prefiguraron las bases del capitalismo actual, viene la insistencia de privilegiar la producción de grandes volúmenes de alimentos con lógica empresarial y matar la agricultura con sus saberes y prácticas, la vía campesina, porque ésta genera libertad, visión crítica y la posibilidad de luchar contra los sistemas que aprovechan incluso las crisis para sojuzgar y lucrar.

Primero fue el despojo de grandes extensiones de los territorios ancestrales de los pueblos. Después, quienes sembraban cultivos propios e intercambiaban sus saberes ancestrales fueron expulsados del campo por producir sólo para la comunidad sin entrar al mercado. Y aunque los campesinos siguen sembrando un buen porcentaje de la comida natural que se consume en el mundo, el capitalismo-ciudad insistió en vaciar el campo, sumó obreros en las fábricas y en las empresas agrícolas, saqueó los territorios desocupados e insistió en mecanizar el campo.

Con la Revolución Verde, gobiernos y empresas engancharon a los campesinos a comprar semillas híbridas, que primero rindieron más pero después apenas, con muchos fertilizantes y plaguicidas químicos. Los suelos se erosionaron y se volvieron drogadictos. Al mismo tiempo se le quitaron subsidios al campo.

Abraham Mauricio Salazar,
Alto Balsas, Guerrero

Comenzó la guerra por el control de las semillas. Como los campesinos las atesoran desde hace milenios, y las comunidades las mantienen, mejoran, comparten y redistribuyen diversificando su fortaleza, las empresas produjeron semillas de diseño, patentadas, minando la fortaleza diversa de las semillas locales. Comenzó a ser muy difícil vivir del campo y la gente vació muchas comunidades y en ocasiones perdió su ser más antiguo: ser sembradores. La Revolución Verde fue un desprecio consciente de la enorme sabiduría que sustenta los cultivos nativos; la imposicíon de formas de cultivo y consumo muy homogéneas que promueven la dependencia total de las industrias destruyendo muchos saberes que cada comunidad tenía para mantener, fortalecer, repartir y compartir semillas.

Después inventaron los transgénicos, para desfigurar los cultivos, agotar las variedades cuidadas por siglos, su riqueza y significado, y promover la dependencia total de las industrias, quitándole a la agricultura todo su sentido vital.

Hoy, los transgénicos (que desfiguran las semillas), la Tecnología Terminator (que sólo se cosecha una vez y sus semillas son estériles), y la tecnología Zombie o Sistemas de Bloqueo y Recuperación de Funciones (cuyas semillas serán estériles si no se les aplica un químico para recuperarle sus funciones reproductoras que vende la compañía), entrañan el control total de las compañías diseñadoras, productoras y patentadoras de semillas, lo que haría dependientes a las comunidades de las empresas que año con año lucrarán con las semillas "autorizadas".

Las corporaciones quieren matar la agricultura por ejercer un control estrictamente mercantil sobre la producción de los alimentos y sobre quienes los producen, mientras vuelven a vaciar territorios, expulsan mano de obra e incrementan los ejércitos de obreros precarizados. Se trata de un reacomodo empresarial del espacio y un control sin miramientos del esfuerzo humano. Se pretende, llanamente, "erradicar la producción independiente de alimentos".

Matar la agricultura se ha vuelto una cruzada. En África, las grandes compañías y los famosos hombres de negocios, en particular Bill Gates y Rockefeller, emprenden la Revolución Verde 2.0, y la promocionan como la gran salvación para el hambre del continente con paquetes tecnológicos que lo último que buscan es la autonomía de los campesinos. Además de sustituir la labor de por sí sesgada de muchas ONG por el actuar de las grandes empresas, su pose altruista (en realidad una campaña en pos de programas autoritarios de intensificación de cultivos) no nos quita de la cabeza la guerra más terrible de la actualidad —los invisibles 10 millones de muertos en 15 años en la República Democrática del Congo, con el fin de apoderarse de minerales como el coltán, utilizado en componentes electrónicos de computadoras y teléfonos celulares, más el oro y los diamantes de siempre.

Hoy, algunos datos actuales muestran este conflicto antiguo contra la agricultura. Emma Gascó escribía en abril de 2007 sobre los 150 mil suicidios de campesinos en la India: "Aunque también se dan casos de mujeres, los suicidios suelen responder a un patrón similar: un pequeño agricultor, varón, de unos 25 años, que cambió sus cultivos tradicionales por un único cultivo para exportación, por ejemplo, algodón transgénico. El vendedor y las autoridades le aseguraron que sería más resistente a las plagas. Pero este cultivo necesita gran cantidad de agua y pesticidas, para plagas nuevas que el anterior no tenía. Al principio, los bancos le concedían préstamos para estos insumos, ahora ya no, y la única opción son los prestamistas particulares, que le cobran entre un 36% y un 100% de intereses. Si la cosecha va mal o los precios en el mercado internacional fluctúan, la deuda (unos mil 750 euros) se hace impagable y el agricultor decide utilizar el pesticida para suicidarse".[1]

Según el informe de la FAO, también de 2007 "un porcentaje cada vez mayor de los ingresos de las familias campesinas procede de actividades no agrícolas, como el comercio, los servicios y las remesas enviadas por los migrantes. Sin embargo, las ganancias procedentes de la agricultura continúan siendo uno de los principales medios de subsistencia para el 90% de las familias rurales, en particular las familias pobres".[2] Lo escandaloso del dato es que a quienes redactaron el informe les parezca grave que todavía vivan de la agricultura. En su visión deberían haber desaparecido. Según ellos, "los pobres encuentran dificultades para escapar de su situación, ya que a pesar de los incentivos, su capacidad para emprender actividades más lucrativas es limitada. En Guatemala, por ejemplo, las familias pobres obtienen tan sólo el 18% de sus ingresos de labores no agrícolas y del autoempleo". Las familias con más ingresos obtienen 50% de ellos de esas otras labores.

Contrasta entonces el dato que daba en 2003 la Procuraduría Agraria mexicana de que casi 70% de las comunidades y ejidos en México que aceptaron por las malas la certificación (un 79.9% de los núcleos agrarios totales) defienden su tenencia colectiva de la tierra —y así pidieron que se les certificara— contra el Procede que buscó fragmentarla y en los hechos privatizarla para facilitar las reglas del acaparamiento de libre comercio. Hay que enfatizar que el restante 20.1% que se negó a la certificación defiende con más radicalidad el uso y custodia común de sus tierras.[3]

Pese a la presión y el chantaje que ejerció el gobierno para "regularizarla" mediante la titulación, de este universo de propiedad social sólo menos de 0.5% aceptó "la titulación" y menos de 30% de los 101 millones 600 mil hectáreas de la propiedad social se parcelaron, quedando susceptibles de adoptar el dominio pleno, y ser vendidas, rentadas o compradas. Estos datos son de 2003, casi al terminar el programa. Con nuevas sistematizaciones que Ana de Ita publicará pronto, los datos son todavía más flagrantes en este sentido que en 2003.

Según un borrador de discusión del Banco Mundial (de enero de 2010)[4] antes de su informe sobre "interés global creciente en tierras de cultivo" (de septiembre de 2010): "[en México] menos de 15% de los ejidos —casi todos situados en tierras periurbanas— han optado por que sus tierras sean totalmente transferibles". [5]

Dibujo tomado de la *Historia de los indios de Nueva España* (Diego Durán).

Dicha actitud de las comunidades ha contribuido a la resistencia de un pujante movimiento indígena que en sincronía continental, reivindica la autonomía y sus territorios comunales para ejercerla.

Al ver lo anterior, el Banco Mundial tiene en la mira a México, porque no se disgregó el núcleo de propiedad social, y entonces busca que se fomenten las asociaciones de agricultura por contrato o "proyectos conjuntos".

Lo real es que el acaparamiento de tierras que ocurre en otros lados no ha ocurrido en México, o más bien lo están preparando y perpetrando en ese norte tan distinto y distante del resto del país, sitio en que, curiosamente, se emprenden las siembras experimentales y piloto de maíces transgénicos en nuestro país.

En resumidas cuentas, los agricultores, puestos a escoger, siguen reivindicando su vida campesina, de sembradores, y la privilegian por encima de las otras muchas actividades de las que podrían obtener ingresos. Y pese a las instituciones que los cercan, y al mismo tiempo los abandonan, pese a los narcocultivadores y traficantes [que según el Tribunal Superior Agrario ya se apoderaron de 30% de la tierra cultivable en México], pese a todo lo

que los obliga a migrar, ser campesinos es mucho más que "una condición de la cual querer escapar".

Sin embargo, un embate contra la agricultura campesina, contra el tejido de los pueblos que la hace posible, contra las semillas ancestrales, en favor de cultivos transgénicos que promueven la agricultura industrial, y contra cualquier estructura legal con la que puedan contar para defenderse, fortalecerá a las corporaciones y al sistema agroalimentario mundial en su conjunto, expulsará a la gente a las ciudades (o al suicidio) y promoverá un acaparamiento de tierras exorbitante, fortaleciendo otra vez a las corporaciones y a las entidades financieras que lo promueven.

Fragmento de un cuadro de estambre que representa el territorio wixárika. Fue elaborado por la familia de Filiberto de la Cruz Díaz, de Huau+a (San Sebastián Teponahuaxtlán, Jalisco), 2004.

En este contexto, un informe especial del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNPFA, por sus siglas en inglés)[6]: *State of World Population 2007: Unleashing the Potential of Urban Growth,* dedicado expresamente a la migración a las urbes afirmaba que en 2008, por primera vez en la historia, más de la mitad de la población mundial, 3 mil 300 millones de personas, vivirían en áreas urbanas. Se calculaba que serán 5 mil millones hacia 2030. Entre 2000 y 2030, la población urbana se duplicaría en África y Asia. En el informe se afirma que con la presión inmediata de pobreza, vivienda, am-

biente, formas de gobierno y administración, y ante el estallido futuro, es indispensable que las ciudades se planeen de antemano, "buscando reducir la pobreza" y fortalecer "la sustentabilidad". Que casi todo este nuevo crecimiento surgirá en ciudades medias y pequeñas, por lo que hay que "fortalecer sus potencialidades para crecer, y alertar a gobiernos, sociedad civil y comunidad internacional a contribuir creando un cambio sustancial en las condiciones sociales y ambientales de vida".

¿Suena previsor? Es por lo menos sospechoso que el informe intente promovernos tres iniciativas con muchas aristas: "Aceptar el derecho de los pobres a vivir en las ciudades, abandonar el intento de desalentar la migración y de evitar el crecimiento urbano; adoptar una visión amplia y de largo plazo para el uso del espacio urbano, lo que significa, entre otras cosas, proporcionar lotes con un mínimo de servicios de vivienda y planear por adelantado cómo promover un uso sustentable del suelo, mirando más allá de los límites de la ciudad para minimizar su 'secuela ecológica'; y comenzar un esfuerzo internacional concertado para apoyar estrategias para el futuro urbano".

Si tal es el diagnóstico de los expertos de la ONU, es urgente cuestionar públicamente las perspectivas y supuestos que nos orillan a aceptar como irremediable algo que el capitalismo, con toda su voracidad, está provocando. El impulso migratorio es efecto directo del saqueo, el abandono y la devastación de los territorios rurales y del modo de vida campesino a manos de las transnacionales. Eso no lo podemos olvidar.

Pero Thoraya A. Obaid, directora ejecutiva de UNPFA, como si nada, nos recomienda: "Debemos abandonar ese esquema mental que resiste la urbanización y actuar ahora para emprender un esfuerzo global concertado que ayude a las ciudades a desatar su potencial, uno que dispare crecimiento económico y resuelva los problemas sociales".

Lo urgente es iniciar un amplio debate sobre lo que significa el círculo perverso campo-ciudad, sobre los efectos que la devastación del campo produce en las ciudades y cómo, a su vez, el crecimiento urbano creará problemas de sustentabilidad irremontables para campo y ciudad. Y claro, las cifras son alarmantes: "Entre 2000 y 2030, la población urbana de Asia crecerá de mil 360 millones de personas a 2 mil 540 millones, y la de África crecerá de 294 millones a 742 millones. En América Latina y el Caribe pasarán de 394 millones a 609 millones".

Eso es probable, como lo es el "millón de personas que llega a vivir semanalmente a las ciudades" en África y Asia, según cálculos de UNPFA. Pero lo crucial es entender, para cualquier acción futura, que dichas cifras no ocurren de la nada. Son el síntoma más evidente de la muerte programada que el capital pretende asestarle al campesinado y a todas sus estrategias de sobrevivencia, creatividad y dignidad humana. La señora Obaid nos dice alegre o cínica: "los dirigentes deben ser pro-activos y con una mirada de gran alcance explotar plenamente las oportunidades que ofrece la urbanización". Tal vez debamos insistir que abandonarnos a la urbanización es aceptar el suicidio planetario que ningún planificador parece querer ver.

Mientras tanto, más de 2 mil millones de personas, en las familias y comunidades de todo el mundo, siguen guardando su semilla cosechada para volverla a sembrar en el siguiente ciclo desde hace unos diez mil años.

Este libro hace eco de esta milenaria práctica y documenta una resistencia muy concreta que defiende el corazón de la existencia campesina descrita, por lo menos en México: el maíz, su tramado de relaciones, la agricultura campesina que lo hace posible, las semillas como corazón de la humanidad. Para entender esta resistencia, hace falta documentar el ataque que el Estado mexicano junto con las corporaciones han emprendido contra las comunidades campesinas indígenas.

Desde 1992, por lo menos, en México las cámaras de diputados y senadores decidieron abrir un paraguas protector para las grandes empresas (y sus socios en los centros de investigación) mediante legislaciones que extreman la vida de las comunidades indígenas contra quienes estas leyes van dirigidas casi con dedicatoria.

No es el ámbito de este texto detallar cuántas y variadas son las leyes o reformas constitucionales que hacen exactamente lo que planteamos pero sí es vital entender que la aprobación de la Ley Monsanto o Ley de Bioseguridad de Organismos Genéticamente Modificados (aprobada por la cámara de senadores en abril de 2003, por la de diputados en diciembre de 2004 y publicada en el *Diario Oficial de la Federación* en marzo de 2005), no sólo santifica la siembra de maíz transgénico sino que impide que alguien, con la ley en la mano, pueda cancelar y prohibir tales siembras.

Se trata de un desmantelamiento general de las herramientas legales con que contaba la población mexicana. El ataque es frontal contra los pueblos campesinos indígenas —justamente quienes podrían, con sus saberes ancestrales y su visión agrícola para cuidar el mundo, abrir el panorama futuro de la alimentación mundial y la crisis climática, por lo menos.

Y no es sólo la "Ley Monsanto". Son también sus reglamentos y el enorme paquete normativo que incluye una ley de semillas, tan aberrante que pretende barrer con las semillas nativas por no ser homogéneas, y reducir las restantes a unas cuantas variedades que, certificadas, sean el único equipaje (con costo monetario) para tejer una deslavada biodiversidad del maíz nativo, ese vastísimo bien común de la humanidad.

Así, se busca plantar variedades transgénicas en todas las zonas posibles, porque el intento es que las semillas que se siembren en México sean de laboratorio, sean propiedad de un puñado de compañías, cuenten con catálogos de rasgos fijos (algo imposible), estén asociadas a paquetes tecnológicos de agrotóxicos y respondan con las "ventajas" supuestas que las hagan rentables o utilizables por tales compañías, para fines ajenos a la alimentación. Se sembrarán en tierras acaparadas en renta o venta para iniciar una eufémica etapa experimental que tramaron gobiernos, empresas e inversionistas, mientras los intermediarios cobran por convencer a los agricultores socios de que no les tendieron una trampa.

Jaraneros participan en una manifestación de la Red en Defensa del Maíz, México, DF, 2009. Foto: David Lauer

Mientras tanto, en México la Red en Defensa del Maíz lleva más de diez años trabajando por abajo con comunidades, organizaciones, proyectos e individuos que, desde muchos ámbitos, entienden con claridad que sólo podrá defenderse el maíz si se defiende la vida como cultivo en su conjunto, si se defiende la vida de los pueblos del maíz, la visión campesina indígena, los autogobiernos por los que han peleado los pueblos por décadas, si se defiende el larguísimo plazo de una visión integral que revindica las semillas ancestrales propias que se guardan y se intercambian por canales de confianza. Y que esto pasa por trabajar defendiendo el territorio y por ende el agua, el bosque, los sistemas propios de gobierno y los saberes locales, con el empeño consciente por sembrar alimentos propios con justicia, respeto y autonomía.

La Red siempre ha estado conectada con los que desde las regiones se empeñan en reflexionar juntos y toman su vida en sus manos y no con quienes buscan un cambio en un párrafo o una ventaja más o menos favorecedora en las leyes. Eso pone a la Red aparte de otras campañas que favorecen la búsqueda de reformas en las leyes. La Red busca conectar a los colectivos que piensan y defienden la vida campesina desde diversas regiones del país.

Para la Red es claro que los intentos gubernamentales por sembrar maíz transgénico se sitúan en el norte del país porque ahí, desde la Conquista, el sistema impuesto intentó arrasar con todo lo que le estorbaba, se apoderó de cuanta tierra pudo, y diezmó a todos los núcleos de población indígena. Ahora intentan convencer a ejidatarios y agricultores comerciales sin pasado ancestral de siembras propias que los transgénicos son progreso, y así van avanzando en sus enclaves, con permisos renovados, para las grandes compañías.

En estos diez años, en cambio, el sur y el centro se han vuelto un bastión de defensa, no sólo del maíz sino de la autonomía indígena que lo

hace posible, y aunque se intenten estas siembras industriales habrá un núcleo de resistencia frontal.

Este libro intenta visibilizar la resistencia contra el maíz transgénico en México; visibilizar el trabajo modesto y fuerte de la Red en Defensa del Maíz durante estos diez años y, sobre todo, celebrar la defensa integral de los pueblos del maíz y la autonomía de los pueblos indígenas que pueden hacer posible una producción de alimentos independiente basada en una agricultura campesina, comunitaria.

Nuestro libro pretende ser una campaña activa y directa para reivindicar los argumentos y la legitimidad acumulados en diez años (podríamos decir en 10 mil años) y no claudicar en esa actitud de construir un largo plazo por abajo. Tejer relaciones con la ciudad, pero sin la vieja distinción entre productores y consumidores, haciendo ver a la gente de las ciudades que quienes están en aprietos a mediano plazo son los pobres en las urbes, que ni tienen tierra ni semillas ni saberes para sembrar y que sufren todas las políticas impuestas por un horrendo sistema agroalimentario industrial internacional, que va por todo, a costa de todo.

Notas:

[1] Emma Gascó, "Más de 150 mil suicidios en la India desde la liberalización de la economía, *Diagonal,* 18 de abril de 2007.

[2] FAO, *Actividades para generar ingresos rurales. Comparación entre países*, junio de 2007

[3] Ver Ana de Ita, *México: Impactos del Procede en los conflictos agrarios y la concentración de la tierra,* Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, 2003, http://www.landaction.org/gallery/Mon%20PaperMEXICOSpan.pdf

[4] *Principles for Responsible Agricultural Investment that Respects Rights, Livelihoods and Resources,* nota de discusión preparada por FAO, IFAD, UNCTAD and the World Bank Group to contribute to an ongoing global dialogue, 25 de enero de 2010

[5] The World Bank, *Rising Global Interest in Farmland Can It Yield Sustainable and Equitable Benefits?,* 7 de septiembre de 2010

[6] UNPFA, *State of World Population 2007: Unleashing the Potential of Urban Growth.* http://www.unfpa.org/swp/

uno

Diego Rivera

Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Tenango del Valle, Edomex, 2010. Foto: Jerónimo Palomares

Las enseñanzas del maíz

El maíz está genéticamente contaminado en su centro de origen. Pese a las manipulaciones, negativas, evasivas, falsedades seudo científicas, mentiras a medias, eufemismos, justificaciones penosas e intentos de acallarlo, el maíz está genéticamente contaminado en su centro de origen.

No fue producto de la casualidad: es una estrategia consciente que sólo requirió un tiempo para mostrar sus efectos. Es innegable que el cauce natural de toda semilla es diseminarse: es inevitable, eso la hace semilla. Es también innegable que el maíz se cruza abiertamente. Si no lo supieran los servicios de extensión técnica, los centros de investigación y los genetistas, pregúntesele a cualquier campesino. Sitúese una variedad de maíz genéticamente modificada en una zona campesina con alta diversidad e intensidad de cultivo del maíz, y sólo será cuestión de tiempo para que la nueva variedad sea adoptada como una más, y la contaminación tome rumbos variados e insospechados. Por supuesto, al inicio téngase cuidado de no indicar que la semilla introducida es transgénica, para que los mecanismos de defensa y elección no puedan funcionar hasta que sea demasiado tarde. Y para cubrirse de cualquier acusación, téngase la desvergüenza de asegurar que la semilla transgénica no era semilla, sino sólo grano. Después, cuando la contaminación se detecte y cause indignación, trate de negarla. Si no es posible, cúlpese a los campesinos de la zona por haber actuado como todo campesino sabe actuar: incorporando y probando las semillas que tiene a disposición.

La pregunta de por qué causar contaminación a propósito ha provocado reacciones en diversas autoridades científicas. Hemos escuchado las aseveraciones más increíblemente antojadizas al respecto. Todas ellas parecen apuntar a que ya que la contaminación genética está aquí para supuestamente quedarse, a los mexicanos no les queda más que resignarse y aceptar la vida (contaminada) tal cual es. Pero el mensaje no va dirigido sólo a México, sino a todos quienes resisten la transgenie. Si el centro de origen ya se contaminó, ¿por qué no contaminar el resto? Si el maíz está contaminado, ¿por qué no contaminar los cultivos restantes?

Esto nos afecta a todos. En primer lugar, a los muchos pueblos mexicanos y mesoamericanos para quienes el maíz es base del sustento, elemento central de la economía, y parte esencial de su relación con lo sagrado. Afecta a todos los pueblos latinoamericanos que adoptaron, cuidaron y dieron forma a sus propias variedades, muchos de ellos llegando a comprender que el maíz es parte de lo sagrado. Afecta igualmente a muchos pueblos africanos y asiáticos que hicieron exactamente lo mismo, sólo que siglos después. Afecta a todos los que aún lo cultivan con cuidado y cariño, porque si el maíz fue contaminado a propósito, con certeza se hará con los demás cultivos. Nos afecta a todos porque somos testigos del inicio de un proceso cuyas consecuencias ni siquiera podemos imaginar. Como humanidad, vemos cómo un grupo muy pequeño de personas, movidos por la arrogancia o la fuerza del dinero, apoyados por distintas formas de poder, están jugando a ser dioses sin avergonzarse. Si algo de decencia hay en los científicos y directivos de las empresas de biotecnología, en las autoridades de la FAO, del Convenio de Biodiversidad, del CIMMYT y de varios otros centros de investigación, en muchas autoridades gubernamentales, lo que deberían hacer con mayor intensidad en este momento es sentir vergüenza: por hacer lo que hacen o por no hacer lo debido para evitar el desastre. Y la vergüenza debería ser profunda e insoslayable.

La situación que vive el maíz es resultado de un largo proceso de agresiones contra el maíz mismo y contra todos los mecanismos y procesos sociales que lo hicieron posible, especialmente contra los pueblos que lo crearon, lo cuidaron y lo han mantenido vivo durante tantos siglos. Tales agresiones incluyeron desconocer todo el rico y sofisticado saber que sustenta los maíces locales, imponer formas de cultivo y consumo hipersimplificadas, destruir los sistemas locales de mantenimiento, mejora y distribución de las semillas y, por sobre todo, destruir su carácter sagrado y procreador.

El proceso de contaminación genética es, por tanto, una señal —quizás la más alarmante— de un conjunto de agresiones que continúan y pueden terminar con la riqueza y significado de una de las plantas cultivadas más importantes y más sofisticadas del mundo.

Qué se necesita para defender al maíz en su integridad —no sólo contra la contaminación genética. La única respuesta honesta que podemos darnos es: apoyar la restauración de aquellos sistemas, procesos y dinámicas que crearon el maíz y lo mantuvieron diverso durante tantos siglos. Ninguno de esos procesos es posible sin la permanencia de los pueblos indígenas y campesinos que los pusieron en marcha.

En qué consisten los sistemas antes mencionados, no es atribución nuestra decirlo. Es privilegio de los pueblos indígenas y campesinos de México y América Central explicitar qué los hace pueblos y culturas vivientes. Nuestro papel es apoyar las luchas, construcciones y esfuerzos que emprenden para ser, vivir y mantenerse como tales. La solidaridad pasa por tomar conciencia

de que todos esos pueblos sufren procesos de agresión económica, social, cultural y militar de graves proporciones, y cooperar con las formas de reacción que tales agresiones ameritan. Durante los ochenta, las ONG del mundo nos caracterizamos por denunciar las situaciones de injusticia, inequidad y falta de libertades que se enfrentaban en distintas partes del mundo. Lo que hoy ocurre con el maíz y los pueblos que buscan defenderlo nos recuerda dolorosamente que las situaciones que antes denunciábamos aún no se superan; en muchos casos han empeorado.

Las agresiones son también de tipo "técnico". Las ONG insistiremos en demostrar que la tecnología carece absolutamente de la supuesta neutralidad con que normalmente se le intenta disfrazar. Toda tecnología refleja la ideología, las visiones de mundo y los intereses de quienes le dan forma y buscan diseminarla. Que estos elementos se reflejen de manera premeditada o inadvertida es secundario. Debemos apoyar procesos que incorporen fuentes de tecnología diseñadas para generar autonomía y reforzar las capacidades locales.

Quizá nos hemos quedado cortos en derivar todas las consecuencias. Recientemente, varias organizaciones dieron un paso importante en Filipinas al explicitar frente al motor de la investigación internacional: el cambio necesario no implica sólo una investigación distinta, sino cambiar la investigación de manos, a las manos de quienes crearon, crean y mantienen los fundamentos de toda la verdadera riqueza agrícola que nutre al mundo. Esa conclusión es igualmente válida en lo tocante al maíz.

La descontaminación del maíz, la restauración de su carácter sagrado y de las relaciones de respeto profundo que por él se debe tener no podrá ser obra de científico ni centro de investigación alguno, sino obra de los pueblos que aún lo cultivan con cariño. En la medida que la contaminación no pueda seguir negándose, veremos ofrecimientos bien o mal intencionados, respetables o desvergonzados, de descontaminar el maíz mediante esfuerzos científicos de envergadura. No sería sorpresa que distintos centros de investigación, incluido el CIMMYT, ofrezcan descontaminación, o al menos dirigirla. Probablemente se erigirán como los únicos capaces de lograrlo. Dirán que sólo ellos pueden producir semilla no contaminada; que lo más que pueden hacer los campesinos es reproducir la semilla que ellos entreguen. Dirán que aquellas comunidades cuyo maíz ha sufrido contaminación deben quemar su semilla, o entregarla para que se descontamine. Tal vez dirán, de manera lamentable, que no se puede descontaminar cada población contaminada, y que por tanto habrá que resignarse con descontaminar una población "representativa" por variedad, la que habrá que distribuir a lo largo y ancho. Y quizá después digan de manera aún más lamentable que es imposible descontaminar todas las innumerables variedades locales ya contaminadas, y que habrá que resignarnos a que se pierdan tales variedades —tal vez de manera obligatoria— para evitar la re-contaminación.

O quizás digan algo distinto, pero si emprenden o anuncian acciones pensando que son ellos los que pueden definir, diseñar, dirigir o implementar los esfuerzos de descontaminación, están irremediablemente destinados a cometer errores tanto o más dañinos que la contaminación misma. La riqueza y diversidad del maíz es producto inseparable y absolutamente dependiente de la riqueza y diversidad humana. Son miles las variedades existentes, cada una es importante por algo, para alguien, para algo, y para el maíz en su conjunto. Ello se aplica incluso a las variedades que puedan aparecer como marginales o insignificantes. Todas son parte del mismo tejido.

La pérdida de cualquiera de ellas es una pérdida de lo sagrado. Por lo mismo, el maíz jamás puede quedar en manos de un grupo, no importa cuán escogido o comprometido esté. El carácter colectivo de la crianza del maíz es lo que ha mantenido su riqueza. Lo que algunos no pudieron, otros sí conservaron. Lo que algunos hicieron mal, otros lograron —manteniendo la riqueza. Lo que algunos no probaron, otros sí, agregándole un nuevo atributo, o adaptándolo a nuevas condiciones, para continuar creando la plétora de variedades que hoy nos asombran. La riqueza no se detiene en la cantidad de variedades. Cada persona, familia o comunidad por la que pasa una variedad le agrega o transforma algo. Las variedades locales no son un conjunto de poblaciones iguales una a las otras, están en continua evolución, como corresponde a todo ser vivo, son conjuntos de poblaciones suficientemente cercanas como para reconocerse similares, pero lo suficientemente diversas como para impedir que exista una muestra "representativa".

Esto permite que cada año los buenos cultivadores renueven la semilla de sus variedades intercambiando con algún otro campesino de zonas cercanas o no tan cercanas. Si las variedades locales fuesen lo que los centros de investigación dicen, la renovación de la semilla sería imposible; el maíz sería muchísimo más pobre y frágil.

Ningún centro de investigación, ni el conjunto de los mismos, podrá hacerse cargo de tal diversidad, incluso si hubiera en ellos una actitud de compromiso genuino con el maíz y lo que representa. Ninguna estrategia única puede hacerse cargo de tal complejidad y riqueza. Es sólo la acción de colectivos humanos complejos, ricos y diversos, trabajando en ambientes de todo tipo, en condiciones de tomar decisiones de manera descentralizada y diversa, de aplicar estrategias y herramientas diversas, de buscar objetivos diversos e incluso divergentes, lo que finalmente permitirá mantener, restaurar y fortalecer la riqueza y diversidad del maíz.

Aunque los centros de investigación, mediante algún esfuerzo mayúsculo, fuesen capaces de respetar y mantener la diversidad del maíz, su integridad no estaría a salvo. Cada variedad de maíz refleja una conversación entre cultivadores y cultivo. Es una conversación que los más sabios llevan a cabo con gran cuidado y cariño, porque saben que el maíz no sólo da sustento y autonomía: es quien enseña a cuidarlo y mantenerlo. El saber en torno al maíz está aso-

ciado a la experiencia misma de mantenerlo, es colectivo y eternamente cambiante porque las conversaciones se comparten y nunca se repiten. Cuando la semilla se pone en manos de unos pocos, la comunicación y el aprendizaje queda en manos de esos pocos. Los sistemas de aprendizaje se deterioran, el cuidado del cultivo se deteriora, los procesos de dependencia se profundizan y eternizan. La autonomía, esencial para la sobrevivencia, sólo se mantiene en la medida que se ejerce.

Selección de semilla en Rekusachi, Chihuahua, 2010. Foto: David Lauer

Una vez más será tarea de los pueblos indígenas y campesinos convertirse en custodios, restauradores y generadores de la integridad del maíz. No hay alternativa realmente eficaz. Es tarea mayúscula, pesada y exigente. Decirlo sabiendo que tales pueblos están sometidos a presiones extremas, a situaciones de agresión militar y luchando por su sobrevivencia física, puede aparecer profundamente ofensivo e irrespetuoso. Lo sería si no hubiera señales de que muchas comunidades indígenas, campesinas, ya buscan formas de enfrentar el problema de manera autónoma. Lo será si no hacemos presión desde donde podamos por que se den las condiciones necesarias para resguardar el maíz.

El maíz no sobrevivirá si no sobreviven los pueblos que lo cuidan y/o le dieron origen. Al menos tres condiciones requieren esos pueblos y las vienen exigiendo con diversas luchas: el término de las condiciones de guerra abierta o encubierta a la que son sometidos de manera creciente y cada vez más aguda; el acceso a un conjunto de recursos y garantías que les permitan decidir qué hacer y cómo para lograr su continuidad como pueblos, sin tener que batallar contra el empobrecimiento acelerado, el desmembramiento físico de la migración desatada por la pobreza y la falta de perspectivas, el desmembramiento territorial de las invasiones del gran capital o de grandes obras de infraestructura; el respeto y apoyo a sus procesos de autonomía, lo que en el caso del maíz significa, entre otras cosas, reconocer y poner a la cabeza de todo el proceso las formas de conocimiento y construcción de saberes que han desarrollado como pueblos en la historia.

Significa invertir los papeles clásicos de la investigación agrícola y en recursos genéticos: los especialistas han de ser los indígenas y campesinos; los actuales técnicos (partiendo por los equipos técnicos de las ONG), científicos y centros de investigación deberían convertirse en fuentes de información cuando los especialistas lo crean necesario.

Las experiencias acumuladas durante la última década apoyando iniciativas de control y resguardo local de la biodiversidad cultivada o no cultivada, los procesos locales de fortalecimiento social y cultural, nos tornan optimistas. La complejidad y gravedad del problema nos exige también aprender con rapidez cómo solidarizarnos eficazmente con luchas mucho más amplias que la sola defensa de la diversidad biológica que trascienden los fundamentales procesos locales. Un proceso así es muy complejo, pero esperamos no evadir un conjunto de complejidades que hoy se entretejen y condicionan inapelablemente el trabajo en torno a la biodiversidad y los derechos de las comunidades.

GRAIN

***** *Como parte del equipo de GRAIN, la investigadora Camila Montecinos participó activamente en todo el proceso de entender el significado de la contaminación transgénica del maíz desde sus primeros síntomas, en México. Su participación fue un elemento fundamental en la fundación de la Red en Defensa del Maíz con la que ha seguido colaborando cercanamente. Decidimos publicar completo este texto, pese a estar citado en amplitud en diversos capítulos del libro que nos ocupa, por su importancia crucial, dado que coteja la visión integral, detallada y cotidiana de los campesinos y campesinas que desde hace diez mil años son comunidad con el maíz y su propia comunidad natural.*

El maíz y la vida en la siembra

Uno de los rasgos más antiguos de los pueblos originarios es que la vida es la siembra. Ser campesinos no es una actividad más. Toda una visión milenaria y una manera de relación con el mundo vienen de ahí. Ser sembradores, desde siempre, producir alimentos propios cuidando de la familia y la comunidad hace que el trabajo, las relaciones sociales, el espacio y el tiempo, se vean de un modo particular. Ser campesinos es valorar lo comunitario y en colectivo relacionarse con la tierra, y con el territorio. La conversación con que se crió el maíz es también colectiva. En gran medida, quien siembra para comer no necesita trabajar por dinero para aquéllos que explotan su trabajo.

Una relación con la siembra, minuciosa y detallada, crea vida a diario y obliga a prestar atención a muchos signos. En cada tarea de cultivo se cumplen ciclos diminutos que dan orden, sentido, al paso largo de otros ciclos más grandes como el del sol durante el año, en un verdadero tejido de estaciones, climas, humedad. Los campesinos ven detalles que la gente de las ciudades no mira.

Ser sembradores, campesinos, es una espiritualidad completa, colectiva, comunitaria, que nos enfrenta de inmediato con los sistemas que nos quieren imponer tantas formas de relacionarnos. Esto nos da conciencia de ser diferentes, de resistir las imposiciones, nos hace ver claramente los ataques de los gobiernos y las empresas.

Pensar que el maíz es sólo un "rasgo cultural" que hay que "comprender", "tolerar", en una época de "multiculturalidad"; proponer que la cultura o vía campesina es un aspecto del pasado al que hay que guardarle un nicho (si se pudiera en un museo, mejor) "es no entender que nuestra vida sin maíz, sin siembra, no es vida. Ser sembradores no es folklore, es nuestra existencia entera".

Crianza mutua. El maíz no es una cosa, ni sólo una mercancía o un cultivo: el maíz es un tejido de relaciones. Se originó hace unos 10 mil años de la crianza mutua, de la conversación entre pueblos originarios de

Mesoamérica y algunos pastos que, con el cultivo, se fueron haciendo al modo humano. Poco a poco aprendimos que el maíz es comunidad con el frijol, la calabaza, el chile y otras plantas, algunas medicinales. A esa convivencia los pueblos de México le decimos milpa y en otros lugares le dicen chacra. Esta crianza mutua entre campesinos (sobre todo las mujeres) y maíz hizo que éste dependa de la gente para cumplir su ciclo de vida y ya no se da silvestre. Es una crianza mutua que han ejercido muchos pueblos diferentes, por eso el maíz es tan variado y los pueblos florecieron tanto en la historia: su diversidad cultural y la del maíz se alimentan mutuamente.

Su versatilidad. El maíz tiene sus parientes silvestres, pastos no comestibles que se encuentran todavía en México, Guatemala y Nicaragua, y su permanencia da esperanzas de que el maíz siga vivo. El maíz de nuestros días es muy versátil: rinde mucho, es muy nutritivo y se adapta a variados ambientes: es tan noble que se esparció por toda Mesoamérica y gran parte de América del Sur y del Norte. Cuando se conoció el maíz en el Viejo Mundo, todos quedaron impactados por la facilidad con que se prepara, lo mucho que rinde a partir de unas pocas semillas, lo poco que se desperdicia pues tiene "su propia envoltura", el tiempo que dura bien almacenado, la cantidad de nutrientes que proporciona. Puede cultivarse en muchos climas y humedades, del semidesierto a las selvas, en las tierras templadas del altiplano y las bajas tropicales. Madurar le lleva de cuatro a trece meses. Crece en planicies, en cañadas, en terrenos fértiles o pedregosos.

Dicen que hay más de 60 razas de maíz en México, y más de 250 en toda América. Hay más de 16 mil variedades. Entre los cientos de maíces tradicionales usados todos los días por los campesinos e indígenas de México existen blancos, rojos, amarillos, azules, negros, pintos, con mazorcas pequeñitas o que miden más de treinta centímetros, con granos dientones o finitos, con caña gruesa o delgada, más duros o más blandos.

Las hojas y raíces se usan como medicina (los cabellos del maíz tierno se usan como diurético y para disolver cálculos renales; combinado con otras plantas cura males hepáticos y biliares; los pistilos de la flor se utilizan como tranquilizantes). Bebidas de maíz se usan como sustituto para niños que no toleran la leche, la masa se usa para cubrir heridas; las mazorcas tostadas para madurar abscesos.

Con la Conquista el maíz llegó a otros continentes. Hoy muchos pueblos de los países europeos, africanos y asiáticos dependen de él para sobrevivir. Es uno de los cuatro cereales que aportan más del 50% de toda la nutrición de la humanidad. En 18 países (12 de América Latina y 6 de África), es el principal alimento.

Las variedades tradicionales, en especial de México, son la reserva más importante para criar maíz en todo el mundo.

El cuidado del mundo. La vía campesina en el mundo sigue siendo pujante todavía y hoy gran parte de la población mundial es campesina y somos nosotros, justamente esos vilipendiados cuidadores del mundo, quie-

nes alimentamos al resto de la humanidad. Si sucumbiéramos las comunidades indígenas que hemos cuidado del maíz escuchando su voz milenaria, el futuro de la humanidad estaría amenazado.

Hay colectivos que no le pedimos permiso a nadie para ser, por el solo hecho de tener un cultivo del cual nos alimentamos como fruto de labores comunitarias, sin depender del exterior casi para nada. Esto nos permite cuidar nuestra comunidad, nuestro territorio, el bosque, el agua, los seres vivos materiales y espirituales, la biodiversidad y nuestros saberes tradicionales y contemporáneos que son toda una manera de asumir la vida. El impulso vital que existe entre la milpa o chacra (que es también una comunidad) y la comunidad humana, tiene un corazón político y social inagotable, por eso, después de 10 mil años en que nuestras semillas siguen vivas, hoy sembrar maíz con nuestras propias semillas es un asunto político.

La guerra contra los campesinos. Despojados de vastas extensiones de nuestro territorio ancestral los pueblos indígenas seguimos sembrando maíz en las laderas y en las terrazas, a veces en condiciones muy difíciles. El maíz lo ha resistido todo.

Las grandes empresas y los gobiernos decidieron que quienes sembramos maíz nativo —con tantos saberes que le dan vida— debíamos irnos del campo pues sólo producíamos para la comunidad sin entrar al mercado. Quieren que la gente que sembramos nos vayamos a la ciudad a las fábricas o a las grandes empresas agrícolas a trabajar semi-esclavizados, y así poder quedarse con nuestro territorio y con todas las riquezas que ahí se encuentran.

Desde los años cincuenta, los gobiernos y las empresas, cómplices, engancharon a los campesinos a comprar semillas llamadas híbridas, que al principio rendían más pero después sólo con muchos fertilizantes y plaguicidas industriales apenas muy poco. Los suelos se erosionaron y se hicieron dependientes de esas drogas, que muchos compran año con año para que los terrenos rindan.

Hoy, los campesinos que tienen menos posibilidad de sobrevivir son quienes cambiaron su semilla por las híbridas y se metieron a pagar año tras año por bultos de esos agrotóxicos, desgastando sus suelos. Comenzó a ser muy difícil vivir del maíz y la gente vació muchas comunidades y perdió su ser más antiguo: ser sembradores. Con las tecnologías de la Revolución Verde se despreció la enorme sabiduría que sustenta los maíces nativos, se impusieron formas de cultivo y consumo muy emparejadas, se destruyeron muchos modos que las comunidades tenían para mantener, mejorar y compartir las semillas.

La privatización de la tierra abrió de nuevo la especulación agraria, las invasiones y expropiaciones, y dio entrada a los megaproyectos que hoy amenazan a cualquier comunidad rural cuyo sustento sea la agricultura. Se extremó así la creciente marginación social en el campo. Se provocó la expulsión de mano de obra a las ciudades o a los campos de jornaleros, el vaciamiento de los territorios, fomentado también por la escuela oficial, que les inculca a

niños y jóvenes que estudiar sirve para recibir un salario, y dejar de ser campesinos e irse. Estas ideas arruinan de tajo la relación con la tierra y el orgullo de producir la propia comida.

La contaminación transgénica es la señal más alarmante porque es intencional. Los transgénicos desfiguran en su esencia el maíz con lo que llaman genes modificados (partes de otras especies que incorporan con violencia a las semillas de maíz en los laboratorios); agotan la variedad cuidada por siglos, su riqueza y significado. Promueven la dependencia total de las industrias, le quitan a la agricultura todo su sentido. Si el maíz campesino con fuerza vital se adapta a todo, el maíz de las fábricas no sabe adaptarse. Nomás sirve para envenenar las tierras y destruir la economía de las comunidades.

Pero muchos mantenemos nuestro antiguo oficio y estamos en resistencia. Tal vez la clave es el cuidado detallado que campesinas y campesinos pusimos en el asunto, mediante un tramado de saberes que hoy día parecen misteriosos.

Qué hacer. Antes todo el mundo sembraba maíz y había muchísimos maíces diferentes en toda América. Ahora cada vez hay menos familias de maíces, porque la gente se ha ido a vivir a las ciudades y abandona sus milpas, porque las empresas siembran maíz de un solo tipo en monocultivo, para hacer negocio, porque el maíz que es uniformado, parejo, dicen que se produce con menos dinero que el maíz natural, por lo menos ahora con todos los costos que le agregó la Revolución Verde. Pero tenemos que hacer algo. Ante la pérdida de semillas nativas, la guerra contra los pueblos del maíz, la amenaza de estas nuevas semillas transgénicas desfiguradas que agotan la variedad y fuerza del maíz, la invasión de territorios, el deterioro de los suelos y del ambiente, el vaciamiento de algunas comunidades y el hecho de que mucha gente (sobre todo los jóvenes) ya no valora el ser sembradores, es urgente repensar con detalle los saberes que durante milenios permitieron la permanencia del maíz.

1. *Sólo los campesinos podemos hacer algo.* La solución al problema de contaminación del maíz transgénico sólo puede ser resuelta en el largo plazo, y somos los pueblos campesinos e indígenas quienes podemos lograrlo, comunitariamente.

Hay que impulsar una prevención y curación naturales, propias de la relación milenaria entre el maíz y los humanos, y para los casos de maíces deformes o semillas que les parezcan extrañas a las comunidades, se puede hacer un diagnóstico de laboratorio.

Repensar colectivamente que la cultura es fuerza política, económica, social y ecológica, y se sustenta en nuestro ser campesinos sembrando lo propio junto con la comunidad, cuyo corazón es la asamblea.

2. *Recuperar la confianza en la semilla que sembramos.* Detectar los maíces dañinos con la sabiduría de los viejos, abandonar los híbridos (y cualquier otra semilla ajena) regresando a los canales de confianza de intercambio y

cuidado de las semillas. Como es un momento crítico, no basta hacer lo que siempre se ha hecho. Hay que reflexionarlo y aguzar la atención sobre nuestro maíz, física, espiritualmente, sobre lo que ocurre en su entorno, para identificar los transgénicos y aislarlos (despuntar la espiga de una planta poco confiable es una de las tantas precauciones). Tenemos que saber qué semilla estamos sembrando, ir depurando cada ciclo nuestra semilla. Así iremos desechando el maíz contaminado.

3. *El reto es recordar.* Entender qué hacían los viejos para conservar la vida. Fomentar la defensa, el reconocimiento e intercambio de nuestras técnicas tradicionales de cultivo (agronómicas, ecológicas, medicinales y otras) incluidos los nuevos conocimientos del cultivo "orgánico", la *agroecología*, la *permacultura* y otras técnicas confiables. Juntar técnicas tradicionales y métodos alternativos de agricultura nos da una herramienta poderosa si además reforzamos la diversidad en las parcelas y el cultivo de traspatio.

4. *Para defender al maíz hay que seguir cultivándolo.* La mayor amenaza al maíz nativo es que ya se cultiva poco. Hay que diversificar las variedades, sembrar todas las posibles en cada ciclo, pues eso da garantías contra las variaciones de clima, calor y humedad. Es importante sembrar maíz precoz y tardón. Si diversificamos variedades, también hay que diversificar siembras y hacer un manejo de las edades del polen, con eso disminuimos la posibilidad de que semillas no confiables se metan a nuestros terrenos. Tenemos que entender que aunque las agroindustrias quisieran genuinamente hacer un maíz que beneficiara a todos no podrían. Los que sabemos las necesidades de nuestras familias y nuestras tierras somos los que vivimos en ellas.

Si se acaba el maíz (y para el caso el trigo el arroz o las papas), estamos en peligro de acabarnos como humanidad. Ya hay muchos problemas en otros países donde la gente se muere de hambre por miles y miles. En México el maíz campesino ha evitado que pasen estas tragedias. Si mantenemos el maíz original, mantenemos nuestras familias, entonces podemos mantener nuestras comunidades y a México. El maíz es hermano de las personas. No puede sobrevivir así nomás producido en fábricas.

5. *Es central mantener nuestra identidad como pueblos.* La defensa del maíz pasa por recuperar y fortalecer nuestras ceremonias sagradas, el costumbre, nuestras tradiciones y rituales de cuidado y permiso como siempre. Hoy día existe toda esa riqueza porque cada pueblo supo mantener su tradición, porque hubo respeto a la historia y la voluntad de cada comunidad y familia, un respeto a lo sagrado. Si queremos mantener toda esta riqueza tenemos que respetar lo que ha sido nuestro y sagrado durante toda la historia.

6. *Hay que mantener la semilla y la tierra.* Alguien que pierde la semilla tiene muchas más posibilidades de tener que migrar que alguien que todavía la tiene. Mantener la semilla significa tener buena semilla para uno mismo,

para la comunidad, para la tierra a la que uno tiene acceso. Una semilla que responda a las necesidades y gustos de cada pueblo. Si se uniforman los gustos o se tratan de emparejar las necesidades, se pierde la calidad de las semillas: su diversidad.

Hoy existe un ataque contra la biodiversidad. El pueblo que no tiene diversidad se hace dependiente. Se están cambiando las leyes para obligar a los campesinos e indígenas a hacerse dependientes. Para conservar la diversidad tenemos que preguntarnos cómo conservar la vida, qué es lo que la ley permite y qué es lo que necesitamos, con permiso o sin permiso de la ley. Hay que negarnos a las leyes que criminalizan nuestro ahorro y nuestro intercambio milenario de semillas de confianza.

7. *Recuperar los saberes colectivos.* El maíz jamás puede quedar en manos de un grupo, no importa cuán escogido o comprometido esté. Es imposible que haya una persona, empresa o instituto del Estado que sea capaz de crear semillas que sean buenas para todos.

La diversidad y la calidad de la semilla vienen de que haya miles y miles de campesinos produciéndola. No sólo intercambiamos semillas sino que intercambiamos saberes. Las semillas pueden ser distintas porque todos sabemos cosas distintas.

Al disminuir las familias campesinas, disminuyen las familias de maíz y se podría perder entonces este cultivo tan importante para la humanidad. Hay comunidades, por ejemplo en la Sierra Huichola, donde casi cada familia es cuidadora de una familia diferente de maíz. Por eso insistimos en que la vida de las familias está entretejida con la vida de las familias de los cultivos. En un sentido muy profundo son lo mismo.

Para que haya semillas diversas tiene que haber saberes diversos. Pero sabemos por pedacitos, y sólo entre muchos se hace un saber grande. La riqueza de variedades no acaba nunca. Cada persona, familia o comunidad por la que pasa una variedad le agrega o cambia algo. No hay que olvidar jamás que TODOS sabemos. Cuando aceptamos que alguien nos trate como ignorantes, que no sabemos, que no tenemos ideas, estamos aceptando que se pierdan saberes sobre las semillas.

8. *Recuperar los suelos.* No sólo a nivel de parcela, sino en microregiones o regiones más amplias. Hay que abandonar los agroquímicos y volver a muchos de los saberes antiguos para fertilizar, y a los sistemas que controlaban las plagas sin pesticidas o herbicidas.

Para los pueblos del maíz en México la Revolución Verde fue cuando se hicieron adictos los cultivos y la tierra a una droga que cada vez se necesita más y más y sirve menos y menos. No sólo nos enfrentamos a la contaminación transgénica, sino a la contaminación de los químicos, a las supermalezas y la resistencia de las plagas que tienen roto el equilibrio dentro de las milpas [de las chacras]. La tierra está intoxicada, pero también el agua y los peces se han perdido y se han envenenado. En la milpa también hay que

dejar alimento para que coman los animalitos que se pueden volver plaga. Ellos también comen y quieren sobrevivir, una comunidad-milpa incluye también lo que no se come o aparentemente estorba o no es útil en principio. Es muy importante convivir con la diversidad de los animalitos.

También hay que frenar la erosión de los suelos. Cosechar el agua y afianzar la tierra para evitar hundimientos y deslaves. No podemos pensar sólo en la parcela, tiene que ser comunitario, regional. Territorial. Alimentar la tierra, plantar cortinas de árboles, hacer retenes de piedras en las faldas de los cerros para juntar la tierra que baja con las lluvias, sólo podemos hacerlo comunitariamente.

Códice Florentino
(Bernardino de Sahagún)

***9**. Cultivos soberanos.* En vez de hablar de autoconsumo, hablemos de cultivos soberanos. Es indispensable intentar salirnos, lo más posible, de la economía del dinero. Producir para vender y comprar para comer nos hacen perder la soberanía alimentaria y laboral de los pueblos del maíz. Un pueblo que compra semilla y que compra comida es un pueblo que no se puede mandar a sí mismo.

Hay que entender que sembrar alimentos propios es un acto creativo. No tiene nada que ver con trabajar para ganar dinero y así poder comprar comida. Un acto creativo es libre. Ser asalariado lo hace a uno dependiente.

Tenemos que estar orgullosos de sembrar maíz para que coma la familia, la comunidad, fortaleciendo los saberes de los mayores y las nuevas técnicas integrales que concuerdan con esos saberes y los complementan.

Como no existen ni subsidios ni fomento ni precios de garantía que apuntalen la economía campesina, es vital juntar subsidios autónomos y precios de garantía propios (regionales), tal vez haciendo un llamado a los migrantes y sus organizaciones. Atrevernos a dejar de gastar en productos industrializados que no son indispensables. Pensar cómo regresar a mercados más chiquitos, a maneras de trueque, a intercambios locales, para que encontremos un modo de vida manejable, con respeto por el todo. Por eso es importante que todo lo que produzcan las comunidades se consuma, para que la comunidad entienda que podemos producir nuestro propio sustento.

10. *La contaminación transgénica es intencional.* A propósito. Y el gobierno pretende que como ya se contaminó, es el momento de permitir la siembra de transgénicos. O puede proponer el exterminio de variedades nativas "contaminadas", en un discurso de erradicar la contaminación del maíz. Pero no hay que confiar en el gobierno. No podemos permitir que ajenos a la comunidad (laboratorios, fuerzas armadas, empresas, programas del gobierno) lleguen a nuestras comunidades diciendo que van a ayudarnos.

11. *Impedir la entrada de semillas de las que no sabemos su historia.* Cerrar nuestras fronteras regionales y nacionales a las semillas de fuera, sean híbridas o forrajeras de las industrias, o las de las tiendas gubernamentales. Dejemos de comprarlas y busquemos el intercambio y la comercialización propia, en donde se pueda. Promovamos y realicemos un sabotaje a los paquetes de ayuda alimentaria de los que desconocemos su origen o las intenciones de quienes nos los quieren otorgar. Exijamos que se suspendan las importaciones agrícolas.

12. *Rechacemos las leyes injustas* de bioseguridad, acceso genético y propiedad intelectual e industrial, y exijamos que se mantenga la moratoria a la siembra de maíz transgénico estableciendo alianzas para fortalecerla. Rechacemos las leyes que criminalizan el intercambio libre de nuestras semillas libres, nativas, soberanas, ancestrales. Rechacemos los catálogos de semillas, los catálogos de productores "originarios" y la privatización de nuestros bienes comunes. Rechacemos también los programas de certificación e individualización de tierras. Son una estrategia para exterminar al maíz y a sus pueblos. Por eso debemos defender nuestro territorio y el carácter comunitario, colectivo, inembargable, inalienable de nuestras tierras.

13. *Es prioridad reforzar la autonomía, la organización comunitaria.* La lucha por la defensa del maíz va con la lucha por el territorio y el autogobierno. Cuando la asamblea es la máxima autoridad, podemos impulsar tácticas agropecuarias y ambientales propias. En nuestros estatutos comunales y reglamentos ejidales puede prohibirse la siembra de transgénicos, y establecer una moratoria de facto decretada por los pueblos indios y campesinos en torno al consumo, la siembra y el trasiego de maíz transgénico. Es indispensable buscar la integridad del territorio indígena mediante el equilibrio que lo ha mantenido como territorio.

El maíz y la autonomía. Defender nuestro maíz (el ámbito sagrado donde se le venera, los saberes ancestrales que lo hicieron posible y el margen de autonomía que otorga sembrarlo para el consumo propio), nos permite fortalecer la lucha por nuestros derechos colectivos, nuestro gobierno comunitario y nuestra historia mientras defendemos el agua, el bosque, el territorio y nuestros propios proyectos de bienestar cuidadoso y autogestionario.

Sólo con maíz propio, nativo (no su desfigurada versión transgénica), sembrado para que coma la comunidad dependiendo lo menos posible, se pueden vivir los ámbitos del *nosotros:* el trabajo colectivo, la justicia propia, el autogobierno, la asamblea, en una vida a contrapelo de los sistemas planetarios.

Una de las finalidades de los transgénicos es hacer que todos los campesinos tengan que comprar semillas todos los años, y para asegurar eso las empresas están inventando una variedad que sólo se cosecha una vez y sus semillas son estériles, conocida como Terminator. Si Terminator contaminara a cualquier otra variedad, la volvería estéril, y significaría la dependencia total hacia las compañías diseñadoras y productoras de semillas, que están patentando más y más variedades.

Se hace urgente entonces que iniciemos un proceso de reflexión que nos dé horizonte de cómo nos atacan los planificadores y los poderes mundiales, las agroindustrias y los gobiernos.

Desde la milpa se ve el mundo entero. Hay que reivindicar lo que significamos los campesinos en un mundo "globalizado" que quiere convertir en industria incluso la agricultura. El maíz y otros cultivos soberanos son el corazón de la resistencia comunitaria contra el capitalismo y sus megaproyectos. Mantener nuestra amorosa relación con el maíz nos permite el resquicio suficiente como para no pedirle permiso a nadie para ser, impulsando una resistencia real, política, social, económica, de saberes, dignidad y justicia. Nos permite un autogobierno con sistema de cargos como servicio, eso que los zapatistas llaman "mandar obedeciendo". Permite el resquicio necesario para reconstruir nuestro camino propio. Nos hace entender el tejido de relaciones que posibilitan la existencia de este alimento-oficio-relación que es sagrado.

El pueblo wixárika de la sierra de Jalisco en México, lo pone de esta manera:

– Está bien: defender el maíz...
– Para defenderlo tenemos que curar los suelos.
– Entonces hay que dejar de usar los agroquímicos que lo han desgastado. Volvamos a las siembras a la manera antigua.
– Pero entonces debemos buscar que no haya tampoco deslaves ni erosión...
– Para eso ha que reequilibrar el agua.
– Para eso hay que cuidar los bosques, pa' que detengan la erosión, traigan las lluvias, refresquen con aire bueno la región.
– Pero para eso hay que defender nuestro territorio y emprender acciones en pos de nuestros derechos agrarios y de pueblo.
– Entonces tenemos que tener una organización comunal real, donde quienes sean representantes, deveras obedezcan el mandato de la comunidad.
– O sea reforzar el papel de las asambleas comunitarias, ya no sólo comunales, acercando a las autoridades tradicionales y las agrarias, pues los gobiernos intentaron siempre separarlas.
– Entonces tenemos que tener maíz, para que quienes asuman un cargo no se vean en la necesidad de trabajar, pero que sí sigan anclados a la

tierra, como campesinos en iguales circunstancias que el resto de los comuneros.

Entonces existe una especie de círculo mágico: una propuesta de integralidad donde nada puede estar desvinculado. Se trata de la reconstitución integral de las comunidades, de la organización comunitaria. Es el cultivo del maíz como corazón de una resistencia y de la posibilidad de una autonomía, ejerciendo plenamente su territorio en todos los planos: desde el más geográfico hasta el sagrado, en la riqueza de las relaciones humanas y con todo, porque todo está vivo.

Conclusiones. Defender el maíz es defender la vida y la cosmovisión campesina-indígena. Y viceversa. En ese camino, la gente de las ciudades tiene un papel que apenas comienza a reconocer. Este proceso de resistencia ante las agroindustrias y las instancias de planificación mundiales y sus administradores encarnados en los gobiernos, culmina reforzando la visión con horizonte que los pueblos estrenan apenas hace pocos años. El horizonte parece negro, pues el maíz y otros muchos cultivos estratégicos están en riesgo, y como tal la viabilidad del ámbito rural, pero también el de las ciudades. Si la gente de las grandes urbes empata con los campesinos sus reflexiones y su crítica aguda, comenzará a entender la importancia de sembrar sus propios alimentos. En el campo, pero inescapablemente también en las ciudades, aunque ahora no todos lo reconozcan como urgente. Mientras, pese a la violencia y la criminalización, pese a todos los ataques a los pueblos indígenas y campesinos, la esperanza y el maíz siguen vivos.

***** *Este documento fue extraído casi en su totalidad de los comentarios, testimonios e intercambio de experiencias de integrantes campesinos, en su mayoría indígenas, mujeres y hombres, que se reconocen en la Red en Defensa del Maíz. Lo redactamos en una primera persona del plural para enfatizar, sin tener que recurrir a las comillas, todo lo que se reconocen en lo dicho. Sin embargo, estas experiencias compartidas han sido, durante diez años,el núcleo de las reuniones y encuentros de la Red. Los responsables del documento fueron* **Verónica Villa** *(hoy del Grupo* ETC*) y* **Ramón Vera Herrera** *(editor de Ojarasca y hoy parte del equipo de* GRAIN*) por encargo del Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular (Casifop) y de* GRAIN *en 2004. Se ha publicado como periódico mural del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam),* Sembrando Viento*, y como cuaderno de la revista* Biodiversidad, sustento y culturas*. Hoy lo presentamos como parte de la argumentación de este libro.*

dos

Diego Rivera

Siembra en Tláhuac, DF, 2010. Foto: Prometeo Lucero

No fue accidente, fue a trasmano

En los entreveros de una incipiente discusión tenemos que insistir en que el maíz no es una cosa: es, como la tierra, un tramado de relaciones. El embate contra el maíz es un intento por erosionar el tejido social que ha logrado que los campesinos sobrevivan por derecho y entereza.

Se afirma ya que sólo la mitad del mundo es campesina —pero para efectos prácticos alimenta al grueso de la población. Y cierto es que nunca antes fue tan frontal el embate. En todo el mundo, no sólo en México, se quiere desaparecer a los campesinos, el conjunto de relaciones que conforman un modo de vida que un movimiento mundial creciente reivindica como la Vía Campesina.

Millones de campesinos, la gran mayoría abrevando de culturas indígenas, siguen dispuestos a sobrevivir. La lucha por la tierra no es por un pedazo de suelo, por una cosa. Es la cosificación de la tierra uno de los agravios que enlistan las comunidades. El mero acto de fijarle un precio a la tierra de cultivo suena a afrenta, sean siete, setenta, siete mil o siete millones de pesos por metro, porque como decía uno de los campesinos de San Salvador Atenco entrevistados en el video independiente *Tierra sí, aviones no,* "nadie puede pagar lo que esta tierra puede producir, si la cuidamos, de aquí al fin de los tiempos, con el trabajo de mis hijos, mis nietos y los tataranietos de mis tataranietos". El argumento es incontrovertible y engarza con todo la discusión en torno al maíz que este texto pretende. Además, por más "bien superior" que se pretenda invocar, cualquier expropiación añade otro elemento de agravio: la imposición.

La lucha por la tierra —y por la vía campesina— es una resistencia ante la avalancha de todo lo que se decide sin la anuencia y sin la participación de quienes guardan una relación con la tierra y todas sus relaciones de trabajo, de celebración, de entendimiento, de crianza mutua.

Desaparecer a los campesinos, aparte de matarlos, implica condenarlos a su suerte en verdaderos enclaves de abandono, expulsarlos a la migración como jornaleros agrícolas, o convertirlos en frágiles obreros de las maquilas, por ejemplo, esa forma moderna de explotación sin los controles que antes tenían como obligación las empresas.[1] Éste fue uno de los requsitos impuestos en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá: la desregulación laboral, según nos sigue recordando con filo el investigador Andrés Barreda. Con el tiempo sus palabras cobran más peso.

Las relaciones se desmadejan, las comunidades se dividen (y hay intención de dividirlas) las mujeres defienden la comunidad, asumen trabajos y cargos, mientras que algunos gobiernos hacen la guerra a la gente.

Los datos hablan por sí mismos: según un informe de la Organización Mundial de Migraciones en 2009 había 240 millones de migrantes en el mundo, y si se le suman los migrantes internos, la cifra de desplazados alcanza los mil millones de personas. La ciudad de México es el espacio indígena más grande de todo el continente.

Para que siga viva la resistencia de los campesinos es indispensable defender el maíz. (Y para defender el maíz hay que reconsiderar y defender el papel que juegan los campesinos en un mundo "globalizado" que quiere convertir en industria incluso la agricultura.) Por eso, además de todas las propuestas en defensa de los productores comerciales, hay que defender también las siembras de alimentos propios.

El maíz es lo que permite el autogobierno en las comunidades indígenas. Sólo con maíz propio, nativo (no su desfigurada versión transgénica), sembrado para que coma la comunidad dependiendo lo menos posible, se pueden defender otros muchos ámbitos del *nosotros,* ámbitos comunes en una vida a contrapelo de los sistemas hoy pretendidamente planetarios.

Pero resulta que pese a que México es centro de origen del maíz, corazón de una vastísima cultura indígena, hilo del saber y el cuidado que han permitido la perdurabilidad del modo de vida campesino —y una actividad que representa el 60% del cultivo de granos en México—, el maíz mexicano está contaminado por el derrame genético proveniente de millones de toneladas de maíz transgénico que se ha importado al país.

Tan sólo entre 1994 (fecha en que dio inicio el TLCAN) y 2001 (año en que se dio a conocer la contaminación del maíz) se importaron de Estados Unidos 35 millones 220 mil toneladas[2], sin que pudiera saberse qué porcentaje de este grano estaba contaminado pues no existen —en ninguno los 48 puertos y aduanas del país— los controles necesarios ni las revisiones adecuadas ni los laboratorios pertinentes como para hacer las muestras que nos podrían arrojar la seguridad de que no está contaminado lo que llega. Las investigadoras Ana de Ita y Pilar López Sierra calculan que entre 1996 y 2001 se importaron unos 5 millones 800 mil toneladas de maíz transgénico.[3] "Las leyes mexicanas prohiben el cultivo de maíz transgénico en México", decían las investigadoras poco antes del

anuncio de la contaminación "debido al riesgo que puede representar para las variedades nativas, pero como parte del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) el país importaba aproximadamente un millón a un millón y medio de toneladas de maíz transgénico al año provenientes de Estados Unidos"[4]. De acuerdo a Ana de Ita y Pilar López Sierra:

> En 1995, los especialistas nacionales e internacionales de maíz, convocados por el Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y el Trigo (CIMMYT), el Instituto Nacional de Investigación y Fomento Agropecuario (INIFAP), y el Comité Nacional de Bioseguridad Agrícola (CNBA), preocupados porque la liberalización comercial del cultivo de maíz Bt [el más conocido maíz transgénico] ocurriría en Estados Unidos en 1996 [un año después]... señalaron que "si en Estados Unidos se desregula el maíz transgénico, lo más probable es que llegue a México en un tiempo muy corto. Aun cuando parte de ese maíz transgénico no se adaptara bien a México, es casi seguro que habrá polinización cruzada con el tiempo". A fines de 1998, el Comité estableció una *moratoria de facto* al no aceptar nuevas solicitudes para realizar pruebas de campo".[5]

Pese a una moratoria de facto para la siembra, la contaminación pudo ocurrir por el hecho de que el gobierno mexicano no sólo permitió la importación de un maíz sin identificación, sino que incrementó dichas importaciones por encima de las cuotas asignadas. Siendo Estados Unidos "el mayor productor de maíz transgénico" que de sus 32 millones de hectáreas de maíz, 8 millones están cultivadas con maíz transgénico,[6] era altamente probable que mucho de éste fluyera a México, revuelto con el maíz común. Eso fue lo que ocurrió. Hay que recordar que "Estados Unidos se ha negado sistemáticamente a separar el maíz convencional del maíz transgénico y el gobierno mexicano, a diferencia de Japón, no se lo ha exigido... A su vez, las empresas biotecnológicas productoras de semillas transgénicas reclaman que la prohibición a la siembra de maíz transgénico en México se libere, pues la biodiversidad no corre ningún peligro, afirman, y sería un beneficio enorme para los campesinos mexicanos".[7] Tras de esta insistencia yace la sospecha de que "a pesar de cincuenta años de Revolución Verde", en México los híbridos, o las variedades 'mejoradas' de maíz "no han logrado conquistar el 85% del territorio que se siembra con maíz nativo"[8], un mercado que las transnacionales semilleras quieren invadir. Es decir, no podemos descartar, de ninguna manera, la tesis inicial: el trasiego de maíz transgénico a México esconde la intención de garantizar que el cultivo del maíz, en su totalidad, entre a correr los riesgos de la lógica del mercado. ¿La biodiversidad, la vida campesina, el hueco de independencia real que otorga sembrar los propios alimentos sin pedirle permiso a nadie? No es que no importe. Es justamente eso lo que las transnacionales y los gobiernos quieren erradicar. En el mundo actual (nos informan esperando que nos quedemos callados) nadie puede estar, ni siquiera tangencialmente, fuera del ámbito del dinero.

El anuncio de la contaminación. En septiembre de 2001 el gobierno mexicano anunció que existía evidencia de la contaminación de variedades de maíz tradicional mexicano con ADN de maíz transgénico en los estados de Puebla y Oaxaca. De inmediato se desató un revuelo que no ha parado. Al mes siguiente del anuncio, diversas organizaciones civiles mexicanas exigieron que el gobierno frenara de inmediato las importaciones de maíz genéticamente modificado y presentara un plan para "prevenir y revertir la contaminación transgénica, haciendo que las empresas responsables pagaran indemnizaciones a los campesinos afectados, por daños".[9] De todo el mundo comenzaron a llegar las cartas de apoyo de la sociedad civil.

Aun con una presión que comenzaba a filtrarse a la prensa, en la Asamblea General Anual del Grupo Consultivo para la Investigación Agrícola Internacional (CGIAR), se evadió el punto de la contaminación pese a ocurrir en el centro de origen del cultivo!

En realidad, el descubrimiento —que no pudieron ocultar *todas* las dependencias del gobierno— fue hecho por las comunidades de las Sierras Norte y Juárez de Oaxaca junto con los investigadores Ignacio Chapela y David Quist, de la Universidad de California en Berkeley. El anuncio del gobierno sólo confirmaba, con estudios propios, el fatal hallazgo. Con la subsecuente divulgación en las páginas de revistas tan famosas en el medio científico internacional como *Nature* o de amplia difusión como *Newsweek* (que le dedicó su portada al miedo por la contaminación de transgénicos en el maíz mexicano), el revuelo adquirió tintes de debate álgido desde noviembre de 2001. En diciembre del mismo año, "Los científicos amigos de la industria iniciaron una viciosa campaña para desacreditar el artículo de Chapela y Quist afirmando que la contaminación no estaba probada, y acusaron a Chapela y Quist de fallas metodológicas".[10]

Por supuesto, algunos funcionarios del gobierno mexicano, especialmente Víctor Villalobos, subsecretario de Agricultura, actuaron como si en los hechos hubieran buscado hacer irremediable la contaminación. Así, en el número de *Newsweek* donde se divulgó el trasiego de transgénicos en México y la polémica en torno al estudio de Chapela y Quist, Villalobos señaló que haber difundido la noticia de contaminación proveniente de importaciones tenía el efecto negativo de que ahora, en México, había miedo a usar este maíz, y que como las importaciones de Estados Unidos siguen y seguirán, y éstas son en un tercio transgénicas (hay quien afirma que un 80% lo son), le saldrá más caro importar maíz no transgénico.

A contrapelo de tales funcionarios, la reacción a la contaminación y a la fuerte presencia convocada en el Primer Foro en Defensa del Maíz provocó reacciones en el Foro Social Mundial en Porto Alegre donde algunas organizaciones civiles hicieron un fuerte pronunciamiento en pro de un plan de emergencia para proteger los bancos genéticos y enfatizar la urgencia de mantener la moratoria de liberación de transgénicos.[11]

El primer Foro en Defensa del Maíz. Los días 23 y 24 de enero de 2002 tuvo lugar en el DF un foro —En Defensa del Maíz— que convocó a más de 300 participantes de 120 organizaciones en un espectro que incluyó a autoridades de comunidades de Oaxaca, Chiapas, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Morelos, Guerrero, Michoacán, Jalisco, Colima, Chihuahua, Sonora, el estado de México y el Distrito Federal, organismos civiles, académicos, investigadores locales y extranjeros, e incluso representantes de algunas dependencias gubernamentales. La intención fue iniciar una discusión en torno a la defensa del maíz, dilucidar las previsiones [e imposiciones] del gobierno en torno al problema y emprender un camino propio, autogestionario, encarando un asunto para el que los funcionarios encargados no han dado respuesta contundente. Al momento del Primer Foro en Defensa del Maíz, tal discusión era incipiente y "propia de expertos" en la materia.

A casi diez años de distancia, tal vez el logro más importante de todo este proceso fue desembocar, en ese foro, en la Red en Defensa del Maíz y en una moratoria de facto que se ha mantenido en los territorios comunales de las organizaciones que desde entonces se reconocen en la Red, impidiendo, todavía hoy 2011, la entrada masiva de transgénicos en vastas regiones de México, sobre todo indígenas. En ese foro pudo cuajar la discusión horizontal, interdisciplinaria y plural entre campesinos —"indígenas y no indígenas"—, investigadores, académicos, representantes de organizaciones de agricultores, ecologistas e incluso incipientes y potenciales redes de consumidores.

"Nos reunimos para construir colectivamente, desde la perspectiva de los pueblos indios, las organizaciones campesinas y las organizaciones de la sociedad civil, propuestas, alternativas y estrategias de acción a escala local, nacional e internacional que enfrenten la situación de riesgo en que se encuentra actualmente el maíz mexicano y defiendan su permanencia como herencia de los pueblos indios de México y como patrimonio colectivo de la humanidad", dijeron en las conclusiones.

En ese momento, con los datos disponibles, y en una discusión que habría de profundizarse y precisarse con los años, los participantes declaraban: "México es centro de origen, diversidad y 'domesticación' del maíz. Supera a cualquier otro país en la diversidad de sus razas y variedades, con presencia endémica de sus parientes silvestres o 'teocintles'. El maíz es el núcleo de la economía campesina, base de la dieta popular, el cereal de mayor consumo y el corazón de una cultura. En Mesoamérica la gente no fue creada de barro, sino de maíz. El maíz es el cultivo más importante de México. Unos 3 millones 200 mil productores (en su mayoría con parcelas menores a cinco hectáreas) producen anualmente más de 18 millones de toneladas de maíz, que equivalen al 60% de la producción de granos, en 8 millones 500 mil hectáreas. Más del 70% de los productores siembra variedades de maíz nativas. Por ser país centro de origen, en México no está permitida la siembra comercial de maíz transgénico, y a partir de 1999 se cancelaron los permisos para experimentación en campo". [Todo esto

habría de revertirlo más tarde el gobierno al levantar la moratoria y abrir la experimentación con maíz transgénico.]

Siendo el propósito central de este texto mostrar la fuerza de un movimiento cuasi invisible y la historia de la defensa del maíz por parte de la sociedad civil mexicana y mundial, es crucial ese primer encuentro, pues ahí se reflexionó sobre algunos aspectos de la problemática que después habrían de pesar sobre la visión de amplios sectores de esa sociedad civil rural y urbana.

Tras reflexionar sobre el momento de la contaminación (que entonces todavía no se entendía como absolutamente intencional sino como una irresponsabilidad del gobierno mexicano) y sobre el papel que pudo haber jugado la importación de maíz no etiquetado desde Estados Unidos y el papel del sistema de abasto popular en México conocido como Diconsa, los participantes del foro establecieron algunas conclusiones, de las cuales presentamos algunas de las más importantes:

1. Los hallazgos del INE y Conabio sugieren que la contaminación por transgénicos no es un hecho aislado, sino que puede ser un fenómeno generalizado en otras regiones de México.
2. Las importaciones de maíz de Estados Unidos que contienen mezclado maíz transgénico son la principal fuente de contaminación de las variedades de maíz nativo. Desde la puesta en marcha del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCAN), las importaciones de maíz de Estados Unidos han alcanzado volúmenes récord: unas 6 millones de toneladas anuales.
3. Diconsa, la empresa estatal de distribución de productos de consumo básico, se considera una fuente importante de contaminación, pues anualmente distribuye 600 mil toneladas de maíz a través de sus 23 mil tiendas de abasto rural. Diconsa importa alrededor de una tercera parte del volumen de maíz que comercializa, a pesar de que las cosechas nacionales son suficientes y podría comprarlo a los productores nacionales a un precio justo. Los análisis del Instituto Nacional de Ecología (INE), que realizó pruebas para determinar si existía o no contaminación, comprobaron presencia de granos transgénicos en proporciones muy altas (37%), en la muestra de Diconsa.
4. El maíz es patrimonio de la humanidad, resultado del trabajo de crianza de los pueblos indios y campesinos mesoamericanos por más de 10 mil años, y no de las corporaciones transnacionales. El cultivo de maíz es el corazón de la resistencia comunitaria.
5. La contaminación transgénica a las variedades nativas de maíz representa un daño a la memoria genética de la agricultura tradicional mexicana, que puede ser irreparable.
6. Las políticas agrícolas y comerciales atentan contra la producción nacional de maíz, núcleo de la economía y organización campesina y contra la soberanía alimentaria.

En dicho foro, fue Eyeli Huerta —coordinadora de Gestión Ambiental de Técnicas y Análisis de la Comisión Nacional para la Biodiversidad (Conabio)—, quien anunció los resultados preliminares de nuevos estudios en curso que indicaban rastros de material transgénico en las muestras tomadas en 22 comunidades de la Sierra Norte de Oaxaca y en el Valle de Tehuacán y otros enclaves campesinos en el estado de Puebla. Según los datos presentados, la concentración de material transgénico era más abundante en las muestras procedentes de semillas que Diconsa[12] distribuye a través de sus 300 almacenes rurales en sus 23 mil tiendas de abasto campesino ("que cubren el 93% de los municipios del país"[13]), que en las muestras de los predios de agricultores individuales, lo que indicaba que Diconsa podría ser una fuente importante de contaminación, por más que del volumen total de las importaciones de maíz sólo maneja 600 mil toneladas anuales, de las que 200 mil las importa directamente y 400 mil provienen de comercializadoras privadas que también pueden contener maíz importado, y en menor medida de cosechas compradas a organizaciones de productoras.[14]

Entre las conclusiones del foro, una de las más contundentes (ya señalada al principio) fue la constatación de que ir contra el maíz es parte de una escalada contra todo lo que los campesinos defienden y representan: el cultivo del maíz como refugio de soberanía alimentaria para defender bosques, agua, biodiversidad, técnicas y saberes agrícolas y medicinales, la justicia, los derechos, las formas de organización comunitaria que animan sus territorios. Este embate extrema la creciente marginación social en el campo, propicia la expulsión de mano de obra a las ciudades o a los campos de jornaleros, el vaciamiento de los territorios y la posibilidad de que las pocas megaempresas se apropien de los recursos naturales, muchos de ellos genéticos, de los cuales la vida campesina es salvaguarda.

Era entonces impensable lo que parecía estar haciendo el gobierno mexicano; por eso las exigencias y demandas que los participantes señalaron. Entre ellas las más contundentes fueron:

* Declarar al maíz como recurso estratégico de seguridad nacional y establecer políticas de protección y fomento, por tratarse del cultivo sobre el que descansa la alimentación básica de la población, por ser al que se dedican la mayoría de los productores rurales y en torno al cual los pueblos de México han desarrollado y mantienen su cultura material y simbólica.
* Por ser México país centro de origen, diversidad y crianza del maíz, el gobierno debe suspender de inmediato las importaciones de maíz transgénico de Estados Unidos, señaladas como fuente principal de la contaminación del maíz mexicano y dar carácter de obligatoriedad jurídica a la moratoria de facto sobre la liberalización de la siembra comercial o experimental de maíz transgénico.
* Detener la siembra y movilización en el territorio nacional también de otros granos y semillas transgénicos como soya, algodón y canola, así

como los ensayos de campo con organismos transgénicos, ante la ausencia de un marco regulatorio y de una política ampliamente consultada con toda la sociedad, apelando al principio de precaución reconocido en el Convenio sobre Diversidad Biológica signado por nuestro país en Río de Janeiro en 1992.

* Diconsa, la empresa estatal de abasto rural no debe importar un sólo kilo de maíz, sino priorizar la compra directa a las organizaciones mexicanas de productores a un precio justo. Ya que actualmente el abasto de Diconsa contiene maíz importado y transgénico, es responsabilidad del gobierno mexicano retirar el surtimiento de maíz transgénico de las tiendas rurales y alertar sobre los peligros de su siembra para las variedades nativas. Además de informar a la población consumidora sobre el contenido de maíz transgénico.
* Es responsabilidad del gobierno establecer de manera oficial la magnitud y las fuentes de la contaminación transgénica, las poblaciones de maíces nativos y silvestres afectadas y las comunidades en donde se encuentran; los tipos de transgenes y las empresas dueñas de las patentes involucradas.
* Expulsar del país de las empresas multinacionales con posible responsabilidad en el derrame transgénico, tales como Monsanto, Novartis, DuPont y Aventis.
* Que el gobierno de México se oponga a las patentes sobre la vida en México y en cualquier parte del mundo.
* Que los bancos de germoplasma en México, incluyendo el del CIMMYT comprueben y vigilen que sus colecciones se encuentren libres de contaminación transgénica
* Que se establezca legalmente que ninguna parte del material genético tradicional, ni en totalidad ni en sus componentes, pueda ser reclamado por derechos de propiedad intelectual ni sujeto a convenios de bioprospección.

Como red en defensa del maíz, que comenzaba a tomar forma, algunas propuestas fueron:

* Impulsar la organización desde abajo de una red en defensa del maíz, autónoma, independiente, plural, que incluya a todos los sectores involucrados y a las personas interesadas, para coordinar acciones, información y apoyo a demandas urgentes desde distintas regiones geográficas. Incluir en ella redes de información y acción de otros países.
* Producir información sencilla y accesible para usarse en las comunidades (asambleas ejidales, comunales, escuelas, organizaciones de base, etcétera), apoyando el intercambio de información y trabajo entre ciudad y campo.
* Trabajar en las asambleas ejidales o comunales para establecer los puntos o acuerdos que protejan a las semillas y cultivos tradicionales, entre ellos una moratoria de facto contra los maíces ajenos mediante "comités de vigilancia voluntarios" de las comunidades, para atender problemas rela-

cionados con la siembra del maíz, la introducción de semillas para el nuevo ciclo, la llegada de personas a las comunidades con fines de exploración o investigación, la llegada de empresas de insumos agrícolas.

* Crear una red de intercambio de maíz (que puede ser mediante el trueque) para asegurar el abasto de semillas nativas o libres de transgénicos.
* Una coordinación en redes para hacer autodiagnósticos de contaminación genética de maíz en nuestras localidades
* Realizar una campaña especial contra el abasto de maíz transgénico por Diconsa, e informar de sus riesgos para las variedades nativas impidiendo que se siembre en las comunidades.
* Promover acciones legales desde la base de los productores en el campo y los consumidores en las ciudades, contra los responsables de la contaminación del maíz.

Es decir, los participantes en el foro reflexionaron que el maíz y otros cultivos "soberanos" son corazón de la resistencia comunitaria contra los megaproyectos individualizantes.

La amenaza real de los maíces transgénicos —señalaron— se expresa de manera extrema en la variedad Terminator que, al cruzarse con las variantes nativas, las va inhabilitando para reproducirse, lo que en los hechos devastaría la diversidad del maíz y haría a los campesinos dependientes de las compañías diseñadoras y productoras de semillas.

El sistema de cargos comunitario, núcleo del autogobierno en las comunidades —afirmaron—, se vería directamente afectado cuando quien cumple un cargo como servicio no pudiera ejercerlo al no contar con las reservas de semillas nativas que le permitirían sobrevivir el periodo de su cargo.

Por si fuera poco, Monsanto, como documenta el Grupo ETC, enfatizó Silvia Ribeiro, "está empeñado en demandar e incluso llevar a la cárcel, o cobrar sumas muy fuertes a los campesinos que fueron contaminados en sus predios por la semilla de transgénicos diseñadas por esta compañía, alegando que esas semillas o esos genes de esas semillas halladas en los predios de los agricultores están patentadas por la mega-transnacional".

No era paranoia que ésta pareciera ser por lo menos una de las finalidades de los transgénicos: devastar la diversidad biológica del maíz, desarmar a los campesinos de su estrategia de sobrevivencia, y como tal de su resistencia y su sentido comunal, a partir de hacerlos dependientes de las semillas que tengan que comprarle año con año a las grandes compañías.

A contrapelo, los campesinos e indígenas tienen sus modos tradicionales de trasiego, su propia manera de resguardar y cruzar sus semillas indígenas — insistieron los participantes. Quienes resguardan las semillas buenas, desde tiempos inmemoriales, son comuneros o comuneras con prestigio en su localidad.

Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Tenango del Valle, Edomex
Foto: Jerónimo Palomares

Una de las exigencias más generalizadas en el foro fue iniciar un veto contra Diconsa, exigirle al gobierno mexicano que suspendiera las importaciones de maíz transgénico y que se iniciara autogestionariamente un plan serio y corresponsable (por regiones) para detectar y erradicar las semillas transgénicas; emprender un plan de fortalecimiento de las semillas nativas en el que participaran las comunidades, desde el diseño hasta la evaluación, y donde existiera una supervisión por parte de organismos civiles para vigilarle las manos del gobierno.

Este acuerdo, incipiente en ese momento, resultó una de las estrategias que efectivamente se llevó a cabo entre 2002 y finales de 2003 (pero fue totalmente autogestionario) y arroja resultados en muchos frentes. Pero continuemos con la historia.

Otra reflexión importante del foro fue que "aunque la experimentación es algo potencialmente provechoso que no puede frenarse así nomás, también debemos cuestionar la responsabilidad de la ciencia, incluso en términos de un estricto método científico, cuando sin tener datos duros que demuestren las bondades invocadas, algunos científicos se lanzan a difundirlo al público en general así nomás".

En un ambiente científico en el que más y más la actividad de la ciencia pasa por mediación de las empresas que les aportan y les norman los objetivos de algunos experimentos cruciales, el foro cuestionó la irresponsabilidad de las empresas y del gobierno al propiciar su importación y no mantener controles para que no se siembre. ¿Y su consumo? —bueno, dijeron algunos— "por lo menos debería avisarse a la gente que no está determinada su posible toxicidad o nocividad para animales y seres humanos".[15]

Pero para los participantes en el foro de lo que se trataba era de abrir la perspectiva —del problema de los transgénicos o de la bioprospección que se emprende en el país— a toda la problemática del maíz. "El problema que nos aqueja es integral. Requerimos de soluciones integrales", plantearon Ana de Ita y Luis Hernández Navarro, del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam). Este último investigador y periodista dijo entonces:

> La producción de maíz en México está en peligro. La contaminación de las siembras nacionales con semillas transgénicas, la apertura económica salvaje y la carencia de políticas de fomento amenazan al grano, así como a los pequeños productores que la siembran. En contra de lo que pudiera suponerse los factores de riesgo están estrechamente relacionados entre sí.
>
> El asunto es delicado. México es centro de origen, domesticación y diversidad del maíz. De los 4 millones de productores agrícolas que existen en el país, alrededor de 3 millones 200 mil campesinos —en su mayoría ejidales— lo cultivan; 35% de la producción se destina al autoconsumo. Lo paradójico de esta situación, propiciada por la entrada en vigor del TLCAN, por la cancelación o no cobro de los aranceles que hasta hace unos años protegían de las importaciones a los productores mexicanos, por el retiro de los apoyos al sector agropecuario, es que el maíz fue incluido en las negociaciones del TLCAN —a contrapelo de la opinión de los campesinos mexicanos— bajo el supuesto de que la apertura comercial forzaría la reconversión de cultivos hacia productos con mayor competitividad en el mercado internacional. En los hechos se trataba, según los expertos del gobierno, de mantener variables macroeconómicas "sanas", como reducir la inflación, importando maíz barato de Estados Unidos.
>
> La decisión puso en peligro inmediato a unos 2 millones 300 mil productores con predios de menos de cinco hectáreas, pues su actividad no sería competitiva; 4 millones 700 mil hectáreas tendrían que reconvertirse a otro cultivo y se dejarían de producir 7 millones 100 mil toneladas de maíz correspondientes a esa superficie.
>
> Lo que no previeron los expertos, que suponen saberlo todo desde el escritorio, es que al desplazar a los pequeños productores de otros cultivos que no pudieron mantener el ritmo de las competencias con el gran mercado, los agricultores se refugiaron en el maíz. Desde la entrada en vigor del TLCAN en 1994, y hasta el año 2000, la producción del cereal se mantuvo en promedio en 18 millones de toneladas y una superficie sembrada de 8 millones 500 mil hectáreas sembradas. Lo cual es paradójico, si lo vemos con ojos empresariales, porque el precio de garantía se redujo desde 1993 a 2000 en 45.3%.
>
> Mientras tanto, los subsidios provenientes de limosnas como Procampo se redujeron en ese mismo periodo en 30%.
>
> En ese mismo periodo, las importaciones de maíz crecieron de 152 mil toneladas hasta la cifra récord de 5millones 300 mil toneladas en el año 2000.[16]

Quizá la más filosa reflexión del encuentro, aparte de emprender acciones autogestionarias, desde abajo y a contrapelo de las dependencias gubernamentales, fue plantear que el problema del maíz, obviamente, no se reduce a la contaminación con transgénicos, aunque ésta sea su punta más hiriente, y que como su problemática tiene muchas aristas, debía abordarse la solución en toda su complejidad, es decir, asumiendo una visión integral de la defensa e importancia del maíz. Así, los participantes del Foro reflexionaron sobre las posibles propuestas de solución para detectar la contaminación del maíz en las regiones.

Ana de Ita, por ejemplo, insistió en abrir las posibilidades de una organización regional "que podría defender y expandir los saberes tradicionales y contemporáneos locales; las posibles acciones legales en contra de las empresas y el gobierno mexicano, o de impugnación de los organismos de inversión y financiamiento de prospección, investigación, patente y comercialización ilícita o legaloide".

"Necesitamos abrir espacios", declararon en las conclusiones "en donde se socialice, desde diferentes lados, información que de otra manera estaría dispersa y que no necesariamente los medios de comunicación recogen. No sólo la información centralizada sino aquella proveniente de muchas fuentes y muchos niveles". Fue muy importante que las propuestas fluyeran en muchos sentidos y no en uno solo. La Red en Defensa del maíz fue la respuesta que se dieron muchos de quienes asistieron a ese importante encuentro.

Reacciones diversas. El Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y el Trigo (CIMMYT), ubicado en Texcoco, México, reaccionó de manera ambigua ante la crisis de la contaminación afirmando que ellos "cumplieron su responsabilidad haciendo pruebas para detectar contaminación transgénica en sus bancos genéticos", pero se negó "a confirmar o negar la evidencia de tal contaminación por escrito".[17]

Entre marzo y octubre de 2002 se desencadenó una avalancha de declaraciones y contradeclaraciones en diversos foros, reuniones y juntas interinstitucionales de nivel nacional e internacional. La gente hablaba del "escándalo de la contaminación del maíz mexicano". Los organismos internacionales fingieron demencia. Los funcionarios mexicanos se contradecían unos a otros. La FAO le pidió al CIMMYT que aclarara las implicaciones de una eventual contaminación, y al gobierno mexicano información concreta. La revista *Nature,* mostrando una irresponsabilidad que no corresponde con su supuesto prestigio, se retractó de los hallazgos contenidos en el artículo de Chapela y Quist alegando que la evidencia presentada no era suficiente para ser publicada. Esto ocurrió justo antes de la reunión del Convenio de Diversidad Biológica en La Haya. En dicha reunión (la sexta conferencia de las partes) y en la del Protocolo de Bioseguridad), no se discutió oficialmente el tema de este escándalo mundial. El gobierno mexicano no declaró nada oficialmente. Sin embar-

go, extraoficialmente, Ezequiel Ezcurra del Instituto Nacional de Ecología (INE) confirmó "grados alarmantes de contaminación transgénica" en el maíz mexicano. El CIMMYT no tuvo otra que publicar un documento preocupado por los impactos de una posible contaminación reconociendo la necesidad de estudios del flujo genético en el maíz, pero declaró públicamente "su apoyo al uso del maíz transgénico". El movimiento mundial Vía Campesina (y otras muchas organizaciones) denunció en Roma, durante la Cumbre de la Alimentación+5 la contaminación en México y enfatizó la amenaza de los transgénicos para la soberanía alimentaria y los derechos de los agricultores. Comenzaba también a aflorar la preocupación de los gobiernos africanos por el hecho de que mucho del grano incluido en la ayuda alimentaria fuera transgénico. Mientras tanto, diversos organismos internacionales defendieron su colaboración con las agroempresas y su aceptación del sistema de patentes en el CGIAR.

Esta postura tuvo un clímax en la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sustentable en Johannesburgo, donde adquirieron peso las corporaciones transnacionales como "actores principales del desarrollo sustentable". No obstante, se discutió acaloradamente sobre la contaminación del maíz mexicano, la ayuda alimentaria transgénica a los países africanos y la pretensión de ciertos organismos y las transnacionales de que los transgénicos "serán la solución al hambre en el mundo.[18]

En agosto de 2002, el INE y la Comisión Nacional para la Biodiversidad (Conabio) anunciaron que las pruebas subsecuentes realizadas por dos instituciones académicas diferentes no sólo confirmaban los hallazgos originales, sino que revelaron grados más altos de contaminación. Los nuevos datos mostraban que la contaminación transgénica alcanzaba un rango del 1 al 37% en el 95% de los lugares donde se hicieron pruebas en los estados de Oaxaca y Puebla.[19]

El director del INE, Ezequiel Escurra afirmó que "la conclusión más importante de esos estudios es que los constructos transgénicos se mueven mucho más rápido en el ambiente natural de lo que se creía anteriormente, lo cual nos obliga a reconsiderar las medidas de bioseguridad."[20] Ese mismo mes, el Comité Científico Consultivo en pleno de la Comisión Intersecretarial sobre Biodiversidad y Organismos Genéticamente Modificados (Cibiogem) renunció en protesta por la falta de compromiso del gobierno mexicano para con los temas de la bioseguridad. En una declaración pública, los científicos lamentaron: "el gobierno federal no considera como prioritaria la discusión sobre los organismos genéticamente modificados y… nuestras observaciones y opiniones no son tomadas en cuenta".[21]

El 22 de octubre del 2002, después que *Nature* se negara a publicar los resultados de los nuevos estudios, Ezcurra dijo que "los argumentos de los analistas de *Nature* no son científicos, son ideológicos… Nuestros datos sugieren que los transgénicos están allí [en México]".[22]

Notas:

[1] El artículo 123, que defendía a los trabajadores, está muerto (o lo secuestraron) porque con la "flexibilización del mercado laboral", ninguna de las conquistas de 150 años tiene filo. Son prácticas comunes la inseguridad en el trabajo, horarios no continuos, contratos por hora y no por mes, a veces unas cuantas horas a la semana, por ejemplo, repartidas al antojo de los patrones, trabajo a destajo, terroríficas condiciones laborales plenas de riesgos, la imposibilidad de asociarse en sindicatos, contratos dislocados, es decir, contratos mediados por una agencia de empleos que impiden la contratación colectiva "consagrada por el 123 constitucional".

[2] Dato derivado de las cifras oficiales que muestra Ana de Ita, basada en el Banco de México, Sagarpa y SIACON, en Ana de Ita y Pilar López Sierra: "La cultura maicera mexicana frente al libre comercio", en *Maíz, sustento y culturas en América Latina. Los impactos destructivos de la globalización.* Redes, Amigos de la Tierra-Uruguay, *Biodiversidad-sustento y culturas*, Montevideo, 2004.

[3] *Ibid.*

[4] "El año de la gran contaminación". Documento de contexto del Grupo ETC, octubre 2002.

[5] Ana de Ita y Pilar López Sierra: "La cultura maicera mexicana frente al libre comercio", *op. cit.*, p. 28.

[6] *Ibid,* p. 29.

[7] *Ibid,* p. 31.

[8] *Ibid,* p. 29.

[9] "El año de la gran contaminación". *Op. cit.*

[10] *Ibid.*

[11] Ver "La gran contención", documento del Grupo ETC, en www.etcgroup.org.

[12] Diconsa es una empresa paraestatal que distribuye abasto popular a todas las regiones del país.

[13] Ana de Ita y Pilar López Sierra: "La cultura maicera mexicana frente al libre comercio", *op. cit.,* p. 30.

[14] *Ibid.* p. 31.

[15] Resumen de la discusión del Primer Foro en Defensa del Maíz, 24 de enero de 2002.

[16] Participación de Luis Hernández Navarro en el Primer Foro en Defensa del Maíz.

[17] *Ibid.*

[18] La información de este párrafo proviene de "La gran contención" y "El año de la gran contaminación", documentos del Grupo ETC, octubre de 2002.

[19] "El año de la gran contaminación". Documento de contexto del Grupo ETC, octubre 2002.

[20] "Confirma el INE la presencia de transgénicos en cultivos de Oaxaca", en *La Jornada,* México, 12 de agosto del 2002.

[21] "Renuncia el Consejo Consultivo de la Comisión de Bioseguridad" en *La Jornada*, México, 13 de agosto del 2002.

[22] "*Nature* se niega a publicar estudio sobre transgénicos", nota por Angélica Enciso y Andrés Morales, en *La Jornada*, México, 22 de octubre del 2002.

Códice Vindobonensis

Requerimos soluciones integrales

Es del conocimiento público que en México hay contaminación demostrada de semillas transgénicas en el maíz en Oaxaca. Quizá el hecho no esté lo suficientemente difundido —por más que *La Jornada* lo haya hecho, por más que GreenPeace y Era hayan trabajado en la denuncia.

Al pedirle aclaraciones a los funcionarios del gobierno, éstos han planteado por lo menos tres fuentes posibles de contaminación. Una posibilidad es Diconsa, otra es la importación por parte de algunas empresas; algo más difícil de demostrar es que sean los migrantes quienes lo traen a México cuando regresan a casa. Y por supuesto cabe la posibilidad de que sean los mismos bancos *ex situ* los que estén contaminados y que haya una especie de trasiego de material contaminado entre centros de investigación, dependencias gubernamentales, empresas y otras instancias.

Sin embargo uno de los hallazgos es que de todos modos no hay controles suficientes en ninguno los 48 puertos y aduanas del país; no parece haber los controles necesarios ni las revisiones adecuadas ni los laboratorios pertinentes como para hacer las muestras que nos podrían arrojar la seguridad de que no está contaminado lo que llega.

Quienes han visitado las instalaciones aduanales del puerto de Veracruz o de la frontera de Juárez, se han encontrado —si no una evidencia contundente de transgénicos—, por lo menos sí de contaminación con material de muy baja calidad. Por supuesto las autoridades no pueden negar el hecho por más que al principio lo intenten.

Parece necesario impulsar un plan de emergencia: determinar dónde y cómo ocurre la entrada del maíz transgénico a México. En muchos casos éste se encuentra mezclado con las semillas normales lo cual dificulta su detección. Hay contradicciones entre lo que plantea la Sagarpa (Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación) el INI (Instituto Nacional

Indigenista) y la Conabio (Comisión Nacional para el Conocimiento y uso de la Biodiversidad). No se ponen de acuerdo porque es muy difícil que acepten una responsabilidad de ese tamaño mientras empiezan a brincar por todos lados las posibles fuentes de contaminación. Enfrentamos un problema de importaciones que no nada más pasa por el problema del maíz transgénico. Es un problema que afecta también a los campesinos como productores.

En algunos casos es la importación de harina de maíz o maíz quebrado que no tiene los controles ni siquiera mínimos que podrían tener las importaciones reales de maíz. Son importaciones que pasan sin arancel, y sin los permisos necesarios en las importaciones de granos. Hablamos entonces de un acontecimiento general que afecta lo que se consume, porque es material de poca calidad, y por otro lado de una competencia desleal con los agricultores mexicanos.

Si lo vemos desde un punto de vista integral esto evidentemente tiene repercusiones, sobre todo, en la defensa del maíz. Como afirma Silvia Ribeiro del Grupo ETC, "no es sólo un problema biológico o biologizado y no se trata sólo de la contaminación de unas muestras. Al hablar de maíz nativo, hablamos de cultivo, es decir, de trabajo, y como tal de una forma de vida campesina. Cualquier cosa que afecte la vida campesina, en este caso las importaciones desleales, de mala calidad o contaminantes, afecta de rebote la posibilidad de que los cultivos mexicanos se contaminen con transgénicos, y acabe agostándose la diversidad de variedades mexicanas. Competimos con el deshecho de Estados Unidos y eso tiene repercusiones bastante graves".

La pregunta vuelve: ¿cuál es el origen de esta contaminación? Sembrado, de semillas importadas por Diconsa, migrantes retornados con semillas contaminadas, algún centro de investigación como el CIMMYT. Es éste el banco de semillas más grande del mundo en cuanto a maíz y la instancia admite que tal vez podrían estar contaminadas sus muestras. Sería gravísimo si así fuera. Hay entonces deslealtad de las empresas pues muchas de ellas le piden sus muestras a CIMMYT y le regresan una serie de variedades.

Tenemos que detectar la responsabilidad de las empresas, de las dependencias y de las fundaciones o las organizaciones que trabajan en las diferentes regiones. Se necesita, sin embargo, un plan integral para la detección y la erradicación de estas semillas transgénicas, que podrían estar agotando u homologando a todas las otras. Pero este plan no puede ser, porque no hay confianza, un programa planteado desde las autoridades, tiene que ser un plan integral en el que participen —desde el diseño hasta la evaluación— las comunidades afectadas, y donde exista una supervisión por parte de organismos civiles que le vigilen las manos del gobierno, pues efectivamente no hay confianza.

Se tiene que detectar con precisión cuáles son los predios en donde hay contaminación de este maíz y al mismo tiempo qué tipos de maíz hay. Son propuestas de la Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez de Oaxaca (Unosjo) que podrían hacerse extensivas obviamente a otras regiones del país. Hay quienes también mencionan la región de Yucatán como una

posible región contaminada por maíz transgénico. Greenpeace, acertadamente señaló desde un principio que no debemos permitir la importación. Debemos apelar también al Convenio 169 de la OIT.

Álvaro Salgado, del Cenami, enfatiza que hay que fortalecer el trabajo comunitario cultural: la producción y preservación de los saberes relacionados con el trabajo campesino —responsables o corresponsables de cultivar y domesticar variedades particulares de especies como el maíz, que ahora peligran. Esta labor comunitaria no sólo debe defender la biodiversidad existente sino fomentar la diversificación, y no la homologación, como hasta ahora.

Maíz colgado para hacer chacales, Pasigochi, Chihuahua, 2010. Foto: David Lauer

Diversas organizaciones impugnan programas como el *kilo por kilo* en el que las dependencias cambian a los agricultores kilos de semilla nativa por kilos de semilla "mejorada" con todo el paquete tecnológico implícito, lo cual obviamente entraña de inmediato un posible empobrecimiento en las regiones.

UNORCA señala que desde 1999 hay posibilidad de contaminación por transgénicos a partir de importaciones; se hizo una demanda de amparo que es importante retomar porque puede servir ahora como precedente legal jurídico para emprender otras demandas de amparo por las importaciones. En ese caso pudo llegar hasta el poder judicial en casos como el algodón, el maíz y la soya. Sin embargo Sagarpa y otras dependencias negaron que importación alguna violara los permisos. Hoy sí que "no importa lo que se importe" porque no había ningún delito qué perseguir. Finalmente acabaron no siendo respetados sus amparos: la paradoja es que no hubo la fuerza para perseguir el asunto, ni la contundencia de la complicidad entre las autoridades hizo que esto se olvidara. Ahora vuelve a ser pertinente por las contaminaciones recientes.

Desde 1999 instancias en el TLC plantearon que se hiciera un análisis de los transgénicos. Existe, en el marco del convenio del TLC, una recomendación que podría volverse un precedente importante para conseguir no sólo acciones públicas de denuncia sino para emprender acciones de carácter legal.

Pero hay que aprender en cabeza ajena y prever las reacciones y nulificar otros precedentes en contrario. Monsanto, como documenta el Grupo ETC, está empeñado en demandar e incluso llevar a la cárcel, o cobrar dineros muy fuertes a los campesinos que aleguen que fueron contaminados en sus predios por la semilla de transgénicos de Monsanto, por el solo hecho de que las compañías alegan que esas semillas o esos genes de esas semillas halladas en los predios de los agricultores son de ellas. Parece importante darle la vuelta a ese tipo de triquiñuelas alegando con justicia que *el que contamina paga.*

Puede alegarse desde la defensa del maíz y su saber asociado que así como un pueblo defiende, apelando al Convenio 169, su territorio o sus tierras de la invasión, sea con ganado o por parte de narcos, también se podría buscar los vericuetos legales para impugnar la invasión a terrenos por parte de genes que no tendrían porqué estar aquí.

Debemos defender el punto de vista de los campesinos que fueron quienes han cultivado el maíz por 9 mil años en contra de las grandes compañías que pretenden demandar a quienes despojan alegando propiedad intelectual.

Qué propuestas de solución hay para detectar la contaminación del maíz en las regiones, cuáles son las posibilidades de organización regional que podrían defender y expandir los saberes tradicionales y contemporáneos locales; cuáles son las posibles acciones legales en contra de empresas del gobierno mexicano, o de impugnación de los organismos de inversión y financiamiento de prospección, investigación, patente y comercialización ilícita o legaloide. Necesitamos abrir espacios en donde se socialice, desde diferentes lados, información que de otra manera estaría dispersa y que no necesariamente los medios de comunicación recogen. No sólo la información centralizada sino aquella proveniente de muchas fuentes y muchos niveles. Parece importante que las propuestas vayan en muchos sentidos y no en uno solo. Se trata de abrir la perspectiva del problema de los transgénicos o de la bioprospección que se emprende en el país. El problema que nos aqueja es integral. Requerimos de soluciones integrales.

Ana de Ita

*** Ana de Ita** *(es investigadora y directora del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano-Ceccam), uno de los centros nacionales independientes que más han apoyado la formación y continuidad de la Red en Defensa del Maíz. El trabajo de Ana de Ita es crucial para entender el campo mexicano. Este texto fue publicado al poco tiempo del Foro en Defensa del Maíz. www.ceccam.org*

Sembrar maíz nativo es un asunto político

Cómo resolver la contaminación por transgénicos en México. Qué podemos hacer las comunidades, qué pueden hacer las ONG, qué es están haciendo las transnacionales. Cómo vemos la movilización, qué tipo de movilización.

A nosotros nos preocupan mucho estas preguntas porque al tener el problema encima nos damos cuenta de que no es una comunidad, o dos comunidades o una región: es un problema de todo el país.

Pero en México no todos vemos el problema de la misma manera. Los grandes agricultores que producen maíz no están interesados en el asunto porque ellos no tienen maíces, no tienen semillas nativas, pues muchos utilizan híbridos y están enchufados al capital desde hace rato. Ésta no es su preocupación, mientras a nosotros sí nos interesa la contaminación del maíz porque es parte esencial de nuestra cultura. Nos tocaron en la esencia, en algo con lo que estamos íntimamente relacionados. Por eso las comunidades indígenas se movilizan más por defender el maíz que los grandes y medianos agricultores. Quienes hemos estado en los foros que se han hecho en México en relación con el maíz casi no vemos agricultores. Las organizaciones campesinas a veces se representan en eso espacios por algunos de sus dirigentes nacionales. En otras ocasiones no están, pero las comunidades indígenas se van sumando más y más a la reflexión de este asunto. Es algo que nos toca. La globalización neoliberal nos tocó en una de las partes básicas, fundamentales de la esencia del pueblo, de lo indígena.

Entonces, cómo podemos movilizarnos para solucionar este problema. Desde las comunidades nosotros tenemos que hacer algo. El año pasado, por ejemplo, se hizo un muestreo para ver qué lugares estaban dañados y nos sirvió para saber que no era solamente la Sierra Juárez, Oaxaca y Puebla los que estaban contaminados sino que eran nueve estados de la república (y se muestrearon diez).

Entonces, el problema es de todos como mexicanos y de todos los pueblos indígenas. Qué tipo de movilización necesitamos. ¿Vamos a hacer una mar-

cha desde nuestras comunidades hasta el DF para exigir la cabeza de Monsanto o de quien sea, cuando el gobierno federal está financiando otros cultivos transgénicos de estas mismas empresas transnacionales? No nos van a hacer caso. La movilización la tenemos que hacer allá en nuestras comunidades y es algo que no se va a ver. No tenemos que salir a la calle a protestar, ni a gritar, ni a decir cosas, para actuar en contra de la globalización, ésa que nosotros no queremos. Lo vamos a tener que hacer en nuestras comunidades, desde allá. Hay algunos otros que están interesados en incidir. Hace algunos años tuvimos una reunión y alguien decía: "es que nosotros queremos que se haga una ley para que se impida la entrada de transgénicos en Oaxaca", pero nosotros dijimos, eso ya no está en nuestra agenda porque en primer lugar no hay una ley de bioseguridad nacional y ya nos ensartaron en el problema de tener que hacer una ley de bioseguridad en Oaxaca. Cuando la discusión nacional no se ha dado, la empiezan a focalizar en un pequeño espacio del territorio nacional. ¿Y quiénes están interesados en hacer esto? Pues algunos de los que se han especializado en hacer lobby —que es una de las modas para enfrentar el asunto de la globalización. No sé cuanta gente sea pero es muy poca gente la que está interesada en que nosotros nos metamos a la discusión de hacer la ley. No. Lo que a nosotros nos interesa es defender el maíz.

Durante mucho tiempo nuestras comunidades sembraron el maíz como una tradición, como una costumbre y no se vio, no se problematizó, o no se politizó el que sembráramos maíz. Hoy sembrar maíz es un asunto político, y sobre todo sembrar nuestras semillas. No nos interesa sembrar las semillas transgénicas, por supuesto, pero tampoco nos interesa sembrar las otras semillas (híbridas, "mejoradas" u otras). Creo que si se trata de probar, de politizar y de movilizar tenemos que hacerlo a partir de nuestras propias propuestas y no estar esperando a que una ONG internacional o que una fundación nos pueda otorgar un recurso para que nos diga además cómo vamos a enfrentar esa situación a nivel nacional haciendo un tipo de ley que proteja a todos. Porque se pueden hacer leyes, pero yo creo que es mucho más peligroso que se haga una ley en este momento, cuando la gente todavía no está lo suficientemente informada. Lo que es crucial es que aunque no se haga una ley nosotros hagamos un gran escándalo y cada campesino que siembre maíz en este país lo haga de manera consciente.

Aldo González

*** Aldo González** *es integrante de la Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez de Oaxaca. Su papel como pensador y activista zapoteco es de gran trascendencia en México.*

Al año de contaminación: un recuento

Septiembre, 2001. El Instituto de Ecología (INE) de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) anuncia que ha descubierto contaminación transgénica en las variedades nativas de maíz en los campos de dos estados del sur. Los estudios del INE confirman los hallazgos de Ignacio Chapela y David Quist, biólogos de la Universidad de California en Berkeley. [En ese momento las leyes mexicanas prohibían el cultivo de maíz transgénico en México debido al riesgo que puede representar para las variedades nativas, pero como parte del Tratado de Libre Comercio de América del Norte el país importaba entre millón y millón y medio de toneladas de maíz transgénico al año provenientes de los Estados Unidos.]

El informe oficial del INE afirma que los científicos encontraron contaminación transgénica en 15 de 22 sitios, en grados del 3 al 10%. La amplitud y el grado de contaminación que se encontró en las parcelas de los campesinos impacta a los círculos científicos, ya que al parecer los estudios de flujo genético en maíz han menospreciado la habilidad del maíz transgénico para cruzarse con las variedades tradicionales o híbridas. Antonio Serratos del CIMMYT afirma que "la existencia generalizada de rasgos transgénicos entre las variedades tradicionales en México indica una grado muy notable de diseminación, considerando que el maíz transgénico se liberó para su comercialización en los Estados Unidos en 1996".[1]

Octubre, 2001. Las organizaciones de la sociedad civil mexicana demandan que el gobierno pare inmediatamente las importaciones de maíz y desarrolle una estrategia para detectar, prevenir y revertir la contaminación transgénica, y que las empresas responsables paguen los daños a los campesinos afectados. Cientos de organizaciones de la sociedad civil en el mundo apoyan sus demandas. La reunión anual del CGIAR se lleva a cabo en Washington y evita discutir el tema de la contaminación en el centro de diversidad genética del maíz.

Noviembre, 2001. La revista *Nature* publica un artículo científico de Ignacio Chapela y David Quist de la Universidad de California en Berkeley que muestra la contaminación de las variedades tradicionales campesinas que encontraron en México. En la FAO, se aprueba el Tratado Internacional de Recursos Fitogenéticos después de siete años de negociaciones

Diciembre, 2001. Científicos amigos de la industria inician una sucia campaña para desacreditar el artículo de Chapela y Quist afirmando que la contaminación no está probada, y acusan a Chapela y Quist de fallas metodológicas.

Enero, 2002. Más de 120 organizaciones de campesinos, indígenas y de la sociedad civil se reúnen en el Foro en Defensa del Maíz en la Ciudad de México y reafirman sus demandas de parar las importaciones de maíz transgénico y atender el problema de la contaminación de las variedades nativas. En el foro, representantes de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales de México anuncian los resultados preliminares de los nuevos estudios en curso en Oaxaca y Puebla, que muestran contaminación de hasta 37% en las muestras tomadas en esos estados.

Febrero, 2002. En el Foro Social Mundial en Porto Alegre algunas organizaciones de la sociedad civil exigen que la FAO y el CGIAR reconozcan la contaminación, desarrollen un plan de emergencia para proteger los bancos genéticos en fideicomiso y llamen a una moratoria contra la liberación de transgénicos. Más de 140 organizaciones de la sociedad civil de todo el mundo publican una "Declaración Conjunta sobre el Escándalo del Maíz en México" y protestan contra la campaña de descrédito contra los científicos de Berkeley.[2]

Representantes de la industria biotecnológica continúan atacando a Chapela y Quist e ignoran los resultados de los estudios del gobierno mexicano. Enfrentados con la abrumadora evidencia de la contaminación, cambian la argumentación y aseguran que si la contaminación ya está en el campo, ello incrementará la diversidad y proveerá a los campesinos mexicanos de "tecnología gratuita".

El CIMMYT responde a la declaración conjunta internacional afirmando que ellos cumplieron su responsabilidad haciendo pruebas para detectar contaminación transgénica en sus bancos genéticos. El CIMMYT mantiene una actitud ambigüa ante la crisis de la contaminación en México, negándose a confirmar o negar la evidencia de tal contaminación por escrito.

El Comité de Políticas de los Recursos Genéticos del CGIAR se reúne en Filipinas y, siguiendo los consejos del IRRI (Instituto Internacional de Investigación sobre Arroz) y del CIMMYT, se rehúsa a admitir la contaminación transgénica de variedades nativas o a llamar a una moratoria a la liberación de transgénicos en los centros de origen de los cultivos.

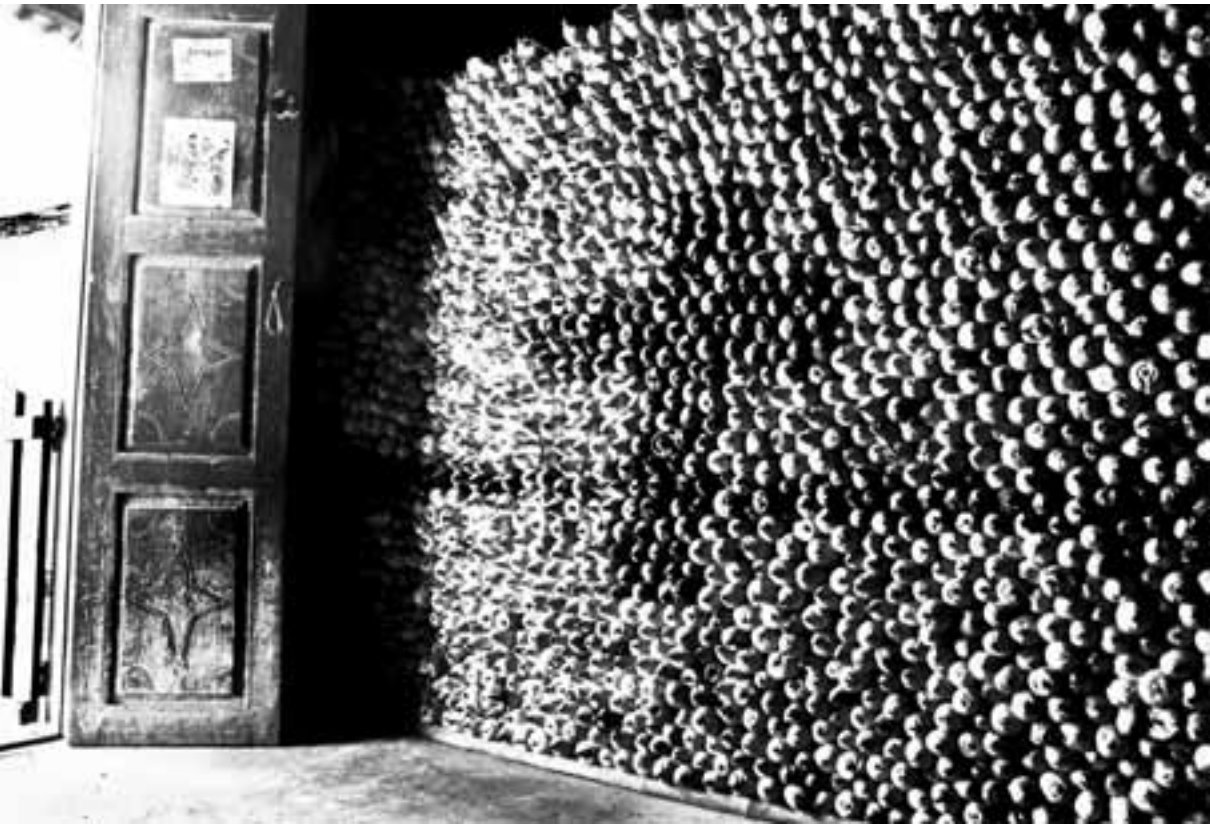
Semilla seleccionada para la próxima siembra, Oaxaca, 2003. Foto: David Lauer

Marzo, 2002. La FAO le pide al CIMMYT que investigue las implicaciones del maíz transgénico y que el gobierno mexicano provea información acerca de la extensión de la contaminación y el desarrollo de un plan concreto para responder a los riesgos que significa esta situación

Abril, 2002. La revista *Nature* cede a la presión y se retracta del artículo de Chapela y Quist, diciendo que "La evidencia disponible no es suficiente para publicar el artículo original." La retractación de *Nature,* considerada una victoria importante de relaciones públicas para la industria biotecnológica, fue publicada justo antes de la reunión del Convenio de Diversidad Biológica (CDB) en La Haya.

La Sexta Conferencia de las Partes del CDB se realiza en La Haya. Le sigue una reunión internacional del Protocolo de Bioseguridad. El tema de la contaminación transgénica no se discute oficialmente en ninguna las reuniones, aunque los gobiernos africanos expresan su preocupación. Pese a estar en el ojo del huracán, el gobierno mexicano no presenta en el CDB posición oficial en el tema. Sin embargo, en una reunión convocada por organizaciones de la sociedad civil, y a la que asisten muchos delegados oficiales, un alto funcionario del Instituto de Ecología de México confirma que hay grados alarmantes de contaminación del maíz transgénico en México.

Mayo, 2002. El CIMMYT publica un documento llamando a hacer más estudios, "en caso de que" haya habido contaminación en México. El Centro reconoce la necesidad de hacer más estudios sobre el flujo genético del maíz y los posibles impactos de los transgenes en el cultivo, subrayando en particular la preocupación por el impacto de la nueva generación de cultivos modificados genéticamente para la producción farmacéutica e industrial.



Cosecha almacenada en casa de comisario ejidal de Oxeloco, Hidalgo. 2003. Foto: David Lauer

El CIMMYT declara públicamente su apoyo al uso del maíz transgénico, y ofrece a los gobiernos su experiencia en bioseguridad y asuntos relacionados.

Junio, 2002. La Cumbre Mundial de la Alimentación + 5 sesiona en Roma y cientos de organizaciones de la sociedad civil incluyendo a la Vía Campesina, la federación de campesinos más grande del mundo, denuncia la contaminación transgénica como seria amenaza a la soberanía alimentaria y a los derechos de los agricultores. Los gobiernos ni siquiera consideran el tema.

Julio, 2002. Varios países del sur de África cuestionan los granos transgénicos impuestos como ayuda humanitaria. El Programa Mundial de Alimentos, la Organización Mundial de la Salud y la FAO emiten declaraciones criticando a África por no aceptar la ayuda alimentaria transgénica. El director general del IRRI, Ron Cantrell, publica un documento defendiendo la colaboración con las multinacionales de los agronegocios y la aceptación de patentes dentro del sistema del CGIAR.

Agosto, 2002. El INE y la Comisión Nacional para la Biodiversidad (Conabio) anuncian que las pruebas subsecuentes realizadas por dos instituciones

académicas diferentes no sólo confirman los hallazgos originales, sino que revelan grados más altos de contaminación. Los nuevos datos muestran que la contaminación transgénica alcanzaba un rango del 1 al 37% en el 95% de los lugares donde se hicieron pruebas en los estados de Oaxaca y Puebla.[3] El director del INE, Exequiel Ezcurra afirma que "la conclusión más importante de esos estudios es que los constructos transgénicos se mueven mucho más rápido en el ambiente natural de lo que se creía anteriormente, lo cual nos obliga a reconsiderar las medidas de bioseguridad."[4]

La Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sustentable en Johanesburgo se alinea con los mayores poderes económicos mundiales y consagra el rol de las corporaciones trasnacionales como actores principales del desarrollo sustentable. La sustentabilidad es reducida a problemas tecnológicos. Los organismos genéticamente modificados están en la agenda oficial, pero se discute acaloradamente sobre sus implicaciones debido a los casos de contaminación en México, las protestas de los gobiernos africanos por la ayuda alimentaria transgénica y la afirmación de los proponentes de los transgénicos, de que ésta será la solución del hambre en el mundo. El Secretario de Estado de los Estados Unidos, Collin Powell, es abucheado por delegados oficiales cuando se refiere a la necesidad de usar maíz transgénico. Las organizaciones de agricultores, las de la sociedad civil y muchos gobiernos del Sur expresan su preocupación por la contaminación.

El Comité Científico Consultivo en pleno de la Comisión Intersecretarial sobre Biodiversidad y Organismos Genéticamente Modificados (Cibiogem) renuncia en protesta por la falta de compromiso del gobierno mexicano para con los temas de la bioseguridad. En una declaración pública, los científicos lamentaron que "el gobierno federal no considera como prioritaria la discusión sobre los organismos genéticamente modificados y… nuestras observaciones y opiniones no son tomadas en cuenta."[5]

Septiembre, 2002. Un año después del anuncio de la contaminación del maíz, los gobiernos nacionales y los organismos internacionales han fracasado en toda la línea en tomar acciones para remediar, parar o aún prevenir la contaminación. El gobierno mexicano se mantiene en silencio. El CGIAR sigue en silencio.

22 de octubre, 2002. Después que *Nature* se negó a publicar los resultados de los nuevos estudios, Ezcurra dice que "los argumentos de los analistas de *Nature* no son científicos, son ideológicos… Nuestros datos sugieren que los transgénicos están allí [en México]".[6]

Obligaciones aparte, las medidas sobre bioseguridad quedan aún más relegadas en la agenda gubernamental. Aunque el propio Secretario del Medio Ambiente, Víctor Lichtinger preside la (Cibiogem) de septiembre del 2001 a septiembre del 2002, dicha comisión no considera el asunto.

A su regreso de la Cumbre Mundial en Johanesburgo, el Secretario Lichtinger presenta como un logro que México hubiera presentado la inicia-

tiva del Grupo de Países Megadiversos Afines para proteger la biodiversidad, basándose en la propiedad intelectual y promoviendo la biotecnología "para incrementar el valor de la biodiversidad." La prensa pregunta si el supuesto liderazgo internacional de México no se contradice con la falta de acción del gobierno mexicano con respecto a la contaminación del maíz. Dando una puñalada al corazón de la cultura y la agricultura mexicanas, el secretario responde: "la biodiversidad es mucho más que el maíz."[7]

Con este tipo de posturas oficiales no habría sorprendido que incluso mientras todo el mundo observaba el caso de la contaminación, México levantara la moratoria que había sobre el cultivo del maíz transgénico al terminar el periodo preliminar de tres años, a fin de octubre. Lo haría después, como ahora ya sabemos.

Grupo ETC

Notas:

[1] Comunicación personal con Antonio Serratos, 6 de diciembre del 2001. Serratos sostiene que el grado de flujo genético es más veloz en las parcelas de los campesinos en pequeño, y calcula que si un campesino siembra un surco de semillas de maíz transgénico en una parcela de una hectárea su terreno de labor será transgénico en un 65% en solamente siete años.

[2] La declaración puede consultarse en www.etcgroup.org.

[3] Los estudios, realizados por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Cinvestav no se han publicado, ya que estaban esperando salir al público en *Nature,* revista que rechazó publicarlos en octubre del 2002. Aunque la intención era revalidar el artículo original del cual Nature se retractó, lo cual es comprensible, el retrasar la información al público acerca de un asunto de biodiversidad tan serio, es muy reprobable.

[4] Citado en la nota "Confirma el INE la presencia de transgénicos en cultivos de Oaxaca", en *La Jornada,* México, 12 de agosto del 2002.

[5] "Renuncia el Consejo Consultivo de la Comisión de Bioseguridad" en *La Jornada,* México, 13 de agosto del 2002.

[6] *"Nature* se niega a publicar estudio sobre transgénicos", nota por Angélica Enciso y Andrés Morales, en *La Jornada*, México, 22 de octubre del 2002.

[7] "Deben otorgarse a etnias derechos sobre recursos genéticos: Lichtinger", nota por Angélica Enciso, en *La Jornada,* México, 19 de septiembre del 2002,

---

***** *Fragmento del documento de contexto del Grupo ETC "El año de la contaminación", octubre de 2002*

El principio precautorio, por la ventana

El principio de precaución expresado en el Convenio de Diversidad Biológica establece que la falta de completa certeza científica no es razón para posponer medidas que eviten los riesgos que plantea la presencia de organismos transgénicos producto de la biotecnología. Sin embargo, en el peor escenario de contaminación, la ocurrida en el centro de origen del cultivo básico del continente, el CIMMYT y otras organizaciones del CGIAR se niegan a reconocer esta contaminación transgénica como un problema grave. Mientras la brisa la lleva de campo en campo, el organismo a quien formalmente corresponde proteger esas parcelas parece haber arrojado la precaución por la ventana.

El CIMMYT limitó su respuesta ante la crisis de la contaminación a un llamado para que se realicen investigaciones posteriores y a la revisión de sus propias muestras para ver si estaban contaminadas. La revisión no mostró contaminación.[1] El Centro también instituyó una moratoria de facto sobre la recolección de muestras en el campo, medida que evidencia un doble estándar: mientras el CIMMYT asegura que sus propios bancos genéticos no estén contaminados, se niega a respaldar medidas que brinden la misma seguridad a los enormes reservorios genéticos *in situ* conservados por los agricultores de México. En ese país y en discusiones internas del sistema del CGIAR, el CIMMYT se ha negado oficialmente a llamar a una moratoria sobre la liberación de organismos transgénicos en los centros de origen y diversidad de los cultivos alimentarios básicos.

La posición del CIMMYT es especialmente desconcertante dado su mandato global y el hecho de que la institución admitió formalmente que se

sabe muy poco de las consecuencias del flujo de transgenes hacia las variedades nativas como para predecir los efectos de la contaminación. El Centro ha reconocido las enormes implicaciones estableciendo que "los impactos potenciales de la introgresión de un transgén podrían extenderse también hacia el ambiente, el bienestar del campesinado, las preocupaciones del mercado, tales como la aceptación de los consumidores, las consideraciones sobre la propiedad intelectual y la esfera regulatoria"[2], y enfatizó la necesidad de realizar investigaciones posteriores, particularmente para determinar las amenazas que presenta la "nueva generación" de cultivos genéticamente modificados para expresar productos no alimentarios (por ejemplo plásticos y productos para otros usos industriales).[3]

Ángel Kato, un reconocido genetista del maíz y asesor del CIMMYT, recientemente advirtió: "…si las variedades de maíz transgénico se cultivan comercialmente en México y otras regiones mesoamericanas, con el tiempo las variedades de maíz nativo se contaminarán con un número interminable de transgenes diferentes, convirtiéndose en depositarios de esos elementos. Las transgenes podrían causar daños diversos y crecientes que no pueden predecirse en estos momentos… Una vez que hay contaminación, tomamos un camino sin retorno hacia la permanente erosión genética de los recursos del maíz."[4]

Grupo ETC

Notas:

[1] Las pruebas subsecuentes en diciembre del 2001, febrero y mayo del 2002, también afirmaron que no había señales de contaminación.

[2] CIMMYT "Maíz transgénico en México: hechos y necesidades futuras de investigación", 8 de mayo del 2002, http://www.cimmyt.cgiar.org/whatiscimmyt/Transgenic/FactsandFuture_08May02.htm

[3] Ver documentos sobre transgénicos del Grupo ETC.

[4] Kato Y., Ángel T., "Transgenic varieties and landraces of Maize in Mexico" ("Variedades transgénicas y nativas de maíz en México"), artículo presentado en el Seminario Pugwash sobre Biotecnología, junio del 2002, Ciudad de México.

***** *Fragmento del documento de contexto del Grupo ETC "El año de la contaminación", octubre de 2002*

Diego Rivera

tres

Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Tenango del Valle, Edomex, 2010. Foto: Jerónimo Palomares

La respuesta de las comunidades

Ante un panorama de intereses creados, irresponsabilidad de los funcionarios y el desprecio de los organismos internacionales encargados de velar por las semillas, la alimentación y los derechos de los pueblos, las comunidades y las organizaciones campesinas e indígenas, al igual que las organizaciones de la sociedad civil, comenzaron a emprender acciones: en principio de información y análisis, marchas y cartas de protesta, cabildeos diversos y muchos talleres regionales. Había y hay una inquietud real en la mera idea de que estuviera contaminado lo más sagrado de su vida y fuente primordial de su alimentación, eso que los hace ser y les brinda identidad trabajada durante milenios (en el caso de los pueblos indios y los campesinos pobres), o un cultivo que para muchos pequeños productores es el centro de su estrategia (para quienes ven en la siembra comercial del maíz una fuente de ingresos concreta).

Cuando los comuneros wixaritari (o huicholes) se enteraron del asunto, uno de ellos comentó, de inmediato y contundente: "sin maíz no somos, no sólo estaríamos muertos, dejaríamos de ser".

Pronto, de varios enclaves del país comenzaron las reflexiones. Tal vez la reflexión de Aldo González, de Unosjo, resuma muchas de las inquietudes que se suscitaron en los meses siguientes al Primer Foro en Defensa del Maíz y que comenzaron a plasmarse en documentos diversos. Dice Aldo González:

> Nosotros creemos que se tiene que hacer una investigación seria para determinar con precisión cuáles son los predios contaminados, que es lo que a nosotros nos interesa porque lo que queremos es poner un límite entre las semillas transgénicas y las que no lo son. Si el próximo año siguen monitoreando y el siguiente también, puede que el maíz transgénico siga incrementando su porcentaje en las comunidades de la región y no se esté tomando una medida efectiva para evitarlo.

> En la Sierra Juárez nos estamos informando, pero hace falta más información de nuestras mismas comunidades. Nos preocupa que esto pueda estar ocurriendo en otros lugares del país. Las semillas o los "granos" de Diconsa no llegan sólo a Oaxaca, llegan a todos los lugares del país en donde se consume ese maíz, y esto pone en riesgo la integridad de las semillas nativas, mal llamadas "criollas" de muchas comunidades indígenas de México.
>
> Para nosotros las semillas nativas son un elemento muy importante de nuestra cultura. Podrán haber desaparecido las pirámides, las podrán haber destruido, pero un puño de semilla de maíz es la herencia que nosotros podemos dejarle a nuestros hijos y a nuestros nietos, y hoy nos están negando esa posibilidad. El proceso de globalización que se vive en nuestro país y el solapamiento de las autoridades gubernamentales está negando a las comunidades indígenas el que puedan seguir transmitiendo esta herencia milenaria. Son más de 10 mil años de cultura: nuestras semillas han probado durante 10 mil años que no le hacen daño a nadie. Hoy nos están diciendo por la radio en Guelatao que las semillas transgénicas no hacen daño. Qué pruebas tienen al respecto. Nosotros sí tenemos pruebas: 10 mil años de práctica lo demuestran. Cinco años o seis años de práctica de la siembra de maíz transgénico en el mundo no nos están dando ningún indicador de que estas semillas, o de que estos granos, no vayan a causar daño a la humanidad. Después de 10 mil años nuestras semillas siguen vivas. Bien podemos poner en duda las semillas de ellos, que no tienen demostración al respecto.
>
> En la Sierra Juárez creemos que es muy importante que podamos realizar un trabajo para diferenciar las semillas transgénicas y las que no lo son. No tenemos los recursos suficientes, es más, no tenemos recursos. No hay recursos para la difusión que en muchas comunidades es necesaria. Mucha gente no sabe todavía qué es el maíz transgénico. En la ciudad de México se ve la televisión, se escucha la radio, se pueden leer los periódicos; en la Sierra Juárez eso no existe. Tenemos que ir de comunidad en comunidad a informar lo que sucede, y nuestros paisanos cada vez están más molestos por esta situación.[1]

Los tzotziles de San Andrés Sacamch'en, Chiapas, que fuera sede de los diálogos entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el gobierno federal entre octubre de 1995 y julio de 1996, apuntaban preocupados por la contaminación de sus semillas:

> Somos de Los Altos de Chiapas, somos personas hechas de maíz y de barro. Somos tzotziles, pero nuestro nombre verdadero se ha transformado en la punta de la lengua de los invasores. Somos indígenas desde que nuestra madre tierra nos parió y lo seguiremos siendo hasta que la misma madre tierra nos trague.
>
> [...] Luchamos por lo que fuimos ayer, lo que somos y lo que mañana seremos. Luchamos para conocer la historia, para rescatar nuestra cultura, porque bien sabemos que si un pueblo conoce su historia jamás será condenado a repetirla y jamás será vencido.

> Nos hemos enterado de que las empresas agroquímicas han patentado nuestro maíz, le están introduciendo genes de otros seres vivos y muchas sustancias químicas para acabar por completo a nuestro maíz natural, para que luego compremos puro maíz transgénico. Nosotros sabemos las graves consecuencias que trae este tipo de maíz que están creando, que afecta a nuestra cultura, porque para nosotros los indígenas, el maíz es sagrado, y si esas industrias agroquímicas tratan de desaparecer nuestro maíz, es como querer desaparecer parte de nuestra cultura que nos heredaron nuestros antepasados mayas. Sabemos que el maíz es nuestro alimento principal y cotidiano. Sabemos que nuestros primeros padres y madres nos criaron de maíz, por eso nos llamamos hombres y mujeres de maíz. Nuestros abuelos indígenas campesinos entregaban su trabajo y sus corazones, y lloraban pidiéndole protección a nuestro dios creador para que su trabajo tuviera logro.
>
> [...] Nos preocupa que nuestro maíz se acabe por completo, por eso en nuestras escuelas queremos crear un banco de semillas para conservar nuestro maíz, para luego fomentar que en cada comunidad se establezcan bancos de semillas. En nuestra escuela se está llevando a cabo un proyecto en defensa de nuestro maíz natural que lleva por nombre "Semilla madre en resistencia de nuestras tierras chiapanecas". Estamos en contra del maíz transgénico, y juntos y con todo el pueblo de México esperamos salvar parte de nuestra vida que nos la quieren arrebatar.[2]

En las reuniones indígenas, por todo el país, comenzó entonces a gestarse un movimiento fuerte, invisible, para defender el maíz y entender las implicaciones de su contaminación. Los pronunciamientos se multiplicaron.

Desde enero de 2002, en las reuniones del Congreso Nacional Indígena, en particular en la Región Centro Pacífico, los pueblos y comunidades discutieron la defensa del maíz, con una perspectiva integral, y en los resolutivos se remacharon los resolutivos del Primer Foro en Defensa del Maíz y de múltiples talleres que proliferan, aun hoy, por el territorio nacional: defender el maíz nativo, rechazar el maíz transgénico e iniciar discusiones para entender las mejores formas de cuidar su herencia milenaria.

Por ejemplo, en la Asamblea del Congreso Nacional Indígena de la Región Centro Pacífico, en la comunidad wixárika de San Sebastián Teponahuaxtlán (Huaut+a), en el municipio de Mezquitic, Jalisco, el 21 de julio de 2002, el punto de la contaminación estuvo tan presente que los delegados wixárika de Jalisco, purhépecha de Michoacán, ñahñú del Estado de México, huachichil de San Luis Potosí, chichimeca de Guanajuato, nahua de Jalisco, Colima, Guerrero, Estado de México, Morelos y Distrito Federal, y amuzgos de Guerrero, enfatizaron:

> **Octavo.** Exigimos al gobiernofederal el cese en la introducción a nuestro país de maíces transgénicos o de dudoso origen. Llamamos a todos los pueblos indígenas y campesinos, así como a los consumidores de maíz en todo el país, a defender las semillas propias y a que se unan a nuestra exigencia.

> **Noveno.** Rechazamos la prohibición decretada por el gobierno federal en el uso de 85 plantas medicinales y alertamos a todos los pueblos indígenas y campesinos del país del despojo y privatización que las grandes transnacionales, en concurso con el gobierno federal, están llevando a cabo con relación a nuestros conocimientos tradicionales y la biodiversidad de nuestros territorios.

Aquí surgió una vuelta que resulta interesante. Los pueblos indios vincularon de inmediato la defensa del maíz con la pertinencia de mantener sus saberes tradicionales y para ellos, defender el maíz es defender sus recursos naturales, la biodiversidad, su negativa a la bioprospección y las patentes, y emparentan todo esto al ejercicio de la medicina tradicional, otro enclave de saberes, pues para los pueblos los que curan no sólo atienden a las personas sino al todo. Cuidan el mundo, como bien lo ponen los huicholes o wixaritari.

Dos meses después, en el Foro Nacional en Defensa de la Medicina Tradicional (organizado por comunidades y organizaciones que se reconocen en el Congreso Nacional Indígena) celebrado el 16 de septiembre de 2002 en el territorio ñahñú de M'enhuani-Atlapulco, Estado de México, infinidad de médicos tradicionales, autoridades y delegados de comunidades y organizaciones indígenas pertenecientes a los pueblos tohono o'odham, mayo, rarámuri, cora, wixaritari, nahua, huachichil, tenek, chichimeca, purhépecha, mazahua, tlahuica, matlatzinca, hñahñu, tepehua, amuzgo, tlapaneco, mixteco, huave, zapoteco, mixe, mazateco, maya peninsular, tzeltal, tzotzil, c'hol, tojolabal, mame, zoque, chuj y mochó, de veinte estados del país, estos pueblos (tras declarar una moratoria contra la bioprospección en sus territorios) hicieron un pronunciamiento contundente con respecto a la contaminación transgénica junto con organizaciones pertenecientes a la sociedad civil:

> **Quinto.** Como parte de nuestra defensa de la madre tierra y todo lo que en ella se nace, repudiamos la introducción de maíces transgénicos a nuestro país, pues la madre maíz es fundamento primero de los pueblos nuestros. En consecuencia exigimos al gobierno federal declare una moratoria indefinida en la introducción de maíces transgénicos con independencia del uso que se les pudiera dar.

Exigieron también respeto a los territorios indígenas, a los recursos naturales, a la biodiversidad y a los saberes ancestrales y modernos propios de los pueblos indígenas; se negaron a la convalidación de la práctica médica tradicional por parte de las autoridades sanitarias del país; reivindicaron los Acuerdos de San Andrés, su autonomía y sus gobiernos propios.

Debemos entender que estas reuniones —que no se quedaban únicamente con la idea de que la fuerza mostrada en las calles para protestar ante autoridades distantes es movilizarse, sino que abrazaban la forma de encuentros de reflexión, verdaderas asambleas de diversas comunida-

Colando maíz brotado para hacer tesgüino, Mogótavo, Chihuahua. 2011. Foto: David Lauer.

des y pueblos indígenas del país—, ocurrían en un contexto que prevalece hasta nuestros días: el trozamiento de todos los puentes de entendimiento entre el gobierno mexicano y los pueblos indígenas del país. En 2001 había ocurrido la más grande movilización indígena y popular en la historia mexicana, la Marcha del Color de la Tierra, convocada por el EZLN y el Congreso Nacional Indígena, que había incluido un enorme Congreso en Nurío, Michoacán y una caravana que llegó hasta la ciudad de México, con fuerza tal que pudo lograr que varios representantes zapatistas y del CNI hablaran públicamente en la cámara de diputados, con el fin de defender la propuesta de reformas constitucionales más discutida y consensada: la propuesta de reformas indígenas elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación traduciendo los Acuerdos de San Andrés, firmados entre el EZLN y el gobierno federal en 1996.

Maíz jaliscience, 2010. Foto: David Lauer

Pero precisamente por la fuerza convocada, y en un contexto de importantes intereses detentados por la clase política mexicana, los tres poderes de la Unión habían rechazado la posibilidad de reconocer los derechos colectivos de los pueblos indígenas en la Constitución. Ante ese escenario, los pueblos comenzaron a organizar su autonomía en los hechos y comenzó un periodo de resistencia activa en muchos rincones del país, que sigue vigente y fuerte. En una situación así, los rechazos planteados por los

pueblos, la moratoria, son acciones de facto y no graciosas peticiones a un gobierno ciego y sordo a las demandas reales, legítimas, de una población de más de 20 millones de personas.

Obviamente, lo privilegiado desde entonces fue la acción real, acompañada de reflexión continua en todos los rincones indígenas. Es muy sintomático que las reuniones mencionadas —y otras muchas que no es posible anotar pues son tantas— ocurrieron, y siguen ocurriendo, en comunidades alejadas, o en comunidades con un claro proyecto de resistencia, autogobierno y mandato claro de la asamblea.

Éste fue el clima que propició el cumplimiento de uno de los principales acuerdos del Primer Foro en Defensa del Maíz: impulsar diagnósticos regionales, autogestionarios, que le dieran a las comunidades ciertas indicaciones de si su maíz estaba o no contaminado. A partir de octubre de 2002, comenzaron los talleres preparativos para que las comunidades asumieran diagnósticos en ese sentido. En el año 2003 se hicieron pruebas propias, a contrapelo de las dependencias de gobierno que seguían sin mostrar la cara de una manera frontal y responsable —salvo honrosas excepciones— y en cambio, el embate contra el maíz, a nivel gobierno de México e instancias internacionales, seguía su curso.

El malestar y la exigencia, se ha insistido con razón, no sólo provenía y proviene de los campesinos pobres, en su mayoría indígenas, y de las organizaciones de la sociedad civil que las acompañan. Siendo la problemática del maíz algo muy complejo, que no se agota en la contaminación, es lógico que las centrales campesinas, las organizaciones de productores, también se preocuparan. "La crisis del agro mexicano se ha profundizado en las últimas décadas del ajuste estructural y apertura comercial. Las organizaciones de productores rurales se han movilizado ampliamente a nivel regional y nacional, realizando huelgas de hambre, tomas de carreteras y puentes aduanales, plantas de diesel, oficinas públicas, plazas y monumentos en las principales ciudades del país".[3]

Muchas de estas movilizaciones se han acompañado de propuestas de políticas públicas y cabildeo ante las cámaras en una idea de la participación ciudadana en diálogo con el gobierno. Desde finales de 2002, un movimiento campesino *(El campo no aguanta más)* procedente de muchos frentes, que aglutinaban desde campesinos pobres a las grandes centrales campesinas y agrícolas emprendieron movilizaciones que tuvieron su culminación en el primer trimestre de 2003.

> *El campo no aguanta más* puso en el centro del debate demandas fundamentales para la defensa del maíz y de la soberanía alimentaria: renegociación del capítulo agropecuario del TLCAN, reorientación de la política hacia el agro bajo principios de soberanía alimentaria y revisión del artículo 27 constitucional... A principios de 2003, las movilizaciones campesinas de *El campo no aguanta más, El Barzón,* El Congreso Agrario Permanente y la Confederación Nacional Campesina consiguieron abrir con el gobierno de Fox mesas de

> debate que concluyeron el 8 de marzo sin acuerdos básicos entre el gobierno y los productores rurales. El 24 de marzo los cuatro bloques campesinos presentaron una propuesta campesina de Acuerdo Nacional, donde plantearon la renegociación del TLCAN, la soberanía alimentaria como principio rector y eje de toda la política agroalimentaria y comercial, presupuestos multianuales, reforma estructural de las políticas hacia el campo, cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés sobre derechos y cultura indígenas, defensa y valoración de los patrimonios territoriales de ejidos comunidades y pueblos indios y el fin del rezago agrario. Finalmente, el Acuerdo Nacional para el Campo alcanzado fue diseñado unilateralmente por el gobierno.[4]

Lo terrible de esta experiencia, cuestionada fuertemente por la Unión Nacionales de Organizaciones Campesinas Regionales Autónomas (UNORCA), El Frente Democrático Campesino de Chihuahua, la Unión de Organizaciones Forestales Campesinas (Unofoc) y el Frente en Defensa del Campo, es que fueran ellas las únicas que reivindicaron hasta el final las demandas consensadas en meses de movilización. Las organizaciones arriba anotadas fueron abandonadas por el resto de organizaciones que suscribieron un acuerdo espurio, unilateral e indigno, diseñado por el gobierno. "El documento cancela de entrada las demandas campesinas de revisión y renegociación del capítulo agropecuario, la exclusión definitiva del maíz y el frijol del proceso de liberalización comercial del TLCAN y la reintroducción de aranceles-cuota a las importaciones de los productos de las cadenas agropecuarias básicas y estratégicas para la seguridad y soberanía alimentaria".[5]

Esto, en un momento en que la contaminación por maíz transgénico amenazaba las siembras comerciales y de autoconsumo de maíz, en un contexto en que las cuotas de importación del grano se excedían hasta por 15 millones de toneladas entre 1994 y 2002 y cuando, por los subsidios otorgados por Estados Unidos a sus productores, el precio de exportación del maíz le permitía venderlo a precio de *dumping* perjudicando a los campesinos y productores mexicanos, profundizó la distancia entre la gente y el gobierno e hizo urgente la organización autogestionaria de cualquier salida a la crisis campesina e indígena.

Notas:

[1] "Diez mil años de certeza", *Ojarasca* en *La Jornada* 58, febrero de 2002.

[2] *Ibid.*

[3] Ana de Ita y Pilar López Sierra: "La cultura maicera mexicana frente al libre comercio, *Los impactos destructivos de la globalización.* Redes, Amigos de la Tierra-Uruguay, *Biodiversidad-sustento y culturas,* Montevideo, 2004, p. 32.

[4] *Ibid.* p. 33.

[5] *Ibid.*

Diagnósticos autogestionarios, debates pantanosos, organización renovada

Entre octubre de 2002 y diciembre de 2003, México fue escenario de una batalla prácticamente invisible. Por un lado, las dependencias y los funcionarios (en particular el subsecretario de Agricultura Villalobos) amagaron varias veces con suspender de facto la moratoria que prohibe la siembra de maíz transgénico, con el alegato, bastante provocador, de que si ya se contaminó pues que siga, y así la gente empezará a disfrutar las bondades de los transgénicos, así esparcidos.

Como hemos dicho, varias comunidades y las organizaciones campesinas y civiles de Chihuahua, Puebla, Oaxaca, Veracruz, Hidalgo, Jalisco, Durango, San Luis Potosí y Tlaxcala, emprendieron talleres preparativos para hacer pruebas de contaminación propias sin depender del gobierno para impulsarlas. Con ayuda de las fundaciones Misereor y Pan para el Mundo, se inició un proceso de diagnóstico en varias zonas de las entidades mencionadas conjuntamente con algunos organismos civiles, independientes, como el Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam), el Centro Nacional de Apoyo a Misiones Indígenas (Cenami), el Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular (Casifop), el Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (Grupo ETC), la Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez de Oaxaca (Unosjo) la Asociación Jalisciense de Apoyo a Grupos Indígenas (AJAGI), Consultoría Técnica Comunitaria (Contec), de Chihuahua, y un grupo independiente de biólogos y biólogas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuya participación fue crucial en la toma y el análisis de las muestras.

Para la gente que participó (muchos comuneros y comuneras wixárika, rarámuri, nahua, ñahñú, zapotecos, tenek, popolucas y otros), para la gente de los organismos civiles y para el equipo de biólogos, fue siempre claro que lo importante, lo verdaderamente crucial de un proceso de esta naturaleza, era el proceso de reflexión que conllevaba. Era la discusión que potenciaba desde abajo, desde las alejadas regiones del maíz, y el impulso a una preocupación real, comunitaria, por entender su milenario proceso como amantes del maíz. Entender las condiciones que privaban sobre las comunidades y el campesinado en su región particular, en México y el mundo, y las posibilidades de descontaminación que las propias comunidades podrían diseñar. Era también un momento para reflexionar sobre el papel de la ciencia y la tecnología y, por supuesto, entrever el alcance de la contaminación. En el manual que se difundió de manera explícita entre los integrantes —que fue diseñado con la participación de las propuestas de los involucrados y que sistematizó la gente de Cenami— se enlistan una serie de previsiones que normaron todo el trabajo:

Híbrido de tesosinte sobre cama de semillas de teosinte de Chihuahua, 2008. Foto: David Lauer

1. Las comunidades indígenas y campesinas que participan de manera consciente y transitiva en la campaña "En defensa del Maíz", parten de procesos comunitarios motivados por los siguientes objetivos:

* Propiciar la reflexión comunitaria hacia el arraigo y la autosuficiencia amplia a nivel familiar y comunitario.
* Potenciar a las mujeres y hombres de las comunidades en el despliegue de sus capacidades y habilidades como promotoras(es), agricultores(as), autoridades agrarias y tradicionales, mediante la recuperación de sentidos o valores culturales, la recuperación del conocimiento profundo de la agricultura tradicional y la biodiversidad y la capacitación en aspectos agrarios, administrativos y de gestión.
* Facilitar la articulación entre organizaciones, comunidades y centros especializados en análisis de la situación en el campo, para defender el

maíz, la diversidad biológica, la propiedad intelectual y sus derechos como agricultores.
* Partir de la autosuficiencia alimentaria como primer nivel de la economía campesina, sin dejar de potenciar los cultivos comerciales que pueden manejarse como excedentes dentro de mercados regionales o locales.
* Buscar el equilibrio productivo entre la seguridad alimentaria basada en el aumento de la producción de granos básicos y la conservación de suelos y de la biodiversidad.
* Pretender la integridad del ecosistema del territorio indígena mediante el ordenamiento territorial, el manejo sustentable del bosque, el manejo ecológico en las parcelas agrícolas y la promoción de tecnologías apropiadas para el ahorro de energía.
* Pensamos que las y los agricultores indígenas aportan a la soberanía alimentaria del país. Por lo tanto, pensamos que es necesario luchar por nuestros derechos como agricultores.[1]

A esta reflexión, alimentada en asambleas, talleres y reuniones informales, contribuyeron también el Grupo ETC y GRAIN. Una de las reflexiones que pesó durante este periodo es la siguiente, formulada en su forma más acabada en los siguientes párrafos:

> La descontaminación del maíz, la restauración de su carácter sagrado y de las relaciones de respeto profundo que por él se debe tener no podrá ser obra de científico ni centro de investigación alguno, sino obra de los pueblos que aún lo cultivan con cariño. En la medida que la contaminación no pueda seguir negándose, veremos ofrecimientos bien o mal intencionados, respetables o desvergonzados, de descontaminar el maíz mediante esfuerzos científicos de envergadura. No sería sorpresa que distintos centros de investigación, incluido el CIMMYT ofrezcan descontaminación, o al menos dirigirla. Probablemente se erigirán como los únicos capaces de lograrlo. Dirán que sólo ellos pueden producir semilla no contaminada; que lo más que pueden hacer los campesinos es reproducir la semilla que ellos entreguen. Dirán que aquellas comunidades cuyo maíz ha sufrido contaminación deben quemar su semilla, o entregarla para que se descontamine. Tal vez dirán, de manera lamentable, que no se puede descontaminar cada población contaminada, y que por tanto habrá que resignarse con descontaminar una población "representativa" por variedad, la que habrá que distribuir a lo largo y ancho. Y quizá después digan de manera aún más lamentable que es imposible descontaminar todas las innumerables variedades locales ya contaminadas, y que habrá que resignarnos a que tales variedades se pierdan —tal vez de manera obligatoria— para evitar la re-contaminación.
>
> O quizás digan algo distinto, pero si emprenden o anuncian acciones pensando que son ellos los que pueden definir, diseñar, dirigir o implementar los esfuerzos de descontaminación, están irremediablemente destinados a cometer errores tanto o más dañinos que la contaminación misma.[2]

Mientras este proceso se diseminaba por sierras y quebradas, las instancias de gobierno, los organismos internacionales y las agroempresas continuaban su escalada. En diciembre de 2002 el INE presentó oficialmente los resultados de sus investigaciones a partir de nuevos estudios que realizó en Oaxaca y Puebla, que corroboraban que en el campo mexicano crecía maíz transgénico. El INE y la Conabio dieron seguimiento a los estudios de las siembras de maíz de Oaxaca, donde en 2001 las mismas comunidades de la Sierra Norte detectaron la presencia de transgénicos e informaron del hecho a las autoridades. En marzo de 2003, después de asumir la presidencia de la Comisión de Bioseguridad, Víctor Villalobos, subsecretario de Agricultura y asesor de las empresas transnacionales que producen transgénicos, declaró en *El Financiero* del 10 de marzo que trabajaría "para terminar con la moratoria que impide la siembra de maíz transgénico". En esa misma entrevista, Villalobos afirmaba que el escape transgénico en el país era "un laboratorio natural" para ver qué ocurría con la contaminación.

Pero el embate no paraba ahí. En abril de 2003 (coincidiendo casi con el indigno Acuerdo para el Campo anotado más arriba), la Cámara de Senadores aprobó la iniciativa de Ley de Bioseguridad, faltando discutirla en la Cámara de Diputados para convertirla en ley. Desde ese momento, diversas organizaciones campesinas, ambientalistas y de la sociedad civil (entre ellas Greenpeace y el Grupo de Estudios Ambientales, GEA) argumentaron que el proceso de redacción de la iniciativa de ley era completamente irregular, falto de consulta pública e ignorante del principio de precaución, fundamental para proteger la biodiversidad y los centros de origen de los cultivos.[3]

Hacia septiembre estuvieron listos los resultados de los diagnósticos autónomos. En un documento interno, los participantes anotaban algunas reflexiones, previas a la publicación:

> ...organizaciones campesinas, indígenas y civiles nos hemos organizado para analizar la situación en nuestras comunidades y plantearnos qué hacer frente a ella. Nuestros análisis de maíz campesino muestran contaminación en varios otros estados de México, y es dable pensar que hay contaminación en todo México.
>
> Todos los estudios, desde la primera denuncia basada en los datos de los investigadores de la Universidad de California en Berkeley, Ignacio Chapela y David Quist, en el 2001, los posteriores del INE, la Sagarpa e INIFAP, así como los realizados por organizaciones campesinas y de la sociedad civil han confirmado la contaminación. Comprobamos que existe en muchos otros estados y comunidades aparte de las primeras que se dieron a conocer en Oaxaca y Puebla. Hemos encontrado contaminación en Veracruz, Chihuahua, San Luis Potosí, Estado de México, Tlaxcala, Morelos y en otras áreas de Puebla (Sierra Norte) y Oaxaca (Sierra Sur) lejanas de las anteriores y que no habían sido muestreadas. Esto lamentablemente no significa que los demás estados de México no estén contaminados, sino que se necesita

hacer muchísimas más pruebas. Lo que sí sabemos es que la contaminación existe de Norte a Sur y de Este a Oeste del territorio mexicano.

Desde que se conoce la contaminación en el 2001, hasta ahora, el gobierno de México, a través de la Sagarpa y la Cibiogem, como la industria biotecnológica —principalmente las cinco empresas dueñas de los transgénicos— y gran parte de la comunidad científica, incluyendo a representantes de la Academia Mexicana de Ciencias— se han dedicado primero a inventar argumentos para negar la existencia del problema y luego a decir que la contaminación no tiene importancia y en algunos casos, hasta que sería positiva. El próximo paso es lograr que se acepte como un hecho irreversible la contaminación y que por tanto haya que resignarse a la presencia de transgénicos en el país, dando de paso el mensaje al resto del mundo de que si la ya está contaminado el centro de origen y diversidad del maíz, no importa su presencia en todos los otros países.[4]

En paralelo, entraba en vigor el Protocolo de Cartagena sobre Biodiversidad, del cual México es signatario. A partir del 11 de septiembre del 2003, México estaba en infracción de las normas de este Protocolo Internacional por su importación de maíz de Estados Unidos que contiene transgénicos sin segregar. Sin embargo, ante las declaraciones del secretario del Ambiente mexicano en la reunión ministerial de Cancún, el documento interno de diagnósticos autogestionarios, previo a la publicación de resultados autónomos, no dejaba de anotar:

Recientemente, el nuevo secretario de medio ambiente (Semarnat) Alberto Cárdenas, afirmó el 7 de septiembre 2003 en Cancún, en una de sus primeras apariciones en público, que ya se sabía que no habrá "ninguna afectación negativa para la identidad de los maíces criollos" y que los transgénicos no son ningún problema para el ambiente y la salud, al contrario, su Secretaría impulsará la biotecnología. Hasta hoy no ha podido explicar en qué argumentos y evidencias basa tales afirmaciones, pero muestra claramente sus intereses y a quienes quiere favorecer.

Por otra parte, instituciones internacionales como el CIMMYT —que tienen el mayor banco de genes de maíz público del mundo, tomado de miles de variedades de maíces desarrollados por campesinos y campesinas en México y otras partes— no ha ni siquiera reconocido la existencia de la contaminación, se ha limitado a decir que hacen falta estudios, al mismo tiempo que tiene varios programas de desarrollo de maíz y trigo transgénico. Esta actitud del CIMMYT es deplorable y muestra que no son dignos de hacerse cargo de tal acervo histórico. El banco de germoplasma del CIMMYT, al igual que otros bancos de genes como los del arroz, papa, etcétera, del sistema CGIAR, deberían pasar inmediatamente a ser responsabilidad de organismos internacionales públicos y controlables por los campesinos e indígenas, que garanticen que nada de estos materiales ni sus componentes sean patentados en ninguna

forma en ningún país, que no tenga ingerencia de las empresas multinacionales, y provea a los campesinos facilidad para el acceso a las muestras contenidas en el banco y que la participación campesina defina la orientación de la investigación y aplicaciones que derivan del uso de estas muestras.

Tampoco se ha hecho nada efectivo desde organismos como el Convenio de Diversidad Biológica y la FAO para que el tema de la contaminación transgénica en centros de origen o diversidad (que además del maíz amenaza otros cultivos de gran importancia cultural, social y económica como el arroz, la papa, el trigo) sea tomado seriamente, exigiendo la aplicación de un estricto principio de precaución.[5]

Finalmente, el 9 de octubre de 2003 Casifop, Ceccam, el Colectivo de Educación y Desarrollo Integral de la Mujer (CEDIM), Cenami, la Comisión de Solidaridad y Defensa de los Derechos Humanos (COSYDDHAC), Contec, el Centro Regional de Educación y Organización (CREO) el Grupo ETC, Greenpeace México, GEA, Guerreros Verdes, la Organización de Agricultores Biológicos (Orab), Regionalización Tuxtleca, la Unidad Indígena Totonaca Nahua (Unitona), AJAGI, UNORCA y Unosjo, hicieron públicos los resultados de los muestreos de diagnóstico independiente. En ellos señalaban:

El 9 de octubre de este año, organizaciones campesinas, indígenas y de la sociedad civil hicimos públicos los resultados de muestreos de maíz en 138 comunidades campesinas e indígenas de México, reportando contaminación transgénica del maíz campesino en 33 comunidades de Chihuahua, Morelos, Durango, Estado de México, San Luis Potosí, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Veracruz. Encontramos hasta 3 diferentes transgénicos en la misma planta, correspondientes a maíz tolerante a herbicidas y maíz insecticida con la toxina Bt. Detectamos en esos estados contaminación con maíz transgénico "Starlink", prohibido para consumo humano en Estados Unidos. Todas las secuencias están patentadas por alguna de las 5 multinacionales que controlan globalmente la producción de transgénicos.

Estos resultados —que confirman la contaminación anunciada por el INE-Conabio en 2001— se hicieron con el esfuerzo de campesinos, indígenas y organizaciones de la sociedad civil, frente a la falta de acciones del gobierno sobre la contaminación. Son sólo una pequeña muestra de la gravísima contaminación, seguramente presente en muchos otros Estados.

La Sagarpa, sin tomar cuenta de la contaminación y ocultando hasta sus propios estudios que la demuestran, sigue promoviendo la fuente principal de contaminación: las importaciones de maíz de Estados Unidos. Maíz que llega mezclado con transgénicos y subsidiado, compitiendo deslealmente con los campesinos de México. Víctor Villalobos, promotor de los transgénicos y amigo de las multinacionales que los producen, es representante de Sagarpa en la presidencia de la Cibiogem. Desde allí anunció el pasado lunes que levantará la moratoria que impide la siembra de maíz transgénico. En lugar de este cinismo, debería dar inmediatamente a conocer los resultados

Oxeloco, Hidalgo, 2003.
Foto: David Lauer

de los estudios sobre contaminación que tiene la Cibiogem/Sagarpa al público y a las comunidades muestreadas, a las que se les han negado, y escuchar lo que piensan las víctimas de la contaminación.

El Senado de la República, con el apoyo de todos los partidos —al igual que con la Ley de Derechos y Cultura Indígena— aprobó irresponsablemente y contra las protestas de organizaciones civiles y campesinas, una Iniciativa de Ley de Bioseguridad, ahora en Cámara de Diputados. Esta iniciativa de ley, de aprobarse, legalizará y aumentará la contaminación, ya que no se basa en el principio de precaución, no tiene en cuenta la situación de México como centro de origen del maíz y muchos otros cultivos y concentra la decisión de liberación de cultivos transgénicos en la Sagarpa, que ha sido cómplice y promotora de la contaminación.[6]

Mientras esto ocurría, Víctor Villalobos, subsecretario de Agricultura y presidente de la Cibiogem, firmaba un acuerdo con Estados Unidos y Canadá, donde los exceptuaba de cumplir con las exigencias del Protocolo de Cartagena y de pagar indemnización por contaminación con transgénicos, si las exportaciones de esos dos países a México "sólo" tenían un máximo de 5% de contaminación. "También los exceptuaba de declarar o pagar, si la contaminación no era intencional (5% es un porcentaje propuesto por las multinacionales: en ningún país del mundo se acepta un porcentaje tan alto para decir que algo 'no' es transgénico)".[7]

Fragmento de un cuadro de estambre que representa el territorio wixárika, familia de Filiberto de la Cruz Díaz, Huau+a, Jalisco, 2004.

El escándalo se hacía público e internacional, y uno de los logros centrales del muestreo independiente fue que las organizaciones civiles y sociales, las comunidades —ésas tan despreciadas por gobierno y empresas— salían al paso de la irresponsabilidad gubernamental y divulgaban la contaminación que las dependencias no habían tenido el valor de anunciar de forma tan contundente.

Asomaba también un aspecto que tal vez no fue tomado en cuenta en su momento pero que permite evaluar la generalidad de los resultados mostrados por la sociedad civil rural y urbana: con diferentes metodologías y grados de confiabilidad, independientemente de la metodología usada, de haber recurrido o no a laboratorios especializados, los datos confirmaban una vasta contaminación. Los vericuetos minuciosos de la misma podrían estar en entredicho (el porcentaje al detalle, los sitios, la manera de dispersarse), pero en condiciones de una polinización tan fácil como la del maíz y dada su presencia en tantos y dispersos estados, no hay lugar a dudas: *el maíz mexicano está contaminado con genes de maíz transgénico.*

La respuesta internacional no se hizo esperar. Asumiendo muchos de los puntos incluidos en la publicación inicial de los resultados de los muestreos elaborados autogestionariamente por la sociedad civil rural y urbana de diversas regiones de México, y extendiendo la argumentación, se publicó una carta "a la opinión pública nacional e internacional" que firma-

ron 302 reconocidas organizaciones civiles, ambientalistas, sociales y políticas de Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bangladesh, Bélgica, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Croacia, Ecuador, El Salvador, Escocia, Estado español, Estados Unidos, Euskal Herria, Filipinas, Francia, Grecia, Hawai, Holanda, Hungría, India, Indonesia, Irlanda, Italia, México, Japón, Luxemburgo, Malasia, Nicaragua, Nueva Zelanda, Pakistán, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Inglaterra, Rumania, Sri Lanka, Sudáfrica, Suiza, Tanzania, Ucrania, Uruguay, Zaire, Zimbabwe, incluidos los firmantes originales.

Pese al despliegue tan contundente de legitimidad, que aplaudía el esfuerzo autogestionario de las organizaciones y comunidades mexicanas, el gobierno hizo como que no oyó. En esta nueva carta, los firmantes enfatizaban:

> La contaminación es un tema que concierne a todo el mundo, en tanto que el maíz es uno de nuestros cultivos alimentarios más importantes y México es reservorio de su diversidad genética, de la cual todos dependemos. Los cambios en la política que se están considerando ahora podrían poner al gobierno mexicano en el trágico papel histórico de haber permitido la destrucción de un recurso crítico para el futuro global de la seguridad alimentaria, y haber puesto en riesgo la herencia más preciosa de los pueblos indígenas y campesinos de México.
>
> "Incertidumbre" es la palabra que mejor describe la tecnología de transgénicos hoy en día. No se conocen los impactos a largo plazo de la contaminación transgénica sobre la diversidad genética de los cultivos. Sin embargo, hay creciente evidencia que demuestra que los cultivos transgénicos pueden poner en peligro la estabilidad de los genomas de los cultivos y otros impactos negativos sobre la biodiversidad y el medio ambiente. La recombinación de bacterias transgénicas en plantas y animales y el potencial alergénico en quienes consumen cultivos transgénicos son también motivo de preocupación, así como la posibilidad de la contaminación con cultivos modificados genéticamente para producir substancias no comestibles, que van de plásticos a fármacos.
>
> La presencia de caracteres patentados en el maíz de los campesinos, es particularmente preocupante porque las compañías biotecnológicas están promoviendo agresivamente demandas legales contra los agricultores por violación de sus patentes. Bajo la ley de patentes en Estados Unidos y otros países industrializados, es ilegal que los campesinos reutilicen semillas patentadas, o que cultiven semillas transgénicas sin tener un contrato para el uso de la tecnología. Los agricultores podrían ser obligados a pagar regalías sobre semillas transgénicas encontradas en sus campos, incluso si no compraron las semillas ni sacaron ningún provecho.
>
> La contaminación de las variedades de los campesinos amenaza muchos centros de origen y diversidad, particularmente en el Tercer Mundo. Aunque se sabe de la contaminación transgénica en México desde hace más de dos años, ni los gobiernos ni las instituciones internacionales han tomado acciones para detenerla y proteger las formas de vida de los indígenas y cam-

> pesinos, particularmente aquellos que viven en centros de origen y diversidad de los cultivos. El escape de genes es un problema global, no confinado al maíz en México. Entre otros casos, se ha reportado contaminación de las variedades tradicionales de maíz en Nueva Zelandia, algodón en Grecia, canola en Canadá, soya en Italia, papaya en Hawai. La comunidad internacional y el gobierno mexicano deben inmediatamente tomar acciones para detener y prevenir mayor contaminación de variedades tradicionales.
>
> La organizaciones de la sociedad civil, las organizaciones campesinas y de pueblos indios debemos comenzar urgentemente un amplio proceso, liderado y en manos de campesinos e indígenas para apoyar el proceso de descontaminación que sólo podrá ser obra de éstos, ya que conocen íntimamente los cultivos, el campo y sus procesos. Tal como reivindican las organizaciones mexicanas, este delicado proceso no puede ser obra de ningún técnico ni de los gobiernos que han permitido y hasta promovido la contaminación.[8]

En dicha carta, se exigía al gobierno mexicano, entre otras cuestiones, mantener la moratoria a la siembra de maíz transgénico en México, centro de origen del maíz, detener de inmediato las importaciones de maíz transgénico o no segregado, descartar la *Iniciativa de ley de bioseguridad*, "porque pese a su nombre, no está basada en el Principio de Precaución y no toma en cuenta que México es un país megadiverso, ni el punto de vista de los pueblos indígenas, los campesinos y las organizaciones ambientalistas en México". Se le exigía también resistir la presión extrema de la industria biotecnológica y los científicos financiados directa o indirectamente por ella, incluidos los que detentan cargos en el sector público.

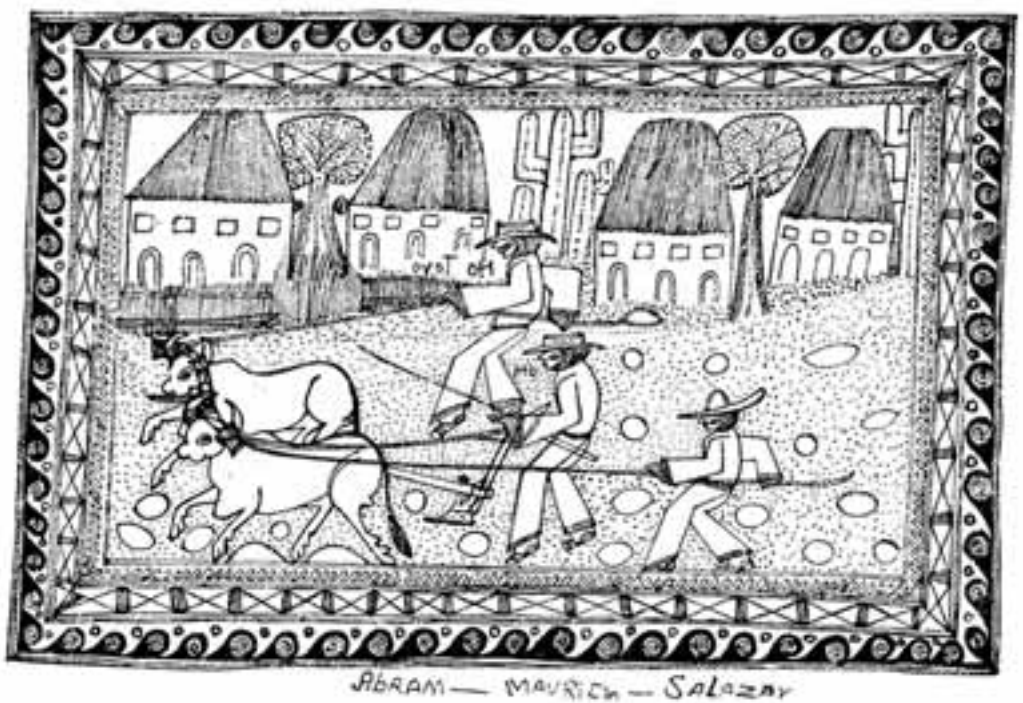
A las instancias internacionales se les exigió enfatizar el principio precautorio para prevenir mayor contaminación transgénica en las variedades tradicionales en cualquier parte del mundo. Reconocer que la contaminación representa una seria amenaza a la diversidad biológica, particularmente en los centros de origen y/o diversidad de los cultivos. Reconocer públicamente la contaminación con maíz genéticamente modificado en Mesoamérica y que otros centros de origen están amenazados por la liberación de cultivos transgénicos. Los firmantes llamaron a una moratoria inmediata contra la liberación de organismos genéticamente modificados, como semillas, o para procesamiento en alimentos o piensos, o para investigación, particularmente en aquellos países o regiones que forman parte de los centros de origen y/o diversidad de los cultivos.

Un punto crucial en la carta citada es que enfatizaba: "Debido a que todos los rasgos transgénicos están patentados, debe establecerse claramente que no se permitirá ni se aceptará ningún reclamo de propiedad intelectual de parte de las empresas transnacionales que han contaminado, y que por el contrario, se les hará responsables de la contaminación".

Además, la carta concluía instando a la FAO y el CGIAR a presentar una estrategia específica para asegurar que "las accesiones en los bancos genéticos están protegidas de la contaminación —totalmente, tal como fueron reco-

gidas de los campesinos antes de la contaminación, no estableciendo grados 'de tolerancia'— y que el importante intercambio vital de recursos genéticos entre los bancos de genes y los mejoradores y campesinos no sea amenazado por el riesgo de contaminación", además de asegurar "la integridad del germoplasma bajo su resguardo y que no existan reclamos de propiedad intelectual sobre este germoplasma ni ninguno de sus componentes".[9]

Es decir, aunque la situación siguiera siendo difícil a finales de 2003 la sociedad civil rural y urbana tuvo un logro sumamente importante pues exhibió al gobierno mexicano, alertó a la opinión pública nacional e internacional sobre los peligros de una contaminación que ya está aquí, inició un proceso de reflexión permanente en diversas regiones del país, desde abajo, y comenzó a plantear posibilidades para revertir el proceso de contaminación. Ahondó el camino emprendido por los pueblos indios desde abril de 2001, es decir el camino de la autonomía en los hechos, porque con el gobierno no se cuenta, y rompió —y lo sigue haciendo— cercos regionales para discutir y actuar, acorde a los intereses de justicia y cuidado que la población reconoce como urgentes.



Abraham Mauricio Salazar, Alto Balsas, Guerrero

A estas alturas de un debate escandaloso, con tan impresionante complejidad de vericuetos, matices y componendas por remontar, algunas organizaciones, con muy buena intención, comenzaron el intento de "ya que no se puede frenar la Ley de biodiversidad, intentemos suavizarla".

Ante la andanada de discusiones, la investigadora Silvia Ribeiro, del Grupo ETC, salió al paso con algunas precisiones que deberíamos considerar muy seriamente.

> ...Las mega corporaciones presionan para abrir todos los mercados y apropiarse de cada vez más sectores, desde recursos naturales hasta cadenas de producción y servicios.
>
> El tema del maíz transgénico y la iniciativa de ley de bioseguridad están en el mismo marco. Apuntan al despojo a los campesinos y pequeños productores mexicanos a favor de las grandes transnacionales de semillas y distribución, que controlan este recurso estratégico. Quién controle las semillas tiene la llave de la cadena alimentaria.
>
> Sólo cinco empresas transnacionales son dueñas de la totalidad de las semillas transgénicas cultivadas comercialmente en el mundo: Monsanto, Syngenta (Novartis + AstraZeneca), Bayer (Aventis), Dupont (Pioneer Hi-Bred) y Dow. A Monsanto que tiene el 90% de este mercado, le ha ido bastante mal: sus acciones cayeron de 51 dólares en 1999 a 25 dólares actualmente. Sus productos encontraron una fuerte resistencia de los consumidores por los riesgos a la salud y al medio ambiente, fundamentalmente en Europa y Japón.
>
> Conquistar el mercado mexicano es particularmente importante, sobre todo en maíz, porque daría el mensaje de que una vez liberados en el centro de origen, los demás países tienen menos argumentos.[10]

Silvia Ribeiro afirma que esta conquista se topó con dos trabas, y que la Ley de bioseguridad (la paradoja o el engaño está en el nombre) resuelve por lo menos la segunda de ellas. La primera es una moratoria que el subsecretario Villalobos ha decretado levantar "de facto" en varias ocasiones. La segunda es "la falta de vías legales para comercializar maíz transgénico". Ribeiro recalca:

> La otra "traba" es la falta de legalidad: por eso el gran apuro para que el Congreso de la Unión apruebe una ley de "bioseguridad" que fue diseñada a la medida de las transnacionales.
>
> Una de las cosas más perversas de esta iniciativa de ley de "bioseguridad", es que *nombra* muchos temas cruciales que deben tenerse en cuenta. Pero el mismo texto los acota, dejándolos irreconocibles y asegurando que no pasen de retórica. Se dice que se garantizará la protección de la salud humana, el medio ambiente y la diversidad biológica, pero en un nivel "adecuado". (¿a quién?), y para ello no se habla de *principio* de precaución sino de "enfoque", rematando con la afirmación que se aplicará "conforme a las capacidades". Cuando haya "peligro de daño grave o irreversible" se tomarán medidas "en función de los costos". Es como decir que existe el principio "no matarás", pero como un enfoque, que se aplicará si hay capacidad, en caso de que sea "adecuado" y no sea muy caro. Todo el texto está plagado de situaciones similares.

> Nunca antes de los transgénicos se habían movilizado tantos recursos públicos internacionales y nacionales para beneficiar a tan pocos, obviando además las preguntas fundamentales: ¿se necesitan los transgénicos? No. Hay enorme cantidad de alternativas sin riesgos y que afirman la soberanía y la producción nacional. ¿A quién benefician? [...] es otro poderoso instrumento para seguir enriqueciendo a las transnacionales a costa de los recursos básicos de la mayoría de la gente.[11]

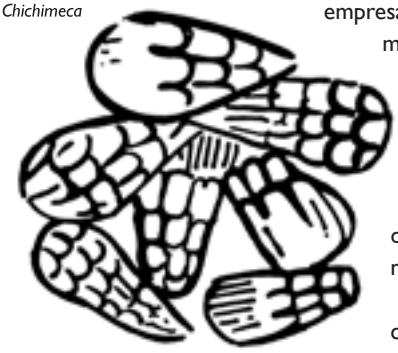
Tal vez el público internacional no reconozca en la redacción de esta ley un estilo que es rampantemente una estrategia de "reconocer" acotando, de tal modo que lo "contemplado" en las leyes termina no teniendo filo y lo que es peor, frena la posibilidad de que las leyes sirvan de paraguas real a los derechos de una gran mayoría del pueblo mexicano. Ocurrió así. La historia lo recuerda en la aprobación de la reforma en materia de derechos y cultura indígena aprobada en abril de 2001. En 2003 el Acuerdo Nacional para el Campo fue una muestra más que indigna de esto mismo. En lo tocante a esta ley de bioseguridad se sigue la misma tendencia.

Ante esto, se han abierto dos vertientes en la sociedad civil mexicana. Quienes consideran que se puede modificar, aunque sea un poco la famosa ley, y quienes —sabedores tal vez de las mañas del gobierno mexicano—, intentan trabajar a contrapelo de cualquier previsión contraria a la justicia.

Por las mismas razones invocadas, en la reunión de la Región Centro Pacífico del Congreso Nacional Indígena, celebrada el 30 de noviembre en Ayotitlán, en el territorio nahua de Jalisco, los participantes de los pueblos amuzgo de Guerrero, nahuas de Veracruz, Puebla, Jalisco, Colima y Morelos, los ñahñú del Estado de México, los wixaritari de Jalisco y Durango, los zapotecos del Istmo oaxaqueño y los purépecha de Michoacán declaraban:

> [...] Con gran preocupación pudimos observar que los poderosos de dinero, en complicidad con el gobierno mexicano, siguen empeñados en el exterminio de nuestros pueblos; que nuestros problemas agrarios siguen sin resolverse y que nuestras propiedades comunales y ejidales siguen siendo invadidas o despedazadas por los programas agrarios oficiales; que nuestras plantas y saberes tradicionales se los roban las universidades y las grandes empresas extranjeras para sólo lucrar con ellos; que nuestras semillas de maíz nativo están siendo contaminadas por maíces transgénicos que ponen en riesgo no sólo la diversidad existente de semillas nativas, sino la vida misma de nuestras comunidades y su organización tan milenaria como el cultivo de maíz; que por medio de la represión y las leyes indigenistas, hechas a la medida de los intereses de quienes nos mantienen dominados, tratan de doblegar nuestra resistencia, destruir nuestras culturas y robar nuestros territorios.
>
> Sexto. Exigimos la inmediata moratoria, dentro del territorio nacional, a la introducción, comercialización y cultivo de semillas de maíz

Historia Tolteca Chichimeca



transgénico, y llamamos a las comunidades indígenas y campesinas para que impidan en sus territorios la introducción de semillas bajo sospecha y resguarden, conserven y multipliquen sus semillas nativas.

Séptimo. Llamamos a todos los pueblos indígenas del país a no retroceder en el difícil camino emprendido y a seguir construyendo y fortaleciendo al Congreso Nacional Indígena como la Casa de Nuestros Pueblos.

Los logros autogestionarios, cuasi invisibles, pero plenos de sugerencias de trabajo y reflexión de las comunidades, organizaciones y personas en lo individual que se empeñó en defender el maíz en la vida cotidiana, hicieron inevitable convocar a un segundo foro en defensa del maíz que ocurrió a principios de diciembre de 2003. Una de las preocupaciones presentes era discutir propuestas independientes, factibles, para prevenir la contaminación en los lugares a los que no ha llegado, al tiempo de dilucidar si era necesario profundizar el muestreo en busca de contaminación transgénica en otras regiones del país.

Varias preguntas cruzaron la reunión: ¿es crucial impulsar bancos de semilla en cada comunidad?, ¿o es en cada familia que se diversifica más la fuente del maíz y como tal, se vuelve más confiable su diversidad, se evitan los acaparamientos, el posible poder de bancos de maíz comunitarios pero centralizados?, ¿cómo propiciar el intercambio de semillas seguras?, qué hacer con los predios que ya están contaminados, cómo proseguir en la discusión hacia abajo.

Por su importancia, resumimos las principales conclusiones con base en la sistematización que de la reunión hizo Andrés Barreda, investigador de Casifop.

De acuerdo a las discusiones del segundo Foro, a nivel de milpa es vital fomentar la defensa, el reconocimiento y la redifusión de las técnicas tradicionales de cultivo (agronómicas, ecológicas, medicinales y otras) incluidos los nuevos conocimientos del cultivo orgánico, para desde ahí estructurar un proceso de descontaminación de largo plazo. La conjunción de técnicas tradicionales y agroecología pueden ser una herramienta poderosa si además se refuerza la diversificación de las parcelas y del cultivo de traspatio. Es vital que las comunidades cuiden de sólo sembrar en sus milpas semillas de maíces tradicionalmente conocidas. Uno de los problemas que adolece el cultivo de maíz, y que es causa de migración en muchas regiones, es que no existen ni subsidios ni fomento ni precios de garantía que apuntalen la economía campesina, por lo que es vital allegarse subsidios autónomos y precios de garantía propios (regionales), tal vez vinculando la iniciativa con las organizaciones de migrantes.

Si asumimos que la contaminación está muy generalizada y que el gobierno mantiene vigentes las fuentes externas de contaminación, "se considera que sería desgastante y sin sentido continuar con los diagnósticos de contaminación pues sería una sangría permanente de los escasos recursos con los que se cuenta". En cambio, habría que confiar en el proceso de

prevención y curación natural, propio del proceso milenario de relación mutua entre el maíz y los humanos, circunscribiendo el diagnóstico preciso para los caso de maíces deformes u "otros que las propias comunidades decidan". Aunque no se pide detener la investigación científica, es claro que la solución al problema de contaminación del maíz transgénico, por su extraordinaria complejidad, sólo puede ser resuelta (si es que tiene solución) en el largo plazo, siendo los principales actores de la descontaminación los propios pueblos campesinos e indígenas. Para lo cual se requiere escuchar al maíz y a la tierra, a los saberes y las necesidades de los pueblos del maíz y a nuestro corazón.

A nivel de las comunidades y territorios indígenas, "sigue siendo prioridad reforzar la autonomía, la organización comunitaria, resaltando la lucha por la defensa del maíz con la lucha por el territorio y el autogobierno. Así, cuando la asamblea es la máxima autoridad, pueden impulsarse políticas agropecuarias propias". Es evidente, según plantearon los participantes, que en sus estatutos comunales y reglamentos ejidales puede establecerse la prohibición de la siembra de transgénicos, lo que conduce a una moratoria de facto decretada por los pueblos indios y campesinos en torno al consumo, la siembra y el trasiego de maíz transgénico. Una previsión adicional implicaría no permitir la entrada de semillas forrajeras al tiempo de evitar comprar en las tiendas de Diconsa, propiciando de paso la comercialización propia, en las regiones que se pueda.

Habiendo iniciado un camino propio, se insiste en "no permitir que el gobierno se apropie, emprenda u obstaculice la identificación comunitaria de maíz contaminado. Reflexionar sobre los propios saberes e iniciar un proceso de largo plazo sobre la propia vida, saberes y cultura indígena y campesina".

Conocer y difundir a fondo el problema en las familias y comunidades, para organizar mejor acciones de rechazo, estructurando desde allí una campaña nacional de información.

Algo que se consideró crucial, y que refuerza uno de los acuerdos del primer Foro en Defensa del Maíz es centrar la campaña en defensa del maíz en "el cerco a los pueblos del maíz y no sólo en la contaminación transgénica".

Otro acuerdo vital es tender puentes con los consumidores de las ciudades, que reconociendo su propia historia, comienzan a entender el papel de los campesinos y los indígenas en alimentar a la gente de la urbe, por lo que habría que promover y realizar un sabotaje a los paquetes de ayuda alimentaria elaborados con transgénicos (Maseca, maíz regalado) y otro a todas las gaseosas endulzadas con jarabe de maíz transgénico. Buscar además alternativas de alimentación rural y urbana y profundizar la organización específica de los consumidores.

En el nivel nacional se recalcó el rechazo a la ley de bioseguridad, exigir que se mantenga la moratoria a la siembra de maíz transgénico estableciendo alianzas para fortalecerla. "Exigir y detener las importaciones

agrícolas, exigir y realizar análisis químicos de los granos importados, fortalecer el tejido de redes entre organizaciones indígenas, de campesinos y de productores, para crear un piso que barra todos los niveles de la problemática que cerca al maíz y otros cultivos. Profundizar el encuentro con organizaciones independientes de migrantes, con el objetivo de dialogar sobre los problemas de sus comunidades, la importancia del maíz y la gestión de las remesas".

En el nivel internacional, "desarrollar alianzas para defender los maíces locales y nativos como patrimonio de la humanidad, impidiendo (y luchando contra) su patentamiento".

Para fortalecer todo lo anterior "se hace necesario asumir el principio precautorio como propio, promoviendo la conciencia de la complejidad del problema, los diferentes niveles y cruzamientos que entraña y lo específico de los niveles de acción y estrategia. Se hace necesario entonces sumar fuerzas en vez de fomentar las divisiones por aspectos puntuales, pero intentar respetar los propios tiempos y espacios para no someter el proceso al tiempo, las coyunturas y las agendas de la clase política".

Notas:

[1] *Manual: Participación de las comunidades indígenas y campesinas en la campaña En defensa del Maíz Nativo.* Documento interno, sistematizado por el Centro Nacional de Misiones Indígenas (Cenami), México, 2003.

[2] GRAIN: "Las enseñanzas del maíz", *Ojarasca* en *La Jornada* 69, enero de 2003.

[3] "La gran contención", documento del Grupo ETC, octubre de 2003.

[4] Folleto de presentación de resultados del diagnóstico elaborado por la Red en Defensa del Maíz nativo. Documento interno sin publicar, sistematizado por el Centro Nacional de Misiones Indígenas (Cenami), septiembre de 2003.

[5] *Ibid.*

[6] Carta de publicación de resultados dirigida por la Red en Defensa del Maíz, al Congreso de la Unión, Comisión Intersecretarial de Bioseguridad y Organismos Transgénicos (Cibiogem), Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), octubre de 2003.

[7] "La gran contención", documento del Grupo ETC, *op. cit.*.

[8] Carta a la opinión pública nacional e internacional firmada por 302 organizaciones civiles de 49 países. Ver la página de la Red en Defensa del Maíz.

[9] *Ibid.*

[10] "Hood Robin y la ley de bioseguridad", *La Jornada,* noviembre de 2003.

[11] *Ibid.*

cuatro

Diego Rivera

Diconsa, maíz transgénico y autonomía

"No se puede gastar sin producir nada. A ver, ¿cuánta gente no se mantiene de nosotros? ¿Cómo se sostiene la ciudad, así tan grande como es? Pues gastando. No produce nada qué comer. En el campo la gente come lo que cultiva. ¿Cómo se van a mantener en la ciudad cuando haya puro dinero y no haya quien produzca qué comer?", nos pregunta Pedro de Haro, autoridad moral del pueblo wixárika, en *Ojarasca*, suplemento de *La Jornada* que con su edición del 18 de octubre de 2004 cumplió 15 años. Los huicholes, como denominaron los españoles al pueblo wixárika, afirman que todo lo que tenemos nos lo dio la madre tierra, y que es nuestra responsabilidad cuidarlo así como devolverlo para que la vida de todos pueda seguir. Este principio tan claro logra sintetizar en pocas palabras la esencia de lo que ahora llamamos ecologismo y que para los wixaritari rige su vida cotidiana en pasado, presente y futuro.

Hay que recuperar nuestras propias economías, sigue Pedro de Haro, y afirmar las autonomías. Una base fundamental de esto es conservar, recuperar y usar las semillas tradicionales propias. No comprar a Diconsa, por ejemplo, que son los que llevaron el maíz transgénico a las comunidades.

Diconsa contesta a Pedro de Haro en una carta a *El Correo Ilustrado* de *La Jornada* (21/10/04), aclarando que no ha adquirido maíz de importación desde 2003, sino solamente a productores nacionales que cultivan maíz de manera tradicional, es decir, con granos sembrados habitualmente en nuestro país. También recuerda que "Diconsa está presente en prácticamente 93% de todos los municipios de este país, en 99% de los municipios que corresponden a microrregiones y en 96% de los municipios con características indígenas".

Por supuesto, este cambio en la política de Diconsa —que durante muchos años anteriores a 2003 compró maíz importado de Estados Unidos con alta presencia de transgénicos, y que debido a la capilaridad de su red de tiendas de abasto rural llegó con los granos contaminantes a la mayor parte del país— es positivo. Sin embargo, es una victoria que se debe a las continuas

Tlaltenco, Tláhuac, DF, 2010.
Foto: Prometeo Lucero

denuncias que organizaciones campesinas, indígenas, ambientalistas y sociales realizaron a lo largo de muchos años señalando a Diconsa como uno de los responsables de la contaminación transgénica del maíz nativo. Durante ese tiempo, esta empresa no se dignó informar ni contestar las demandas de las organizaciones. Cuando finalmente cambió algo su política, tampoco lo informó con amplitud entre las comunidades, con tal de escamotear el logro social de éstas. En cambio "corrige" a Pedro de Haro, seguramente por la autoridad que él representa en todo México, como si el cambio hubiera sido una graciosa concesión de Diconsa y no producto de la protesta social. Aun ahora, no informa cómo garantiza que el maíz que distribuye no está contaminado a consecuencia de sus actividades de los años anteriores.

Los principales afectados, las comunidades rurales, no fueron adecuadamente informados. Pero no sólo ellas. Tampoco la propia Comisión para la Cooperación Ambiental del TLCAN, que a petición de comunidades de Oaxaca y organizaciones ambientalistas produjo el informe *Maíz y biodiversidad: efectos del maíz transgénico en México*. En éste se señala a Diconsa como una de las fuentes de contaminación y riesgo de continuación de la misma. La recomendación número 7 del informe fechado el 31 de agosto de 2004 (dado a conocer al público por Greenpeace frente a la demora intencional de las autoridades en hacerlo) dice: "El gobierno mexicano ha de notificar directamente a los campesinos locales la probabilidad de que el maíz distribuido por Diconsa contenga materiales transgénicos y que, por tanto, de acuerdo con la reglamentación vigente, no deben sembrarlo. Esta iniciativa ha de incluir un etiquetado claro y explícito de los costales, contenedores y silos en los que Diconsa almacena y transporta el grano, así como el firme compromiso de educar al respecto a los campesinos afectados".

Por supuesto, esto no se hace, pero paradójicamente Diconsa sí anuncia y "etiqueta" sus camiones con el sello de "Empresa Socialmente Responsable", otorgado por el Centro Mexicano para la Filantropía, sello que nos informa obtuvieron también empresas como Coca-Cola, Wal-Mart y Shell. Inevitable preguntarse qué querrá decir "responsabilidad social" en este contexto.

Por el contrario, las propuestas de autonomía expresadas por Pedro de Haro sí nos hacen pensar en la verdadera responsabilidad social: no olvidar que la contaminación transgénica existe ni a quienes la provocan, trabajar para contrarrestarla y prevenirla, reconstruyendo y fortaleciendo las economías locales y solidarias, fuera del control de las trasnacionales.

Silvia Ribeiro

*** Silvia Ribeiro** *es investigadora del Grupo* ETC *y una de las personas que ha insistido más en los riesgos inmensos de los organismos genéticamente modificados, y en las tretas de la práctica científica actual que ya no exige los requisitos de rigor que antes se exigían para que un descubrimiento, o peor, una serie de ellos, no se apliquen sin antes pasar una estricta calificación en muchos aspectos, relaciones y procesos. Ver* La Jornada*, 3 de noviembre de 2004*

La Ley Monsanto

Más de ocho siglos después no han cambiado mucho las cosas. Durante la Edad Media en Europa los siervos vestían túnicas con el escudo de su señor feudal. Hoy en día los campesinos, en lugar de su tradicional sombrero, usan gorras con el logotipo de sus amos empresariales: Monsanto, Cargill o John Deere.

Y los señores del poder no quieren que las cosas cambien. Para garantizar que esa moderna forma de servidumbre se perpetúe en nuestro país, los diputados del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN) se han puesto el uniforme de las grandes empresas transnacionales que producen y distribuyen organismos genéticamente modificados (OGM). Es así como hoy, 14 de diciembre, buscarán aprobar una Ley de Bioseguridad de Organismos Genéticamente Modificados (LBOGM), que en el futuro será conocida como Ley Monsanto.

¿Por qué bautizarla Ley Monsanto? Porque expresa prácticamente sin mediaciones los intereses de los monopolios de la industria biotecnológica de la que esta empresa es líder. En lugar de cuidar los intereses de los campesinos, de proteger el medio ambiente y de ver por la salud de los mexicanos, dicha ley permite la distribución y liberación al ambiente de organismos transgénicos con probables y severos riesgos a la soberanía alimentaria, la salud humana y la biodiversidad.

Se trata de monopolios. Cinco empresas vendieron casi 100% de las semillas genéticamente modificadas: Monsanto-Pharmacia, Aventis (Bayer), Syngenta, BASF y Dupont. Monsanto sola vendió 86%del total de esas simientes. Seis multinacionales tienen 74% de las patentes biotecnológicas. Son las mismas que controlan la mayoría de los mercados de agroquímicos y farmacéuticos.

Hasta ahora, 98% de su superficie cultivada con transgénicos se localiza en cuatro países: Estados Unidos, Canadá, Argentina y China. En su mayoría poseen plantíos de soya, maíz, algodón y canola. Ahora, de aprobarse la nueva ley, México —centro de origen del maíz— se convertirá en territorio liberado de los productores de alimentos frankenstein.

Códice Florentino

Los diputados no son los únicos en querer condenar a los campesinos mexicanos a la dependencia. La entrada de semillas genéticamente transformadas ha sido estimulada también desde el gobierno federal. Grandes montos de subsidios para la producción de algodón han sido transferidos a Monsanto. El responsable del desarrollo rural del país, Javier Usabiaga, afirmó que "los OGM tienen una función primordial en la agricultura: a través del desarrollo de estos materiales se pueden combatir muchas deficiencias que por naturaleza tienen las variedades". El secretario de Medio Ambiente, Alberto Cárdenas, afirmó que hay que ir abriendo la puerta a los transgénicos y confió en que se aprobará la ley tal como está.

Originalmente la iniciativa de LBOGM fue presentada en el Senado hace casi dos años por el legislador del PRD Rodimiro Anaya, presidente en aquel entonces de la Comisión de Ciencia y Tecnología del Senado. Aunque meses

después los diputados de ese partido objetaron la propuesta, sus compañeros de Legislatura del PAN y del PRI siguieron adelante con ella.

Los legisladores de la Confederación Nacional Campesina han desempeñado papel destacado en la promoción de la ley Monsanto: Ulises Adame de León, ex secretario de Agricultura del estado de Durango y parte de una familia de caciques laguneros que controlan el comercio y la tierra en San Juan de Guadalupe y Simón Bolivar, ha presionado fuertemente para que se apruebe la iniciativa. Él, junto con el también priísta Julio César Córdova, presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología, quiere que la iniciativa de ley se apruebe tal como está.

Los diputados que defienden esa ley siguen una vieja tradición política: tienen una oreja grande, con la que escuchan a las grandes empresas, y otra pequeña, con la que oyen a los ciudadanos. Así le hicieron con las objeciones que la comunidad científica presentó contra la LBOGM.

El pasado 8 de diciembre decenas de reconocidos científicos y académicos publicaron en *La Jornada* una carta abierta a los representantes populares en la que rechazan la actual propuesta de ley "porque no se rige por el principio precautorio ni protege la biodiversidad, el ambiente de México y la salud de los mexicanos". Solicitaron a los nueve diputados responsables de elaborar el dictamen de esta ley que "no la aprueben tal como está redactada actualmente, sino que tomen el tiempo necesario para alcanzar consensos con los sectores de la sociedad que tienen intereses y puntos de vista opuestos a los de las compañías que producen y comercializan los productos biotecnológicos, función fundamental de esta ley, que es regular los aspectos referentes a la bioseguridad que se derivan de las actividades mercantiles de estas compañías".

La respuesta de los representantes populares fue fulminante. Ese mismo día, mediante un albazo, aprobaron el dictamen, con la oposición del Partido de la Revolución Democrática (PRD), sin atender los consejos y sugerencias de los científicos que no están comprometidos con las transnacionales. Igual desprecio les merecieron los puntos de vista de campesinos y grupos ciudadanos.

Tal actitud no es ninguna novedad. Los integrantes de la pasada Legislatura aprobaron la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas en contra de la opinión de los directamente interesados. No en balde este comportamiento ha desprestigiado la imagen de los diputados entre la población. Desprestigio que, sin duda, crecerá aún más cuando, ataviados con sus invisibles gorros con el logotipo de Monsanto, aprueben este martes una ley hecha a la medida de cinco empresas trasnacionales.

Luis Hernández Navarro

*** Luis Hernández Navarro** *es uno de los analistas políticos más acuciosos y uno de los tejedores de redes sociales más reconocidos en México. Es director de Opinión del periódico* La Jornada*, este texto apareció el14 de diciembre de 2004.*

Esta ley parece mala pero es peor

En diciembre de 2004, la Cámara de Diputados aprobó el dictamen de la Ley de Bioseguridad y Organismos Genéticamente Modificados, más conocida como Ley Monsanto. Es una aberración, ya que no crea un marco de seguridad para la diversidad biológica, la soberanía alimentaria, los cultivos y plantas de los que México es centro de origen o diversidad, base del sustento y las culturas de campesinos e indígenas que los crearon. En cambio le ofrece seguridad a las cinco empresas transnacionales que controlan los transgénicos a escala global, de los cuales Monsanto tiene 90%.

En la Cámara de Senadores fue aprobada una primera versión en abril de 2003, sin darle ni siquiera lectura, con el voto de todos los partidos, siguiendo el proyecto que les presentaron las multinacionales por medio de sus colaboradores dizque científicos. En la Cámara de Diputados pareció haber más debate, sin duda producto de las múltiples protestas que se levantaron desde un amplio espectro de la sociedad mexicana y de cientos de organizaciones de la sociedad civil internacional, por el crimen contra la humanidad que significa la contaminación transgénica, impune y ahora legalizada, del maíz en su centro de origen, reservorio genético del cultivo para todo el planeta.

Entre muchas otras barbaridades, el dictamen de ley aprobado niega el principio de precaución, no prevé consultas públicas pero sí da espacio a que las transnacionales apelen si no les aprueban una solicitud, afirma los derechos monopólicos de las transnacionales por medio de sus patentes, las exime de la responsabilidad por contaminación, no considera ni siquiera avisar a quienes podrían ser contaminados y, de hecho, responsabiliza a las víctimas al dejarlas sin resguardo frente a los juicios que las empresas le puedan hacer por "uso indebido de patente".

Barbecho con bueyes en Cuiteco, Chihuahua, en noviembre, 2009. Foto: David Lauer

En ese contexto, asusta leer el informe Monsanto versus los agricultores, recientemente publicado por el Center for Food Safety de Estados Unidos,

documentando los abusos de la empresa en ese país. Se trata de 90 juicios, en una campaña sistemática de persecución, intimidación y demandas contra agricultores que fueron contaminados o en cuyos campos crecieron accidentalmente plantas de la cosecha anterior. La empresa ya cobró a los demandados más de 15 millones de dólares. Las probabilidades de ganarle a Monsanto son pocas aunque no tenga razón: dedica un presupuesto anual de 10 millones dólares y 75 empleados solamente para investigar y perseguir a los agricultores. Los legisladores mexicanos le hacen el favor de abrirle las puertas de par en par para que no tenga que hacerse responsable de la contaminación del maíz nativo. Al contrario, los campesinos terminarán debiéndole.

Nos dicen, sin embargo, que el dictamen aprobado por los diputados tiene modificaciones importantes. Por ejemplo, el etiquetado y la posibilidad de declarar zonas libres de transgénicos. Sin embargo, ninguno de ellos tendrá efecto real.

Foto David Lauer

Escardando en familia, Sierra Norte de Puebla, 2003. Foto: David Lauer

Mujer rarámuri siembra con *wika*, Sierra Rarámuri, Chihuahua, 2009. Foto: David Lauer

En el caso del etiquetado (artículo 101), teóricamente es necesario para productos de consumo directo, por ejemplo maíz o soya que se consuma directamente, sin procesar, dejando afuera la gran mayoría de los productos que efectivamente integran nuestra alimentación. Cuando se vendan, por ejemplo, elotes con etiqueta, habría que señalar en ésta "la información de su composición alimenticia o sus propiedades nutrimentales en aquellos casos en que estas características sean significativamente diferentes respecto

de los productos convencionales". O sea nunca, ya que esto es el absurdo principio de "equivalencia sustancial" que han impuesto las empresas, porque la diferencia genética no necesariamente se manifiesta en esas características. Pero si científicos independientes muestran que sí lo hace, restaría aún luchar por cómo el gobierno interpreta "significativamente".

El mismo artículo nos asegura que las semillas transgénicas serán etiquetadas, lo cual es menos que retórico. Las pocas empresas que venden semillas transgénicas como tales, por supuesto lo colocan en la etiqueta: es lo que les garantiza el cobro de sus regalías por ventas o por contaminación. Finalmente, todo queda a criterio de las secretarías de Salud, Agricultura y Economía, que desde hace años deberían haber emitido normas de etiquetado y no lo han hecho. Si lo hacen, sólo faltará escribir unos adjetivos más para dejar todo en cero.

En el caso de las "zonas libres" (artículo 90), los interesados tendrían que seguir un costoso proceso legal, conseguir el dictamen favorable de la comunidad, los gobiernos municipales y estatales, la Comisión Intersecretarial de Bioseguridad de los Organismos Genéticamente Modificados (Cibiogem), la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) y la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), y que se "demuestre científica y técnicamente que no es viable su coexistencia [con transgénicos] o que no cumpliría con los requisitos normativos para su certificación". Lo cual muestra además que el enfoque es para aquellos cuya producción sea certificada como orgánica, otro complicado y caro trámite, exógeno a quienes realmente necesitan las zonas libres, que son los campesinos. Si alguien lograra pasar esa montaña absurda de obstáculos, finalmente es otra vez la Sagarpa que determinaría qué medidas de seguridad se pueden tomar o no.

En Indonesia Monsanto tuvo que sobornar a 140 funcionarios para conseguir menos.

Silvia Ribeiro

*** Silvia Ribeiro** *es investigadora del Grupo* ETC. *Ver* La Jornada*, 22 de enero de 2005.*

cinco

Diego Rivera

Una autonomía más allá de culturalismos

Después de 10 mil años de crianza mutua entre los humanos y un pasto que fue haciéndose al modo humano, al igual que los humanos aprendieron del maíz tantas cuestiones que es difícil resumirlas en un texto, el maíz se ha convertido en uno de los cereales estratégicos de la humanidad. Como bien señala Verónica Villa, del Grupo ETC, "es inadecuado decir que el hombre domesticó al maíz. Porque fue un proceso de larga duración, de conversación entre los pastos (que dieron pie al maíz) y los pueblos originarios de Mesoamérica, lo que llevó a la conformación de esa relación que hoy conocemos como maíz, en realidad la milpa: todo un sistema de interacción entre el maíz, el frijol, la calabaza, el chile y otras tantas plantas, algunas medicinales. Por eso puede uno decir que el maíz es el menos 'egoísta' de los cultivos. ¿Tal vez sea esta diversidad la que le enseñó a los pueblos originarios la idea de la convivencia en la diversidad?"[1]

El Grupo ETC ha insistido en que: "El maíz —como todos los cultivos alimentarios de que disponemos actualmente— es una planta 'creada' por los campesinos, fundamentalmente por las mujeres. México es reconocido como centro de origen de este cultivo, se han encontrado allí fósiles de maíz que datan de 5 mil a 7 mil años, y existen autores que afirman su existencia desde hace más de 10 mil años. No subsiste en forma silvestre, necesita de la intervención humana para poder cumplir su ciclo de vida. El carácter colectivo del maíz es lo que ha mantenido su riqueza. Diversidad genética y diversidad cultural se desarrollan y alimentan mutuamente".[2]

Tlaltenco, Tláhuac, DF, 2010.
Foto: Prometeo Lucero

Como todo el saber, ser colectivo le da fundamento a uno de los rasgos más antiguos de los pueblos originarios que hace a muchos aludir a la

cultura indígena para defender el maíz. Pero atender a la conservación de la cultura indígena para defender el maíz nos hace, con mucha frecuencia, caer en una trampa culturalista: pensar que el maíz es sólo un "rasgo cultural" que hay que "comprender", "tolerar", en aras de ser políticamente correctos en una época de "multiculturalidad". Proponer que la cultura o vía campesina es un aspecto del pasado al que hay que guardarle un nicho, le permite a mucha gente asumir atropellos que podrían evitarse si se entendiera que el modo campesino del mundo sigue siendo tan pujante que todavía hoy la mayor parte de la población mundial es campesina y que son ellos, justamente esos vilipendiados cuidadores del mundo, quienes alimentan al resto de la humanidad. En lo esencial por lo menos.

No es aventurado señalar que si llegaran a sucumbir esas comunidades indígenas que han cuidado del maíz, escuchando su voz milenaria que las cuida a ellas, el futuro de la humanidad se vería en entredicho. Debemos insistir en que la sola idea de que haya colectivos que no le piden permiso a nadie para ser, por el solo hecho de tener un cultivo del cual se alimentan como fruto de un trabajo comunitario, sin depender del exterior en alguna medida, es lo que permite el cuidado del bosque, del agua, de los recursos naturales, de la biodiversidad y sobre todo de los saberes tradicionales y contemporáneos que conforman toda una manera de asumir la vida. Es allí donde sesgo culturalista pierde filo porque el impulso vital creado entre la milpa (que es una comunidad) y la comunidad humana, tiene un corazón político, estratégico y social inagotable. Es decir, "defender el maíz no es nostalgia o filantropía", sino apostarle a un modo de vida que ha demostrado ser vigente y tener un horizonte de propuestas de futuro. Dice el Grupo ETC, fundamentando el carácter estratégico del maíz:

> Como cultivo "domesticado", ha sido espectacularmente exitoso, ya que de un pasto no comestible, —el teocintle—, pariente silvestre aún presente en México, Guatemala y Nicaragua, se creó un cultivo comestible con muchos elementos nutritivos, de gran rendimiento y versatilidad, adaptada a muchos ecosistemas diferentes. El cuidadoso proceso de mejoramiento, producto del trabajo colectivo de siglos de miles de campesinas y campesinos indígenas, hizo posible su diseminación a toda Mesoamérica y gran parte de América del Sur y Norte. A la llegada de los conquistadores, el maíz se cultivaba desde los 45 grados de latitud Norte, donde hoy se encuentra Montreal, Canadá, hasta los 45 grados de latitud Sur, a casi mil kilómetros al Sur de Santiago de Chile.
>
> La difusión del maíz a otros continentes se inició con la Conquista y llegó a constituir uno de los alimentos más importantes de los países europeos y posteriormente africanos y asiáticos, mostrando su alta versatilidad y potencial. Actualmente, el maíz es uno de los cuatro cereales que constituyen más del 50% de la alimentación en el mundo. Es alimento habitual directo de la cuarta parte de la población de mundo, y en 18 países (12 de América Latina y 6 de África), lo es de manera principal. El patrón de consumo en México es único, ya que el 68% del total de maíz —producido e importado— es utili-

Códice de Otlazpan y Tepexic

zado directamente en la alimentación humana. A nivel mundial, el 21% de la producción tiene ese destino, el resto tiene otros usos, principalmente como forraje. El mayor productor y exportador de maíz a nivel global es Estados Unidos, pero su cultivo en ese país es mayoritariamente en agricultura industrial, basada en semillas híbridas, y actualmente más de una tercera parte transgénicas.

Las variedades tradicionales, particularmente de México, han sido y siguen siendo el reservorio genético más importante para el cultivo del grano en todo el mundo, y tienen no sólo un alto valor económico directo —para los millones de agricultores pequeños en todo el mundo que la producen y consumen alimentándose a sí mismos y sus familias— sino que también son una fuente invaluable de recursos genéticos para los cultivos industriales. No existe un estudio sistemático sobre el significado económico de esta contribución, pero se trata de millones de dólares anuales.[3]

Pero la historia del cultivo de maíz tiene una extraña vuelta, pues si bien las agroindustrias y la industria de la alimentación son ávidas del grano y la Revolución Verde de los años cincuenta intentó crear variedades híbridas más resistentes y dúctiles a su siembra comercial, es un hecho que el cultivo y sus saberes asociados fueron arrinconados al comenzar la apropiación y la invasión rampante de los territorios indígenas. En privatizaciones sucesivas que comenzaron desde el siglo XVII, continuaron con fuerza en el siglo XIX con las leyes de desamortización y que tuvieron un nuevo repunte justo al inicio de la Revolución Verde con las leyes de terrenos nacionales, los pueblos indios se vieron despojados de vastas extensiones de su territorio ancestral y siguieron sembrando el maíz en las laderas y en las terrazas, a veces en condiciones de verdaderos alpinistas agricultores. El maíz lo resistió todo. Tal vez la clave se halle en el cuidado detallado que campesinas y campesinos pusieron en el asunto, conformando un tramado de saberes que hoy día parecen misteriosos.

GRAIN, una organización que ha pugnado por impulsar un trabajo cuidadoso de la vida campesina, sus saberes asociados y la potencialidad y problemas de la agricultura mundial, apunta algunas claves, parte de ellas producto del trabajo de la investigadora chilena Camila Montecinos:

> La situación que vive el maíz es resultado de un largo proceso de agresiones contra el maíz mismo y contra todos los mecanismos y procesos sociales que lo hicieron posible, especialmente contra los pueblos que lo crearon, lo cuidaron y lo han mantenido vivo durante tantos siglos. Tales agresiones incluyeron desconocer todo el rico y sofisticado saber que sustenta los maíces locales, imponer formas de cultivo y consumo hipersimplificadas, destruir los sistemas locales de mantenimiento, mejora y distribución de las semillas y, por sobre todo, destruir su carácter sagrado y procreador.

> El proceso de contaminación genética es, por tanto, una señal —quizás la más alarmante— de un conjunto de agresiones que continúan y pueden terminar con la riqueza y significado de una de las plantas cultivadas más importantes y más sofisticadas del mundo.
>
> Qué se necesita para defender al maíz en su integridad —no sólo contra la contaminación genética. La única respuesta honesta que podemos darnos es: apoyar la restauración de aquellos sistemas, procesos y dinámicas que crearon el maíz y lo mantuvieron diverso durante tantos siglos. Ninguno de esos procesos es posible sin la permanencia de los pueblos indígenas y campesinos que los pusieron en marcha.[4]

Es cierto. En el siglo XX, por lo menos en México, tras décadas de privilegiar la agroindustria abandonando a su suerte a los campesinos de "autoconsumo" —por no ser rentables, dijeron— los sucesivos gobiernos sitiaron a campesinos e indígenas mediante políticas macroeconómicas nocivas para la agricultura mientras les entregaban compensaciones ridículas. La contrarreforma al artículo 27 de Carlos Salinas, disparó una creciente inseguridad en la tenencia de la tierra, abrió de nueva cuenta la especulación agraria, las invasiones y las expropiaciones, y posibilitó la entrada de los megaproyectos que hoy amenazan a cualquier comunidad rural cuyo sustento sea la agricultura. Se extremó así la creciente marginación social en el campo, se propició la expulsión de mano de obra a las ciudades o a los campos de jornaleros, el vaciamiento de los territorios o su copamiento urbanoide.

El delicado proceso del que hablan los investigadores e investigadoras de GRAIN y ETC, se sumergió al fondo del tejido comunitario y dejó de ser visible fácilmente. Hoy, ante las más recientes escaladas contra los campesinos, los pueblos indios y los cultivos nativos, en particular contra los cultivos que se hallen fuera del mercado aunque sea tangencialmente, y ante la invasión a los territorios y el deterioro ambiental que desencadena desequilibrios múltiples, es indispensable repensar la cultura campesina-indígena desde sus propios trayectos históricos, y reflexionar la recuperación de los saberes que hicieron posible la vigencia de un cultivo super fuerte.

Pero cuáles son esos saberes detallados. En qué basan su fuerza, qué es lo que los hace rebasar la definición ñoña de la cultura (ésa que añora lo maravilloso pero se resigna a perderlo porque el progreso es el progreso) para mostrarse como un paso gigantesco en la definición más vasta de lo que es la cultura (ésa que abarca la potencialidad política, económica, social y ecológica de los saberes diversos y vastos). Dice un documento de GRAIN:

> La agricultura es obra y arte de los agricultores y agricultoras del mundo entero, una obra que comenzó y continúa desarrollándose desde diez mil o tal vez veinte mil años atrás. Pueblos de los más diversos rincones se identificaron a sí mismos como cultivadores: en muchos de los mitos fundacionales, saber y poder cultivar fue lo que nos hizo humanos. Pero la agricultura, no

lo olvidemos, ha sido y es mucho más que cultivos y crianza de animales. Es también el uso y cuidado del bosque, el agua, las plantas medicinales, los animales silvestres. Requiere de múltiples otros saberes y habilidades: podar, injertar, trasquilar, domar, domesticar, hilar, tejer, encurtir, salar, secar, fermentar, usar la greda, fabricar cestas, seleccionar las mejores plantas y animales, predecir el clima, cortar la madera en el momento adecuado, reconocer la luna para sembrar, podar y cosechar, son sólo algunos de los más comunes. Pueblos del mundo entero —bajo las más diversas condiciones ecosistémicas, sociales y culturales— construyeron sus saberes hasta lograr niveles de fineza y sofisticación que aún nos cuesta apreciar en toda su extensión.

El valor de tales saberes no ha pasado desapercibido. Incluso en sociedades en que cultivar la tierra fue considerado trabajo de clases inferiores, los saberes campesinos han sido reconocidos.

Códice Florentino

Poco se ha dicho, sin embargo, de otros aspectos de gran importancia. El primero, que los pueblos del campo han sido los que han alimentado a la humanidad, incluso en el momento actual, cuando se despliega una verdadera guerra contra campesinos y pueblos indígenas. Otro hecho ignorado es que los campesinos y campesinas del mundo han sido los creadores y diversificadores de todos y cada uno de los cultivos que hoy disfrutamos como humanidad. Fue la gente del campo quien llevó a cabo el largo, paciente y delicado proceso de convertir malezas y hierbas en alimento abundante, sabroso, nutritivo, atractivo. Fue ella —y especialmente las mujeres— quien tomó las semillas cuando emprendió viajes o fue forzada a abandonar sus tierras y las compartió y repartió literalmente por el mundo. Si hoy nos asombramos frente a la diversidad del maíz, la papa, el trigo, el arroz, los frijoles o fréjoles, es porque ha habido millones de hombres y mujeres del campo que los han cuidado, seleccionado y cruzado, adaptándolos a las miles de condiciones que surgen de la combinación de diversos ecosistemas, comunidades, culturas, aspiraciones, sueños y gustos.

El trabajo genético y ecológico hecho por manos campesinas, e indígenas en los cultivos que hoy nos nutren no tiene paralelo alguno. Nada de lo logrado por el mejoramiento genético moderno habría sido posible sin la base de domesticación, mejoramiento y diversificación presente en los cientos de miles de variedades campesinas a lo largo y ancho de la tierra. Ni el más sofisticado trabajo de cruza y selección hecho en algún centro de investigación puede compararse con la tarea de convertir el teocintle en maíz.

> Todos los mejoradores genéticos del mundo serían incapaces de reproducir la variedad de colores presentes en el frijol, o su capacidad para adaptarse a las más diversas y extremas condiciones de crecimiento. Y, a pesar de todas las investigaciones, aún nos queda mucho por aprender acerca de las finas interrelaciones establecidas en muchos sistemas de cultivos tradicionales.[5]

La escalada contra el maíz, con todos lo terribles riesgos que entraña, provoca, como resistencia, un proceso de reflexión, una posibilidad de horizonte no contemplado por los planificadores y los poderes mundiales.

El proceso de reflexión colectiva, organizativa, empata muchos tiempos dispares, algunos históricos, otros misteriosamente rozantes de lo sagrado, que hacen embonar el problema de un cultivo con vastísimas potencialidades, con la toma de conciencia del papel que juegan los campesinos —entre ellos centralmente los pueblos indios— en el futuro de la humanidad. No sólo a nivel meramente "alimentario". Ante el edificio enorme de procesos que nos dejan fuera de las decisiones, y que al mismo tiempo nos aprisionan en las previsiones de una enormidad aparentemente inabarcable, resulta que quienes ven la complejidad en muchas de sus dimensiones, quienes se hallan más cerca de las soluciones viables, son justamente los pueblos campesinos, por lo menos en América Latina. La reflexión a la que se ven sometidos por la urgencia de sobrevivir —con dignidad y sentido real de ser— los hizo emprender el camino autonómico que en México es una respuesta ante el abandono y menosprecio de las instituciones de todo tipo; los hizo entender que desde la milpa se ve el mundo entero. Que mantener su amorosa relación con el maíz, les permite un resquicio como para no pedir permiso de ser —lo repetimos— y como tal, hacer el intento por impulsar procesos de resistencia real, política, social, económica, epistemológica, de dignidad y de justicia: un camino de autonomía.

Aldo González, reflexionando sobre su región —la Sierra Juárez de Oaxaca—, hace también precisiones que emparentan con lo anterior y que impulsan mucho de lo acordado en el segundo Foro en Defensa del Maíz:

> Sabemos que para resistir necesitamos seguir sembrando nuestro maíz y lograr, al menos, la autosubsistencia alimentaria. Nos percatamos que el gobierno no está dispuesto a dar un solo peso para ayudarnos realmente a rescatar nuestro maíz; que el dinero de los programas de gobierno que llegan a nuestras comunidades está envenenado, que quiere destruirnos, echarnos a pelear, dividirnos, hacernos dependientes, hacernos individualistas. Por eso estamos conscientes que somos nosotros solos los que tenemos que defenderlo; por eso hay que hacer un llamado a nuestros hermanos que fueron obligados a migrar a los Estados Unidos, a que nos ayuden a cuidar nuestro maíz, a que orienten a sus familias a no consumir los alimentos procesados que se venden en los supermercados que se instalan en nuestros lugares para que allí se gasten los dólares que ganan con el sudor de su frente. Que esos recursos sean utilizados para consumir los productos que se hacen en nuestras comu-

Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Tenango del Valle, Edomex, 2010. Foto: Jerónimo Palomares

nidades, que nos ayuden a fortalecer lo nuestro. A los que quedamos en nuestras comunidades nos toca también hacer lo propio. Tendremos que imaginar qué mecanismos nos serán útiles para elevar la producción de maíz. Tendremos que tomar acuerdos en nuestras asambleas comunitarias y regionales: allí está nuestra fortaleza, desde allí resistiremos.

Podrán aprobar las leyes que más favorezcan al capital en materia de bioseguridad o transgénicos. Así los legisladores y los gobernantes sólo demostrarán que no conocen al pueblo que dicen representar. Si lo hacen, desde ahora les decimos que no cuenten más con nuestra obediencia. Los pueblos indígenas hemos resistido por cientos de años diferentes formas de colonización, y seguiremos resistiendo desde nuestras comunidades. El maíz ha sido la base de nuestra resistencia y no nos lo van a quitar. No nos dejan otra opción que ejercer la autonomía de los pueblos indígenas en los hechos, pero queremos expresarles a todos, que ejerceremos la autonomía con pleno respeto a la soberanía del pueblo de México. Nosotros no vamos a decir en discurso o a los medios de comunicación que vamos a defender la soberanía nacional y a escondidas pactar cómo vender el país y entregar las decisiones a entes externos que sólo protegen el interés del gran capital.[6]

Hoy, entonces, la autonomía de los pueblos indios y las propuestas de un futuro viable para todos, van de la mano. Por extraña paradoja, el corazón de un futuro posible pasa por la defensa del maíz y sus saberes, tan atacados por ciertos sectores de la ciencia. Defender el maíz es defender la vida y la cosmovisión campesina-indígena. Y viceversa. En ese camino emprendido, la gente de las ciudades tiene un papel que apenas comienza a reconocer. Esta vez, un proceso de resistencia ante las agroindustrias y las instancias de planificación mundiales y sus administradores encarnados en los gobiernos, culmina —en esta etapa— con un fortalecimiento de la relación entre diversos actores de la problemática, culmina con un proceso

que está lejos de haberse definido, pero que refuerza la visión de horizonte que los pueblos estrenan apenas hace pocos años. El horizonte parece negro, pues el maíz y otros muchos cultivos estratégicos están en riesgo, y como tal la viabilidad del ámbito rural y el de las ciudades. Si la gente de las grandes urbes empata sus reflexiones y su crítica aguda, emprenderá el camino de relacionarse directamente con quienes la pueden alimentar, o enseñar a producir tambien alimentos propios, reconociendo su historia y el papel que tienen los campesinos aun hoy, en un mundo "globalizado".

Pese a la migración y el vaciamiento, pese a la invasión de los grupos de delincuentes, pese a los megaproyectos y el robo de recursos, pese a la contaminación que enfrenta el maíz, pese al irresponsable y anodino actuar de los funcionarios y funcionarias indigenistas, agrarios, de agricultura y del ambiente, pese a la división diseñada e impuesta, la moneda está en el aire. La autonomía más fundamental es sembrar nuestros propios alimentos en el campo o la ciudad. No hay otra opción.

Los mara´akate (o sabios) wixárika han soñado que son tiempos oscuros los que se viven y que las velas de vida se están apagando en los cuatro puntos cardinales. Que sólo en el corazón de los pueblos "hay un cabito de vela titilando". Pero también sueñan con que hay un resplandor inexplicable, que asoma por muchos rumbos no muy precisos y emprenden, como el resto de pueblos indígenas mexicanos, un intento frontal por decidir su destino. No confían en que ocurra algún milagro, se dedican a provocarlos.

Notas:

[1] Verónica Villa, comunicación personal, 2002

[2] Silvia Ribeiro: "Por el maíz vive el mundo", abril de 2003. www.etcgroup.org

[3] *Ibid.*

[4] GRAIN: "Las enseñanzas del maíz", *Ojarasca* en *La Jornada* 69, enero de 2003, www.grain.org
Ver página 27 de este libro.

[5] GRAIN: "La agricultura: sus saberes y cuidados", *Biodiversidad, sustento y cultura,* núm. 59, enero de 2009.

[6] "No permitiremos que maten el maíz", *Ojarasca* en *La Jornada* 81, enero de 2004.

La vida en los pueblos del maíz

Presentamos un diálogo colectivo entre varias comunidades y organizaciones que se reconocen en la Red en Defensa del Maíz, ocurrido durante el taller celebrado en el Centro Nacional de Apoyo a Misiones Indígenas (Cenami) entre el 4 y el 8 de abril de 2005. El trabajo fue reflexionar, acompañadas con la visión de algunas organizaciones amigas, que son también parte de la Red, sobre los aspectos que resaltan la integralidad de las relaciones implicadas en la vida empeñada en el cultivo del maíz en la comunidad-milpa. No pusimos nombres porque todas y todos se reconocen en este diálogo.

– El maíz es sagrado, es el sustento de la vida, de allí tenemos dinero pero también una relación vital en el sentido más estricto, pues nuestra relación con la tierra es cultivando maíz. El maíz es importante para la política y la economía de las comunidades. El maíz marca los ciclos de la vida, se hacen rituales y fiestas tanto antes como después de las cosechas. El maíz tiene una versatilidad enorme, se utiliza para muchas cosas aparte de la tortilla.

– Una mazorca bien puede representar a una comunidad: cada grano es alguien diferente (persona o entidad), pero sólo todos juntos somos la mazorca.

– Meter el maíz al ciclo del dinero, ponerlo en el mercado, es someterlo a una reducción, aunque sea que tenga mucho éxito y se venda una *variedad criolla*. Éste es el caso del maíz "pozolero" o "esquitero" [para pozole o esquites], que son variedades (como el cacahuacintle) que aunque sean nativas desplazan toda la otra diversidad de maíces que tienen las comunidades, por los afanes comerciales de algunos. Y es que meter el maíz al mercado es someterlo a las leyes de oferta y demanda —que poco tienen que ver con el enriquecimiento

de la cultura— y que más bien son leyes de homogeneización. Y la demanda tantas veces está motivada por ideologías, propagandas, mercadotecnias. Al dejar de ver al maíz como un tejido de relaciones, al verlo como una mercancía, es muy fácil rendirse al uso de agrotóxicos, pues estamos produciendo una cosa para tener dinero, estamos ya compitiendo por alcanzar unas monedas.

– Cuando los hombres migran, las mujeres, que son las que quedan, han ido convirtiéndose en las únicas responsables de lo que ocurra con la tierra y en la tierra. Muchas, al no contar con otro modo de subsistencia mientras llegan los dólares, han ido reviviendo el cultivo del maíz en su concepto más viejo, como *mantenimiento*, aunque no haya una economía que gire en torno al maíz (como antes). Así que en muchos pueblos los grandes están tratando de involucrar a los nuevos en las tareas del campo con una visión de que sembrar no solamente es obtener dinero, pues así no llegarán a ninguna parte, sino recuperar esa visión de sembrar para vivir de la tierra, de la relación independiente de los pueblos con la tierra. Así que la gente está recordando las épocas, que sí existieron, cuando se necesitaban muy poquititas monedas para vivir, pues todo salía de la tierra. La migración se suma a todo, pues al irse la gente, el campo queda abandonado, entonces se consumen más plaguicidas, herbicidas, fertilizantes que tratan de sustituir la mano de obra, y como la producción decae se acude a las comidas chatarra y se pierde la riqueza gastronómica, y con ella las palabras que nombran al maíz. Así, los niños crecen sin centro, como el maíz que va siendo desplazado.

– La recuperación de la autonomía de los pueblos, la recuperación del ciclo del maíz para uso y consumo de la comunidad, pasa por dejar de depender de los agroinsumos, por un lado, y por otro, sanar la tierra misma. Por eso se habla tanto de una idea muy "autónoma" de lo orgánico, lo orgánico visto como la forma de relacionarse con la tierra y con sus productos para no depender de las corporaciones, sean vendedoras de semillas o de fertilizantes, herbicidas, plaguicidas, etcétera. No se trata de una idea de lo orgánico como la comida hermosa que consuman las clases medias concientes y así ayuden a los exóticos. Como una ramita paralela, se reaviva el trueque bajo la misma idea de "no depender de las empresas" para obtener lo necesario.

– Vemos que hay que extremar los cuidados de las semillas nativas, protegerlas contra, por ejemplo y entre otras cosas, la contaminación transgénica. Pero tenemos que reconocer que nos falta información. La gente en los pueblos del maíz vemos que ponerse al día sobre las nuevas biotecnologías, es una responsabilidad.

Otra alarma recurrente es el papel que está jugando la escuela, la educación oficial, el sistema escolarizado, en la extinción de los campesinos. Las comunidades reclaman que en las escuelas a los niños y jóvenes se les incul-

ca que estudiar es para trabajar, así en abstracto, y por lo cual se recibirá un salario. Esto arruina de tajo la concepción de una relación independiente con la tierra, ese autoconsumo que ha hecho posible la permanencia de los pueblos indígenas y campesinos.

– Un tema crucial es que si el maíz no tiene precio, entonces ¿cómo sobrevivir en este mundo? El autoconsumo tiene una fuerza perdida. Cuando se lo menciona no nos referimos a un nivel de consumo precario, sino a una idea del consumo soberano, de producir nuestros alimentos de forma soberana.

¿Por qué seguir sembrando maíz, entonces? Porque es una herencia invaluable de nuestros antepasados, porque sembrando cuidamos los suelos, el bosque, el agua, la comunidad. Pero también porque si no lo hacemos nos lo van a arrebatar las empresas. Para que exista el maíz hay que seguir sembrándolo.

Pero hay que aguzar la percepción sobre nuestro maíz, física, energética; de lo que ocurre en sus entornos, para identificar los transgénicos. Pensar en lo que hoy parece imposible: detectar con la pura sabiduría campesina los maíces dañinos. Tenemos que saber qué semilla estamos sembrando, ir depurando en cada ciclo nuestra semilla. Así iremos desechando el maíz contaminado. Tenemos que recuperar la confianza en la semilla que sembramos.

– Un tema urgente y recurrente es el uso excesivo de agroquímicos, no solamente en el cultivo del maíz, sino en cualquier cultivo con el que tengamos relación: en el tabaco, la caña, le café. La diversidad dentro de la milpa se ha ido muriendo por el uso de herbicidas y plaguicidas.

La historia de la Revolución Verde es para los pueblos del maíz en México la historia de cómo se hizo adicta la tierra y los cultivos a una droga de la cual cada vez necesita más y más para servir menos y menos. No sólo tenemos que enfrentarnos ahora a la contaminación transgénica, sino al hecho de que heredamos (por los químicos) supermalezas y una resistencia de las plagas. Está roto el equilibrio dentro de lo que fueran las milpas. La tierra está intoxicada, pero también el agua, y los peces se han perdido y se han envenenado. Al aplicar herbicida se mueren las plantas medicinales y entonces se pierde una alternativa médica para la salud de la comunidad. Entonces hay que tener dinero para comprar los remedios que antes crecían entre la milpa. Y el dinero es agua, aunque lo cuides se va, la tierra no.

– El maíz no solamente está contaminado, está desplazado por cultivos comerciales no básicos, como café, caña y tabaco, palma de aceite, pero también por la ganadería. Junto con el desplazamiento del maíz va el desplazamiento del productor, que luego se tiene que ir a otras tierras de labor, a ganar unos pesos, cultivando precisamente los cultivos que desplazaron su maíz, su soberanía.

Hay una resistencia de las comunidades, sin embargo. Hay comunidades que tienen semillas, hay otras que están comenzando a usar alternativas a los agrotóxicos, como abonos orgánicos y control natural de plagas.

– Al perder los alimentos preparados con maíz, también se pierde la salud, porque se pierde la alimentación variada que proveía la milpa, pero también se sustituye con las comidas chatarra que llegan a los centros de abasto de las comunidades. Coca-cola en vez de pozol, Sabritas en vez de tamales; además de desnutrición hay pérdida de la identidad entre los jóvenes consumidores. La pérdida de la lengua está directamente relacionada con la pérdida del maíz. Es que se pierden los rituales y tradiciones de la siembra. Se pierde el conocimiento de los ciclos de la luna. La pérdida del maíz es la pérdida de la cultura indígena. Por esa razón es tan grave lo que hacen los programas como Oportunidades, que promueve la división de las comunidades, o Diconsa —que abastece de maíz y granos básicos a las comunidades, sustituyendo la producción propia con semillas que pueden ser transgénicos. El Procampo facilita el abandono del trabajo pues sólo hay que decir que se tienen tantas hectáreas para recibir un algo de dinero. El Procampo es un incentivo para entrar en la dependencia monetaria, rendir la soberanía de la comunidad y la tierra en una existencia conjunta a los vaivenes de la economía monetaria.

– Antes, no había distinción entre trabajo y cultivos, a cualquiera de ellos se le llamaba milpa indistintamente. Para el trabajo de la milpa o "hacer milpa" no hay distinción entre lo ritual y lo técnico. El modo de hablarle al maíz y la importancia de la lengua, los rituales para marcar que tenemos voluntad y relación con la tierra, eran lo más importante. No es una soberanía sobre el maíz, sino junto al maíz para vivir juntos, para existir.

Ahora, el trabajo ha cambiado desde que el maíz perdió su centro. El trabajo de la milpa era un motivo de fortalecimiento de relaciones sociales, pues había necesidad de estar juntos y unir las energías y las ideas. La Revolución Verde (agrotóxicos, monocultivos, búsqueda del rendimiento masivo) es una propuesta individualista, sustituye con objetos el acuerdo entre personas. Así que a la vuelta del tiempo la tierra ya requiere una cantidad impensable de trabajo o dinero en insumos que la hagan producir. Los paquetes tecnológicos siempre llevan una ideología oficial que los respalda y los hace "aceptables", como los programas del gobierno (Procampo, Progresa, Procede); hay un pérdida de la educación en el campo de las nuevas generaciones pues en las escuelas se les enseña a renegar de la vía campesina. La introducción de los químicos hizo a la gente floja y mató a las plantas que rodeaban al maíz. El maíz quedó solo. Cuando son la épocas tupidas de trabajo en el campo, lo es también para la pequeña parcela o para los campos de la agricultura industrial. Así que entre más acecha esta última, más es el robo de campesinos de sus propias tierras a los campos de monocultivo, pues justo en el tiempo de más necesidad de trabajo en el maíz llegan los enganchadores, a llevarlos al camino por unos pesos y unas promesas de salario seguro, a diferencia de lo que por todo esfuerzo ofrece la parcela propia: incertidumbre. "Producir para vender y comprar para comer" es el resumen de la pérdida de soberanía laboral y alimentaria de los pueblos del maíz.

– Sí, ya lo oímos mucho, pero va de nuevo: el Procede [el Programa de Certificación Ejidal para individualizar las tierras y permitir que entren al mercado] es una estrategia clave para exterminar al maíz y a sus pueblos. Hay personas que compran las tierras ejidales y las transforman en potreros o en tierras de monocultivo, dejando fuera el maíz. La urbanización es otro factor para el abandono de la milpa, pues los campesinos tiene que escoger entre el camino pavimentado y la tierra de labor.

– En cambio, donde pervive la asamblea, y donde hay tierra en común, en colectivo, hay posibilidad de organizar el territorio, es decir, la manera de vivir, las estrategias de supervivencia de manera coherente, integral, congruente con los problemas que se viven. Ahí se está recuperando el papel de las autoridades comunitarias.

La señora Pragedes Velázquez con su hijo, Santa Cruz, Pueblo Nuevo, Tenango del Valle, Edomex, 2010. Foto: Jerónimo Palomares

– Debemos rescatar la importancia que tiene el cultivo del maíz, la milpa, para la agricultura campesina en los diferentes lugares de México. Es el lugar que permite la supervivencia de la gente, pues todos los alimentos giran alrededor del maíz. Esto marca la relación de los campesinos con la tierra. De allí la ritualidad que mantiene su carácter sagrado.

El cambio a las formas de producción agroindustrial del maíz se encamina a promover y lograr la dependencia del afuera perdiendo la soberanía en la relación con la tierra. Hay una conciencia de cómo este cambio fue inducido por el gobierno, con el interés de las empresas por detrás.

Cuando se considera el cultivo del maíz como negocio, es imposible que sea rentable, sobre todo en pequeñas extensiones como son la mayoría de las parcelas en el campesinado mexicano. Pero es esta pequeñez la que ha propiciado la enorme diversidad de semillas, es esta pequeñez la vía en un país orográficamente disparejo.

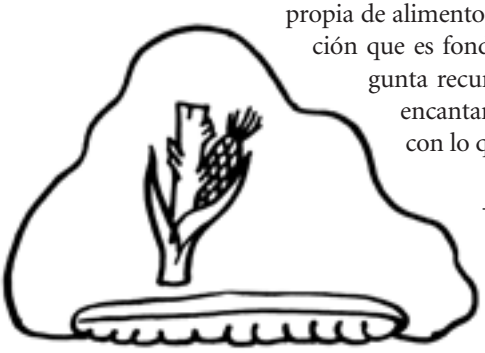
Pero hay que estar convencidos de que aunque no sea negocio, la siembra del maíz es crucial para la seguridad alimentaria, la soberanía alimentaria de la familia, la comunidad, la sociedad del campesinado.

La gente está tratando de regresar a las formas antiguas y manejables en pequeña escala, ya que a la vuelta de los años comprueba la inviabilidad de las propuestas industriales, comerciales, para la siembra del maíz.

Es importante cuestionar el concepto de "fondo" o "banco" de semillas, porque eso implica ya un primer acaparamiento, una centralización, un primer desfase de los sitios donde se conservan las semillas, más repartidas e invisibles para los ajenos.

– Es muy clara la interrelación que hay en todos los problemas del maíz. De allí la necesidad de entrarle al problema con una actitud integral. No es nada más una cultura, o un cultivo, es un modo de vida completo, una visión del mundo. El maíz es por un lado el trabajo y por el otro la alimentación, el sustento en el sentido más amplio. Es la relación con todo, con la naturaleza, con el territorio, con todo lo que es sagrado y vital para las comunidades. Y esto está cambiando. Incluso se puede trazar el origen de los problemas a las políticas gubernamentales, con el comercio. Se pierde la diversidad y se deja de ver, de entender la milpa (pues el maíz nunca va solo, el maíz es comunidad). En el momento en que la vemos como mercancía para tener dinero, es imposible que "sea rentable". Se cambia la propuesta de relación, la de la milpa, por el dinero. Por eso una de las propuestas reiteradas en muchos lados es cómo regresar a mercados más chiquitos, a maneras de trueque, a intercambios locales, de tal manera que pueda regresarse a un modo de vida manejable, que incluya un respeto por el todo.

Hay que distinguir entre precio y valor. Claro que el maíz que cultivamos en las parcelas comunitarias "no tiene precio", pero hay que reflexionar sobre el valor que sí tiene, para las comunidades, relacionar con nuestra producción propia de alimentos, algo que sí queremos, una producción que es fondo de fuerza y soberanía. Y una pregunta recurrente e importante: cómo podemos encantar de nuevo a los niños y a los jóvenes con lo que es el campo.



Historia Tolteca Chichimeca

– Debemos recordar ciertas cosas que todos sabemos, que de tan conocidas ya no las vemos, sobre todo cuando todo mundo tiene problemas.

Uno. La biodiversidad. Es la vida que nos rodea. La diversidad agrícola. Las plantas y algunos animales que cultivamos o que criamos. Sin excepción, todo lo que se cultiva o lo que se cría hoy día, incluso los híbridos y los transgénicos, proviene de lo que a lo largo de los milenios han inventado los campesinos. Como el maíz, que se fue criando, se fue cultivando, se fue inventando. La papa, el arroz y así cada planta sin excepción ninguna es creación de los pueblos indígenas y campesinos del mundo. Todo lo que ha hecho la ciencia ha sido mínimo frente a esa creación de la biodiversidad agrícola que han hecho los pueblos a lo largo de la historia.

Dos. Para que los pueblos pudieran hacer todo eso, la premisa es la existencia de la tierra misma, entendida como tierra de labor, pero la Tierra misma, el planeta todo. Para poder acoger toda esa diversidad la Tierra tiene que ser diversa. Si la Tierra fuera plana, todo al nivel del mar, no crecerían las plantas de las montañas, por ejemplo. Es necesario el calor, el frío, la altura, la planicie, el desierto, el humedal, para que exista toda la diversidad.

Esa Tierra que nos acogió, sin embargo, ha perdido su capacidad ante la agresión de los agroquímicos, de la urbanización, y ya no está pudiendo ser tan diversa.

Ésas son dos cosas básicas que hay que recordar siempre: si no tenemos una Tierra que nos acoge, y si no tenemos pueblos indígenas y campesinos capaces de cuidar esa vida, la biodiversidad no tiene posibilidades y empieza a desaparecer. Tierra más pueblos.

Los transgénicos son un modo de intentar destruir la unión entre la Tierra y los pueblos. Ése es su objetivo. Ése es el negocio. Entre más sea la relación entre pueblos y la tierra y la Tierra, menos tendremos que comprar nada, pero el objetivo de los híbridos y los transgénicos es el negocio. Comprar y perder la autonomía.

Un pueblo que compra semilla y que compra comida es un pueblo que no se puede mandar a sí mismo.

El ejercicio de hoy en día es recordar. Darnos cuenta qué es lo que se hacía para conservar la vida.

Para conservar la diversidad de cultivos y del maíz, hay que usarlo. Para defender al maíz hay que seguir cultivándolo. La mayor amenaza al maíz nativo es que ya se cultiva poco.

Central para todo eso es mantener la identidad como pueblos. Significa seguir comiendo aquello que hemos aprendido desde siempre a comer como pueblos, significa seguir festejando como se han hecho siempre, seguir dando las gracias y pidiendo a través de esos festejos. La recuperación del maíz pasa por la recuperación de la costumbre, de la tradición: su reactivación, su fortalecimiento.

Hay que mantener la semilla y la tierra.

Alguien que pierde la semilla tiene muchas más posibilidades de tener que migrar que alguien que todavía la tiene.

Mantener la semilla significa tener semilla de buena calidad. De buena calidad para uno mismo, para la tierra a la que uno tiene acceso, un semilla

que responda a las necesidades y gustos de cada pueblo. Si se uniforman los gustos o se tratan de homogeneizar las necesidades, se pierde la calidad de las semillas: su biodiversidad.

Hoy día existe toda esa riqueza que existe porque cada pueblo tuvo derecho a mantener su costumbre, sus tradiciones, porque hubo respeto de los devenires y las voluntades de cada quien, de lo que es sagrado para cada pueblo. Y eso es lo que hace la televisión: decirnos que hay que comer esto o lo otro implicando que las cosas regionales, locales, no industrializadas no sirven. Si queremos mantener toda esta riqueza tenemos que mantener el respeto por lo que ha sido nuestro y sagrado durante toda la historia.

Entonces la semilla que sirve a cada quien, ¡es la que cada quien ha criado!

Cada pueblo, comunidad, tiene gustos distintos, condiciones distintas, necesidades distintas. Y es imposible que haya una persona, o una empresa o un instituto del Estado que sea capaz de crear semillas que sean buenas para todos.

Si son miles y miles de campesinos que están produciendo la semilla ¿será igual? No. La diversidad y la calidad también viene de que haya mucha gente produciéndola. Que no se centralice la producción de semilla es un elemento central para la conservación de la semilla.

¿Cómo se cultiva la diversidad de semillas, día con día, año con año? Conversando e intercambiando. No sólo se entrega la semilla sino los saberes. Uno intercambia saberes. Las semillas pueden ser distintas porque todos saben cosas distintas.

Para que haya semillas diversas tienen que haber saberes, conocimientos, diversos. Pero el conocimiento lo sabemos a pedacitos, y sólo entre muchos se hace un conocimiento grande. No hay que olvidar jamás que *todos* sabemos. Cuando aceptamos que alguien nos trate como ignorantes, como que no sabemos, como que no tenemos ideas, estamos aceptando que se pierdan saberes sobre la semilla.

Los transgénicos son como una enfermedad, y van a permanecer por mucho mucho tiempo. Lo que hay que hacer es impedir que el maíz se enferme.

Hoy día hay un ataque contra la biodiversidad, y el pueblo que no tiene diversidad es un pueblo que se hace dependiente. Se están cambiando las leyes para obligar a los campesinos de los pueblos en su conjunto a hacerse dependientes. Para conservar la diversidad uno tiene que hacerse las preguntas de cómo conservar la vida, qué es lo que la ley permite y qué es lo que necesitamos, con permiso de la ley o sin permiso de la ley. Por ejemplo las leyes que impiden que las semillas viajen libremente. Es así como el maíz llegó desde Mesoamérica a todo el mundo, viajando, y ahora las leyes lo impiden, pero las organizaciones campesinas en el mundo están decidiendo que las semillas van a viajar, aunque lo intente impedir la ley.

– Estar en contacto con las penurias en cada lugar del continente, pero también con la esperanza y los caminos de resistencia que se van conociendo y las experiencias que ya sirven.

Secando la cosecha en Turuséachi, Chihuahua, 2009. Foto: David Lauer

La contaminación con maíz transgénico no fue un accidente. No fue porque alguien trajo un bolsito del otro lado o porque Diconsa repartió el grano y los campesinos lo usaron como semilla, todo eso pudo haber ocurrido, pero es más importante que nos demos cuenta que la contaminación con transgénicos es un acto absolutamente intencional que se repite en todas partes del mundo y que tiene como objetivo invadirnos de transgénicos, imponerlos y cuyo objetivo es controlar nuestra alimentación, convertir lo que eran los alimentos y parte de nuestra vida en una mercancía que las corporaciones puedan manejar y a través de ello nos puedan controlar. Ya no es una hipótesis que hace unos 10 años discutíamos, es una realidad muy cercana a una tragedia, por ejemplo en Argentina.

En Argentina la soya transgénica se comenzó a cultivar masivamente en 1996, la soya RR, cuya característica principal es que es resistente a herbicida y empezó a tener una expansión enorme. Cada año creció la superficie de cultivo (inició con 300 mil hectáreas) hasta que en 2005 hay casi 15 millones de hectáreas en Argentina, unas tres veces la superficie de Costa Rica. Esas 15 millones fumigadas con glifosato, que mata todo ser vivo que no sea la soya RR.

El cultivo de los transgénicos en muchos lugares del Cono Sur estaba prohibido. La estrategia de las compañías fue permitir que los agricultores

conservaran la soya que compraban a pesar de que se supone que cada ciclo tenían que firmar un contrato y comprarla de nuevo. Se permitió que la guardaran, la volvieran a sembrar y la vendieran. Esa soya se vendió clandestinamente a los agricultores grandes (50-3 mil hectáreas) del sur de Brasil, a los de Paraguay y Bolivia, por fuera a de legislación y en oposición a las organizaciones campesinas y ecologistas. La estrategia fue "contaminamos". Dejemos que la soya circule, que cruce las fronteras.

Entonces comenzó a crecer la superficie cultivada con soya transgénica a pesar de que había leyes que prohibían los transgénicos. Entonces se comenzó a aceptar el cultivo de la soya (nada menos que Lula) con la promesa de emitir leyes que regularan los impactos ambientales. Hubo debate, promesas, pero todo terminó con la emisión de una Ley de Bioseguridad (también llamada Ley Monsanto) con la cual finalmente se dio vía libre para el cultivo de los transgénicos.

La situación es más o menos parecida en Paraguay, en Bolivia, el proceso es invadir, luego presionar al gobierno y finalmente legalizar la manga ancha de las empresas de transgénicos.

Cuando ya teníamos 14 millones de hectáreas de soya en Argentina, en 2004, Monsanto salió a decir bueno, señores, esta soya que ustedes están sembrando es nuestra propiedad y tienen que pagar por eso. Lo mismo pasó en Brasil y en Paraguay. Lo que pide Monsanto es que el gobierno argentino cree una ley de regalías globales por las cuales le cubre a todos los agricultores un impuesto sobre su producción para dárselo a Monsanto. Cobrar un impuesto a la producción para dárselo a la corporación para pagar los costos de la investigación. Pero si no ocurre eso, Monsanto amenaza con plantarse en los puertos a donde llega la soya argentina para cobrar las regalías (Unión Europea y China), a donde Monsanto tiene la patente pues en Argentina la solicitó a destiempo y no opera. Éstas son las cosas que están en juego con los transgénicos. Y claro, está el caso de Percy Schmeiser y la canola, donde el campo se contamina y Monsanto demanda y la corte encuentra culpable a la víctima, de haber sido contaminada.

Cada año hay una cantidad enorme de expulsados del campo en Argentina, pues para cada 500 hectáreas se solicita solamente un trabajador para cultivar. Además estas 15 millones de hectáreas también se han sembrado a fuerza de desforestar y avanzar sobre montes y zonas campesinas. Luego a los expulsados del campo les dan soya forrajera transgénica para que sobrevivan, o llega masivamente a esas zonas marginales como ayuda alimentaria, cuando no está comprobada su inocuidad para consumo humano.

– Para que se fortalezca entre las organizaciones y las comunidades la lucha por la defensa del maíz, es necesario que haya seguimiento de la formación y la información de la gente, que sigamos esparciendo la información y buscando el modo de seguir asistiendo a las reuniones. Hay que seguir tejiendo a nivel internacional.

Tener estrategias para la difusión de la información, pues el gobierno y las empresas siempre tienen forma de monitorear y fichar y evitar que nos comuniquemos al tiempo que tienen el monopolio de los medios masivos.

La información es para aumentarnos la capacidad de decir no.

En los lugares donde hay intercambio, como en las zonas huaves, se puede ir cuidando lo que se intercambia.

Usar las radios comunitarias para difundir la problemática del maíz.

Los *tianguis* indígenas, en general los mercados locales, son espacios de recuperación de la soberanía del maíz.

La educación formal capacita técnicos para que sirvan en las empresas y enajenar a la gente de sus orígenes. Debemos tener un espacio real con los niños, más allá de la escuela, para que escuchen también del trabajo del campo.

Los pueblos nos han enseñado que la salida para acabar con los transgénicos no es destruir el maíz, sino cuidar la semilla, mantenerla, ver cómo darle vida.

– En lo técnico, en la selección de plantas y semillas sin transgenie, ¿sería posible cuidar el tiempo de polinización para evitar las mezclas de maíces?

– Hay una diferencia fundamental entre los híbridos y los transgénicos, los híbridos dan plantas de maíz sumamente pobres, débiles, donde la primera generación está arreglada para funcionar bien, pero a la segunda generación ya no funciona. En el campo, los híbridos se van enriqueciendo y se va pareciendo cada vez más en una planta nativa.

El transgénico es como si tuviera un tumor, con el agravante de que no sabemos qué va a hacer, a lo mejor la planta sobrevive o a lo mejor se muere o a lo mejor se mueren todas las plantas con ese tumor. Y por si fuera poco, el agravante es que ese tumor se transmite, a través del polen.

Entonces de una planta con tumor —una transgénica— van a salir muchas más a la próxima generación, ésta es la contaminación. Entonces, las plantas se seleccionan, las semillas se seleccionan, porque no todo nos sirve y hay que quedarnos con lo mejor. Con los transgénicos hay que hacer algo similar, hay que aprender a reconocer y sacar las plantas que tienen ese tumor y quedarse con aquellas plantas que no se enfermaron. Pero no puede aprender uno solo, hay que aprender en conjunto, igual que aprendimos a tener y cuidar las variedades que tenemos.

Estas plantas fueron enfermadas desde afuera, a propósito, y con el fin de que se enfermen todas. Probablemente el gobierno va a proponer en algún momento eso que nosotros ya comprendimos que no es la salida, el exterminio de variedades nativas, la quema, la intervención de entidades ajenas a la comunidad (laboratorios, empresas, fuerzas armadas) en un discurso de erradicar la contaminación del maíz.

Hay que prohibir los transgénicos de hecho, sin pedirle permiso al gobierno, en una normatividad comunitaria que es completamente legítima. Hay que impedir que entren los transgénicos con o sin ley.

– No sabemos en qué vamos a estar dentro de tres o cuatro años, pero ahora sabemos que tenemos que desarrollar la observación y las capacidades que ya existen dentro de las comunidades para saber qué cambios puede haber. Nosotros podemos entender que ha habido un crimen contra el maíz y contra el corazón de las comunidades, entonces hay que tratar al maíz de otra manera. Es como cuando vemos una planta fea, de por sí la quitamos, o evitamos que polinice. Entonces posiblemente con el maíz transgénico veamos diferencias, por lo que hay que agudizar la observación para quitar esas plantas posiblemente transgénicas.

Los campesinos ven todo el tiempo. Entonces una forma de avanzar es ver pero compartir con toda intención y velocidad lo que estamos viendo, en las reuniones —aquí se da por hecho la importancia de las reuniones regionales— y en ellas decir lo que hemos visto que va cambiando en las parcelas.

– Es muy descorazonador saber de la contaminación y que es un monstruo inasible, pero también debemos tener siempre presente que no hay nadie en el mundo, ningún científico, ningún agrónomo que iguale en recursos tecnológicos de la mayor fineza y pertinencia a los que tienen los campesinos. Sólo ellos podrían hacer algo en sentido contrario a la contaminación. Esa conciencia es el mensaje que le podemos pasar a otras gentes que están atravesando el trauma de comprender lo grave del hecho de la contaminación transgénica.

Debemos entender plenamente las posibilidades de controlar la polinización como una forma de aislar, evitar, la contaminación transgénica.

– El diálogo con el maíz va más allá de lo que se hace a nivel de la milpa, físicamente, tiene que ver también con la identidad, la lengua, las ceremonias. Y así también, al reconstruir el maíz, no se reconstruye solamente el maíz, sino todo lo demás, lo tangible pero también lo intangible. Contra la visión uniforme unilineal de las empresas y los fitomejoradores pagados, tenemos a nuestro favor la visión rica y multifacética, plena de recursos de todos tipo, para la creación perpetua del maíz.

***** *Participaron como organizaciones acompañantes el Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam), el Grupo* ETC, GRAIN *y* Ojarasca.

Semillas genocidas

Guerra biológica contra los campesinos

Las empresas de biotecnología están seguras de que ya inventaron algo para lograr el control total de los pueblos campesinos: nuevas semillas transgénicas incapaces de reproducirse, apodadas "Terminator".

Los agricultores de India que apostaron al algodón transgénico en los noventa quedaron atrapados en deudas impagables por el alto costo de las semillas, sus insumos agroquímicos y una plaga imposible de erradicar. Deudas tan terribles de las que sólo se pueden librar quitándose la vida. Más de 150 mil campesinos se han suicidado por esa causa. Más del 90% de quienes se suicidaron en 2005 habían sembrado algodón transgénico de Monsanto.

El último modelo de transgénico son semillas que producen un "veneno" y se autointoxican después de desarrollarse lo suficiente para servir como grano procesable. Esta invención es el gran orgullo de las empresas de biotecnología, pues la pueden aplicar a todo tipo de cultivos independientemente de la forma en que se reproduzcan. El arroz y el trigo, que no llamaban mucho la atención de las empresas porque al cruzarlos no había forma de introducirles características de interés comercial, se convierten en las víctimas más urgentes de Terminator, pues alimentan al menos a una tercera parte de la humanidad.

La idea "genial" detrás de los transgénicos es que quien controle las semillas, y más aún, los genes de las semillas, tendrá el control de toda la cadena alimentaria. Ni con los híbridos ni con los transgénicos las empresas pudieron obtener el control que ahora sueñan con Terminator. Con las semillas suicidas se acabará, en dicho de las empresas, el desorden en la agricultura: a las semillas híbridas, los campesinos les quitan lo malo y las incorporan a su familia de semillas.

A las transgénicas, las han pirateado, dejando de pagar derechos a las empresas por cualquier beneficio obtenido. Se terminarán las variedades obsoletas y los campesinos dejarán de hacer lo que ha mantenido la vida en el planeta: criar semillas. También se acabarán muchas variedades de insectos y animales (pues no se sabe bien qué ocurrirá a quien coma esas semillas que se autointoxican), y se devastarán los cultivos que se contaminen, pues la semilla que nazca será suicida también. Semillas suicidas. En realidad, semillas genocidas.

Terminator, la *tecnología de protección de genes* o de *restricción del uso genético* es un invento que acota la vida desde lo más íntimo, y desde allí, desde ese núcleo invisible, busca asegurar la destrucción de la autonomía campesina. ¿Cuál autonomía campesina? La que contundentemente y sin alardes resuelve la vida de más de mil 500 millones de personas, la cuarta parte de la humanidad. La humanidad que cuida la tierra, que resguarda la diversidad de plantas y animales, que asegura el fluir infinito del agua, que tiene la posibilidad de producir sus alimentos, es decir, ser dueños de su existencia sin rendir cuentas a las transnacionales. La humanidad que produce la parte sustancial de toda la comida del mundo.

Las empresas sienten como una ofensa personal la crianza de los cultivos, el que haya redes de semillas nativas, que haya quien ejerce una relación directa con la tierra, que exista la posibilidad del autogobierno comunitario. Que la cuarta parte de los habitantes del planeta sean campesinos que gestionan su propia existencia es un desafío directo a su poderío.

La guerra biológica contra los campesinos, en una fase más cruenta de lo que ha sido la Revolución Verde, comenzará si en las reuniones del Conve-

Tlaltenco, Tláhuac, DF, 2010.
Foto: Prometeo Lucero

Tlaltenco, Tláhuac, DF, 2010.
Foto: Prometeo Lucero

nio de Diversidad Biológica de la ONU se da luz verde a la venta de semillas Terminator. Los coyotes mundiales de los alimentos quieren burlar y controlar el secreto de la vida de las comunidades (que es la vida de la humanidad), transmitido por las hormigas y los pájaros en las historias mayas, o custodiado en las casas sagradas del maíz de los pueblos wixárika.

El ciclo agrícola campesino, ejercicio de una relación sin intermediarios entre la comunidad y el territorio y sus frutos, que incluye no solamente los "insumos agrícolas" sino también las celebraciones, las enseñanzas, las historias, el emparentarse y resolver en colectivo, es el botín que codician los vendedores de Terminator. No para suplantar a los agricultores sobre la parcela, sino para transformarlos irreversiblemente en cualquiera de los tipos de esclavos modernos, en el campo y en la ciudad, de cuya sangre se alimenta el capital.

Sería inalcanzable e imposible suplantar en la milpa el saber profundo que han construido miles de pueblos durante 10 mil años. La sabiduría de enfrentarse a todos los vientos, lluvias y soles imaginados; tratar con el sinfín de suelos y animales, o persistir ante el paso de las revoluciones polí-

ticas, luchas armadas y gobiernos del cambio sería demasiado para la lógica burda de las empresas que sólo piensan en ganar más y más. La ruta segura es la destrucción de la vida campesina desde sus fundamentos.

Ya se saben los horrores, con todo detalle. Los países de África han opuesto su voz desgarrada desde 1998 a la invasión de las semillas genocidas. Cimbrar la ONU es una tarea de héroes solitarios que ofrecen su último aliento ante la catástrofe (los negociadores africanos se cuentan entre quienes de manera más necia han frenado, hasta ahora, la comercialización de Terminator). Es necesario. Cada día más organizaciones de todo tipo, en todo el mundo, profieren alguna maldición contra esta tecnología de control genético.

Sin embargo, la insistencia en el ciclo campesino, de saberes ancestrales, es camino cierto e inmediato: hablarle al maíz en su idioma, honrar los primeros frutos, heredar un puñado de semillas de los abuelos el día de la boda, experimentar con los granos más rozagantes, negarse a individualizar las tierras, desconfiar de los que nos piden registrar el agua que hacemos fluir cuando cuidamos los bosques, ganar un pleito agrario contra los narcos o los ganaderos o los empresarios; es decir, seguir siendo campesinos, cobra más fuerza que nunca en esta época en que la ciencia bizarra cree que con algunos genes puede destruir esto que aquí se describe nomás un poquito.

La fuerza contra Terminator reside en la persistencia de los sembradores que mantienen viva la posibilidad de escaparse del mercado, que saben del orgullo de tener su saber tecnológico en sus manos, que habitan en los rincones del planeta densos de plantas y animales y espíritus, donde los bosques cuidan la asamblea y la fuerza del agua que llueve, riega y corre nos mantiene alerta. La fuerza contra Terminator está en los lugares del planeta donde las semillas son respetadas como a un igual, que carga en su ser la vida que garantizará la existencia por siempre de las comunidades.

Verónica Villa

*** Verónica Villa:** *integrante del Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (Grupo ETC). Ver* Ojarasca *en* La Jornada *núm. 107 marzo de 2006*

Soberanía alimentaria y Terminator

El 14 de marzo de 2006, realizamos un encuentro campesino en la ciudad de México al que asistimos representantes de organizaciones campesinas e indígenas de 18 estados del país, organizaciones no gubernamentales, académicos y estudiantes de Francia, Estados Unidos y México, para analizar la amenaza que para el maíz, los campesinos y los pequeños productores que lo siembran, para la biodiversidad, la cultura de los pueblos y la soberanía alimentaria, representan la total apertura comercial acordada en el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica a partir del año 2008, la liberalización al ambiente del maíz transgénico, la contaminación de las variedades nativas y la tecnología Terminator.

El maíz es el cultivo más importante de México. Cerca de 3 millones de productores, en su mayoría campesinos, con parcelas menores a cinco hectáreas, producen anualmente más de 18 millones de toneladas de maíz. Casi el 70% de los productores siembra variedades de maíz nativas, seleccionadas entre sus propias semillas o intercambiadas con otros agricultores.

A pesar del TLCAN y el sistemático aumento de las importaciones a menores precios que los costos de producción y por arriba de la cuota estipulada en el Tratado, que han provocado la reducción de los precios internos en más del 50% y las dificultades de comercialización; a pesar de la reducción de los subsidios de Procampo y de la orientación de otros subsidios a los productores empresariales y a las propias empresas transnacionales, más de la mitad de la superficie agrícola —8 millones 500 mil hectáreas— se mantiene sembrada con maíz. El maíz es el núcleo de la economía campesina, base de la dieta popular, el cereal de mayor consumo y el corazón de una cultura.

Limpia del maíz en Bacajípare, Chihuahua, 2010. Foto: David Lauer

México es centro de origen, diversidad y domesticación o crianza del maíz. Supera a cualquier otro país en la diversidad de sus razas y variedades, con presencia endémica de sus parientes silvestres o teocintles, pero a su vez es el país en donde se ha comprobado la contaminación transgénica de las variedades nativas de maíz.

La Ley de Bioseguridad, mejor conocida como Ley Monsanto, aprobada en febrero del 2005, está orientada a garantizar los intereses de las transnacionales productoras de semillas y pretende ser usada para liberar de facto el cultivo de maíz transgénico en México, protegido por una moratoria.

En la Octava Conferencia de las Partes de la Convención sobre Diversidad Biológica de las Naciones Unidas, que se reunirá en Curitiba Brasil, del 20 al 31 de marzo de 2006, Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda y Australia impulsarán una propuesta para eliminar la moratoria de facto a la siembra experimental y a la comercialización de las semillas Terminator.

Hay una guerra de las grandes empresas en contra de los campesinos y los agricultores por los mercados y el control de los tres principales elementos para la producción: la tierra, el agua y la semilla.

Declaramos

* El maíz es patrimonio de la humanidad, resultado del trabajo de domesticación de los pueblos indios mesoamericanos por más de 10 mil años, y no de las corporaciones transnacionales.

* Las semillas, el agua, los recursos genéticos, son patrimonio de la humanidad y deben estar al servicio y bajo el cuidado de las comunidades y los campesinos que los protegen y mejoran.
* Es un derecho inalienable de los campesinos el conservar, guardar, reusar e intercambiar sus semillas, y éste no puede ser enajenado por las corporaciones a partir de tecnologías como Terminator o de derechos de propiedad intelectual.
* Nos oponemos a todas las formas de tecnología Terminator porque es el candado que cierra la puerta a todo el proceso de expropiación de las semillas a los campesinos y agricultores por las empresas multinacionales.
* En México la agricultura campesina de temporal garantiza la soberanía alimentaria y es la actividad a la que se dedican la mayoría de los productores del país, por lo que debe ser protegida y fomentada.
* Las políticas agrícolas y comerciales y los acuerdos del TLCAN atentan contra la producción nacional de maíz y del resto de los productos básicos.
* Existen experiencias campesinas de conservación *in situ* y de mejoramiento de variedades nativas, así como de comercialización organizada de maíz, que deben ser fomentadas por el Estado y valoradas por la sociedad.

Demandamos

* Restablecer la moratoria a la siembra de maíz transgénico en México, por ser país centro de origen, diversidad y domesticación. La contaminación con transgenes tiene una vida propia y una vez que se liberen es muy dificl rastrearlos y volverlos a recoger.
* Promover el cuidado y conservación de los acervos genéticos del maíz y otras especies, de las que el país es centro de origen y diversidad.
* Prohibir la importación de maíz transgénico, principal fuente de contaminación de las variedades de maíz nativo en varias regiones del país.
* Prohibir Terminator a nivel nacional e internacional, para asegurar que esta tecnología nunca será probada en campo o comercializada.
* Rechazar la Ley de Bioseguridad y mantener la prohibición a la siembra de maíz transgénico y de todas las especies de las que México sea centro de origen o diversidad.
* La renegociación del capítulo agrícola del TLCAN bajo el principio de soberanía alimentaria, en lugar de sacrificar al sector bajo el principio de "libre comercio".
* Exclusión definitiva del maíz y frijol del TLCAN y de cualquier otro acuerdo comercial por ser cultivos estratégicos para la seguridad nacional, la soberanía alimentaria, la agricultura y la economía de más de tres millones de campesinos.
* En el plazo inmediato las importaciones que rebasen la cuota acordada en el TLCAN deberán pagar el arancel máximo ahí estipulado.

* Reintroducción de restricciones cuantitativas a las importaciones de los productos de las cadenas agropecuarias clasificadas como básicas y estratégicas para la seguridad y soberanía alimentaria en la Ley de Desarrollo Rural Sustentable, entre ellos: maíz, frijol, caña de azúcar, trigo, arroz, sorgo, café, huevo, leche, carne de bovinos, porcinos, aves, pescado.
* Una real política de fomento y regulación guiada por el principio de soberanía alimentaria, que incluya: subsidios diferenciados por tipo de productor y cultivo; mecanismos de comercialización en manos de los productores que les permitan el control de la oferta y la retención del excedente generado en la producción; aumento de rendimientos y rentabilidad a partir de métodos de producción que garanticen la sustentabilidad; inversión estatal para infraestructura de producción, comercialización, transformación y distribución, de productos básicos: fortalecer la producción interna en manos de los campesinos y pequeños agricultores para garantizar la soberanía alimentaria, en lugar de alentar las importaciones.

Ciudad de México, 14 de marzo 2006

Red en Defensa del Maíz. Acequia Association Nuevo Mexico, EU AFSC, EU. Asociación Mexicana de Mujeres Organizadas en Red, Tlaxcala. AMMOR, Sonora. Casa del Pueblo-OCEZ, Chiapas. Cedicam, Oaxaca. Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, Ceccam. Coalición de Ejidos de la Costa Grande de Guerrero. Comité Campesino Autónomo, Sinaloa. Comité Iztapalapa Iztacalco contra el ALCA, DF. Comunidades Campesinas en Camino, Oaxaca. Consejo de Organizaciones Autónomas de Ocosingo, Chiapas. Consejo Integral Agropecuario Sierra Indígena Poblana, CSIP, Puebla. ELCA-DF. Frente Democrático Campesino de Chihuahua. Freposev-Maíz, Veracruz. Grupo de Estudios Ambientales, DF. Grupo ETC, DF. Grupo Vicente Guerrero, Tlaxcala. Guerreros Verdes, Guerrero. Mujeres Organizadas, Veracruz. Mujeres Indígenas en Lucha por la Autonomía, Guerrero. Noche Sihuame, Guerrero. Nueva Izquierda, Oaxaca. Organic Consumers Association, EU. Organización de Agricultores Biológicos, Oaxaca. San Luis Acatlán, Guerrero. Sanzekan Tineme, Guerrero. Servicios del Pueblo Mixe, Oaxaca. Tsooka-Teyoo de la Sierra, Veracruz. Unión de Ejidos Marcelo Loya Ornelas, Sinaloa. UENOT, Veracruz. Unión de Ejidos Sierra Madre, Chihuahua y Durango. Unión de Ejidos Zona Maya, Quintana Roo. UNORCA, Baja California. UNORCA, Chihuahua. UNORCA, DF. UNORCA, Durango. UNORCA, Estado de México. UNORCA, Guanajuato. UNORCA, Guerrero. UNORCA, Nayarit. UNORCA, Querétaro. UNORCA, Sonora. UNORCA, Tlaxcala. UNORCA, Veracruz. UNORCA, Zacatecas. Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez de Oaxaca. Zacatecas en Movimiento.

seis

Diego Rivera

El maíz para el uso diario en casa de Miguel Vega, Huicórachi, Chihuahua, 2009. Foto: David Lauer

Régimen especial de protección a las transnacionales

No existe ninguna razón, salvo aumentar el lucro inmoral de las multinacionales biotecnológicas, para que se cultive maíz transgénico en México. Así de simple. Liberarlo de cualquier forma, sea experimental o comercial, parte de supuestos equivocados —o malintencionados— que no se basan en análisis serios de la realidad de los transgénicos ni del campo mexicano.

El acuerdo presentado recientemente por las secretarías de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), y de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) sobre lineamientos de bioseguridad para el "desarrollo de un Régimen de Protección Especial del Maíz", no protege al maíz ni a los pueblos del maíz, sino los intereses de la empresas de transgénicos (Monsanto, Dupont-Pioneer, Dow, Syngenta, Bayer, Basf) y su impunidad frente a la contaminación, que aumentará inevitablemente si se legaliza la siembra de estos granos desnaturalizados.

Es paradójico que sean normativas de "bioseguridad" las que abren la puerta a los transgénicos. Se presentan al público como leyes que exigirán evaluaciones cuidadosas, aparentando responsabilidad, pero de hecho han sido, en todo el mundo, el camino legal para introducir transgénicos. Esto se debe a que no asumen en realidad el principio de precaución —ante la duda, abstenerse—, sino el contrario: ante la duda, vayamos probando y que los problemas los paguen los campesinos, los consumidores y el ambiente.

Algunas versiones de leyes de bioseguridad son particularmente defectuosas: es el caso de México, al punto que es más conocida como Ley

Monsanto, mote que se ha generalizado en el mundo, convirtiéndose en sinónimo de este tipo de leyes. Describe en forma sintética a quién beneficia y quién está detrás de su formulación: las poquísimas empresas que monopolizan el mercado global y detentan todas las patentes para usar transgénicos, desde el campo a la investigación e incluso para detectar si hay contaminación.

Maíz asociado con frijol en Sierra Norte, Puebla, 2003. Foto: David Lauer

En la discusión de la ley Monsanto en México se logró incluir a último momento una frase, que aun siendo muy general y débil, tienen que burlar las empresas de alguna manera. El artículo 2, fracción XI, de la Ley de Bioseguridad, obliga a establecer un régimen especial de protección para el maíz y otros cultivos que tienen centro de origen en México.

Como este artículo ya fue usado por Greenpeace y otras organizaciones para conseguir revocar el permiso que la Sagarpa y la Semarnat otorgaron a Dupont, Dow y Monsanto para experimentar con maíz transgénico, ahora las dos secretarías intentan vaciarlo, presentando un acuerdo a la Comisión Federal de Mejora Regulatoria (Cofemer). Alejandro Nadal ya señaló acertadamente que este "acuerdo" es improcedente y no tiene sustento jurídico. (*La Jornada* 14 de junio de 2006).

Envuelto en palabrería vacía sobre sustentabilidad y protección de la biodiversidad, se propone fomentar y permitir la experimentación con maíz transgénico en México y, cumplido este requisito, que se pueda liberar comercialmente, cosa que no se podría hacer sin previa etapa de experimentación. El acuerdo trata de dar vuelta a las críticas que recibieron ambas secretarías por intentar disimular que habían aprobado experimentos de las transnacionales encubiertas con el nombre y en campos de instituciones públicas, afirmando ahora que los experimentos "se deben hacer preferentemente en terrenos de instituciones públicas".

Teosinte [o teocintle] creciendo en el Jardín Botánico de Oaxaca, 2003. Foto: David Lauer

Como la Ley Monsanto, el acuerdo está repleto de adjetivos y frases que relativizan cualquier cosa allí escrita, tales como "preferentemente", "dando prioridad", "[los criterios] podrán ser modificados", que finalmente dejan a la interpretación del funcionario del momento cualquier cosa que se haga.

Los ambiguos párrafos sobre tener en cuenta las zonas centro de origen (que en realidad es todo México y Mesoamérica), con cercos de algunos cientos de metros para prevenir la contaminación (como si sirvieran), o la emasculación de maíz en las zonas de experimentación, no logran ocultar el núcleo duro del acuerdo: "Fomentar variedades de maíz genéticamente modificado siempre que se encuentre enfocado a resolver problemas nacionales, dando prioridad a aquéllos que sean de interés agronómico, energético, nutricional o ecológico para nuestro país".

Prioridad e interés que serán definidos por los mismos excelentes y responsables funcionarios que elaboraron este acuerdo. (Y variedades que no existen, salvo para energéticos, lo que amerita denunciar la táctica de las multinacionales de vender sus transgénicos como biocombustibles).

Algunos párrafos son racistas y muestran el enorme desconocimiento y desprecio por los campesinos e indígenas, creadores y cuidadores del maíz. Por ejemplo, dicen que "en las últimas décadas ha surgido el interés por preservar la diversidad de este cultivo en el campo". Y luego, que "los maíces mexicanos son valiosos precisamente por [...] su potencial uso en el desarrollo de variedades mejoradas a través de técnicas modernas".

Los campesinos e indígenas, que son 85% de los que plantan maíz en México, "preservan la diversidad del cultivo" desde hace miles de años, no porque les haya "surgido el interés", sino porque es la base de su vida, economías y culturas, ahora más amenazadas por los transgénicos. Ése es su valor fundamental, ya que fueron ellos quienes lo crearon y cuidaron para bien de toda la humanidad. Por el contrario, el desarrollo e introducción en sus campos de "variedades mejoradas a través de técnicas modernas" como híbridos y transgénicos, han sido instrumentos esenciales para la pérdida de sus semillas y la erosión genética que han sufrido.

Silvia Ribeiro

*** Silvia Ribeiro** *integrante del Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (Grupo ETC). Tomado de* La Jornada*, México, 17 de junio de 2006. Consulten www.etcgroup.org*

Red en Defensa del Maíz

Es vital que defendamos nuestros territorios

Para pensar juntos cómo enfrentar y resistir las agresiones que vivimos, nos reunimos nuevamente después de varias veces en Cenami, delegados, representantes, comuneros, ejidatarios y miembros de organizaciones indígenas, campesinas y de la sociedad civil de Oaxaca, Chiapas, Tabasco, Jalisco, Puebla, Estado de México, Veracruz, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Guerrero, Distrito Federal y organizaciones hermanas de Chile, Perú y Brasil, en torno a la defensa de nuestros maíces, territorios, comunidades y autonomía.

Las grandes empresas y el gobierno mexicano que implementa las políticas de éstas tienen decretada una guerra contra nuestro modo de vida campesino, nuestra cultura indígena y nuestros maíces nativos con el afán de apropiarse de nuestros territorios.

Esta guerra busca someternos al imperio del mercado, con reformas, leyes y programas que privatizan la tierra, el agua y los bosques, dividen a nuestras comunidades y permiten el saqueo de nuestros recursos naturales y nuestros saberes. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte es un ataque directo contra la economía de los agricultores mexicanos y le abrió la puerta al maíz transgénico que contaminó muchas regiones maiceras del país.

El gobierno se empeñó en negar esta contaminación y con todo descaro elaboró una ley que le dictaron las empresas para inundar con sus cultivos transgénicos nuestros campos —la Ley de Bioseguridad y Organismos Genéticamente Modificados, a la que irónicamente llamamos Ley Monsanto.

Ante esta guerra con que nos atacan, desde 2003 comenzamos los Talleres en Defensa del Maíz para reflexionar juntos y compartir experiencias de las diferentes regiones. Comenzamos preocupados por las milpas contaminadas,

pero fuimos viendo que también es vital defender los ríos que las atraviesan, los bosques que las rodean, toda nuestra vida como campesinos, nuestra comunidad, nuestra cultura indígena, nuestros saberes, nuestra autonomía. En fin, que defender al maíz es defender nuestro territorio, porque el territorio es todo: donde vivimos y todo lo que somos como pueblos, como pueblos del maíz.

Hoy sabemos que viene un ataque nuevo y más agresivo contra nosotros: quieren abrir el campo de toda América Latina a la invasión transgénica para expandir la agricultura comercial de mucha producción y mucha devastación, promover los agrobiocombustibles para llenarle el tanque a los automóviles aunque esto signifique que las comunidades dejemos de comer y vivir del maíz y de otros muchos cultivos nuestros.

Con la nueva tecnología Terminator (semillas transgénicas que se vuelven estériles) buscan sembrar la muerte, impidiendo que guardemos nuestras semillas nativas, para hacernos totalmente dependientes de las grandes industrias a las que les tendríamos que comprar semilla todo el tiempo.

En las comunidades estamos preocupados porque cada vez es más difícil entender las señales de la luna, las nubes, y los ciclos del agua que nos permitían saber cuándo sembrar como lo hacíamos antes con nuestros saberes tradicionales. Las industrias energética, automotriz y agrícola, que son las culpables del calentamiento del planeta, quieren ahora que cultivemos agrobiocombustibles para ellos tener más ganancias a costa de nosotros. Para ellos el cambio climático es pretexto de discursos y excusa para justificar la ambición y amenazarnos nuevamente. Las transnacionales, apoyadas por el gobierno, dicen que la única manera de solucionar el cambio climático y la escasez de petróleo es sembrar cultivos transgénicos para producir agrobiocombustibles en todo el mundo. Todas estas amenazas forman parte de un modelo más grande, el neoliberalismo, cuyo objetivo es saquear nuestros territorios y sacarnos de ellos.

Atacar al maíz significa atacar a las comunidades, a la misma idea de la comunidad. El maíz es nuestra vida, no sólo porque nos alimenta sino porque nuestra vida es cuidarnos con la milpa mutuamente; es la base de nuestra alimentación y nuestras tradiciones. Los campesinos e indígenas que cultivamos el maíz le estorbamos al sistema, porque el que siembra comunitariamente se nutre con lo que cultiva, pero ellos quieren que no seamos autosuficientes en nuestra alimentación para volvernos dependientes de las empresas y sacarnos del campo. El territorio y el maíz que para nosotros son sagrados, para ellos son una cosa que se compra y se vende. Quieren que olvidemos que el territorio con el maíz y la comunidad es la vida de los pueblos. Quieren que nos rindamos por completo a la cultura del dinero. Y si no lo hacemos, pretenden desaparecernos como pueblos y como campesinos.

Los gobiernos ven al territorio como oportunidad para hacer ganancias y buscan hacerlo producir lo más posible. Como quieren expulsarnos porque nuestros territorios tienen muchas riquezas, inventan reservas "ecológicas" y nos engañan diciendo que las van a cuidar cuando en realidad quieren aprovecharlo a escondidas. Nosotros somos quienes lo hemos cuidado desde siempre.

Nos quieren eliminar a punta de proyectos amañados: carreteros, turísticos,

ganaderos, de "semillas mejoradas" o transgénicas y proyectos productivos para el mercado, no para los pueblos, que se quedan sin sus hombres y sin sus jóvenes que tienen que ir a buscar la sobrevivencia a otras tierras. A los que quedan en el lugar donde nacieron, los engañan y dividen con miserias. Le enseñan a nuestros jóvenes otros modos con sus programas educativos para que ya no quieran vivir en comunidad, para que ya no quieran sembrar y que rechacen su origen, en vez de responder a las necesidades de nuestros pueblos con nuestros saberes y tradiciones. A todo esto le dicen desarrollo y progreso, pero nosotros sólo vemos miseria, migración y muertes como resultado.

Por nuestros saberes, experiencias y reflexión colectiva estamos claros que con maíz sembrado por nosotros mismos resistimos y que la mejor manera de defender nuestro maíz es sembrarlo. Tener maíz para comer las comunidades, es más importante que el dinero, por lo que:

1. Reivindicamos los cultivos propios que fomentan la soberanía alimentaria de nuestras comunidades. Quieren impedir que sembremos para comer y así hacernos dependientes y esclavos y comamos la basura que producen las grandes empresas. Nuestros propios cultivos son la mejor alternativa para la defensa de los pueblos y la construcción de nuestra autonomía.
2. Reafirmamos como lo más importante la fuerza de lo sagrado que significa nuestra vida en comunidad, como sembradores, y nuestro cuidado del territorio que expresamos en nuestros ciclos y ceremonias. Cada vez valoramos más la enorme riqueza que tenemos, una que no tiene nada que ver con el dinero.
3. Rechazamos los agrobiocombustibles porque mantienen el mismo modelo que destruye la naturaleza; no resuelven el cambio climático ni la crisis energética. Benefician sólo a las grandes industrias, convierten los cultivos en máquinas y a los campesinos en trabajadores asalariados. Finalmente, los verdaderos culpables del cambio climático siguen impunes.
4. Exigimos la salida total de los transgénicos de América Latina y la prohibición tajante de la tecnología Terminator.
5. Rechazamos los arreglos entre las agroindustrias y las centrales campesinas oficialistas (como el acuerdo entre Monsanto y la CNC) que pretenden inundarnos con tecnologías nocivas.
6. La Red en Defensa del Maíz declara también su solidaridad y protesta contra los ataques, represión y juicios sumarios a los pueblos y comunidades que luchan por existir como tales, por sus derechos, por su tierra y territorios, por las semillas y la biodiversidad, por el derecho a su cultura y a la autonomía. Sabemos que hoy le toca a unos pero que esos podríamos ser cualquiera de nosotros. Repudiamos enérgicamente el asesinato y la violación de la anciana nahua Ernestina Ascensión Rosario, de Zongolica, Veracruz; el asesinato de Concepción Gabino, de la comunidad de Cuzalapa, de Aristeo Flores Rolón, autoridad tradicional del pueblo nahua en la Sierra de Manantlán, Jalisco; del compañero Faustino Acevedo de San Blas Atempa, en el Istmo de Tehuantepec, y de todos los

asesinados en Oaxaca y San Salvador Atenco. Repudiamos también la violación de las mujeres por parte del Ejército federal en Michoacán y Coahuila, entre otros casos de represión brutal desde el poder. Exigimos la liberación de todos los presos y presas políticas en el país.

El maíz, origen de nuestros pueblos, sigue siendo el centro de la vida, de la cultura, de la inteligencia y de la sabiduría. Si seguimos haciendo nuestro cultivo como nosotros sabemos sin meternos en la otra tecnología, la agricultura de nuestros pueblos va a seguir adelante en la historia y nosotros seguiremos también adelante con la ayuda del maíz construyendo la autonomía desde nuestros territorios.

México DF, a 16 de mayo de 2007

Comunidades indígenas. *Pueblo wixárika, de Jalisco, Durango y Zacatecas; pueblo rarámuri de la Sierra Tarahumara, Chihuahua; comunidad nahua de Ayotitlán, Jalisco; comunidad ñañhú, de Atlapulco, Estado de México; comunidad totonaca de la Sierra Norte de Puebla; comunidades campesinas de Los Tuxtlas, Veracruz; comunidades campesinas del Sur de Veracruz; comunidades zapotecas de los Valles Centrales de Oaxaca; comunidad chontal de Centla, Tabasco; comunidad tlapaneca, de Tlapa, Guerrero, comunidad mixteca de San Juan Mixtepec, Oaxaca; representante del pueblo quechua de Perú.* **Organizaciones Indígenas.** *Organización de Agricultores Biológicos, AC, Oaxaca; Centro de Derechos Indígenas Flor y Canto AC, Oaxaca; Grupo Indígena de Protección Ambiental (GIPA), Jalisco.* **Organizaciones de la sociedad civil.** *Centro Nacional de Apoyo a las Misiones Indígenas AC (Cenami); Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam); Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (Grupo ETC); Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular (Casifop); Coa AC; Consultoría Técnica Comunitaria AC (Contec), Chihuahua; Grupo de Estudios Ambientales (GEA AC), Asociación Jalisciense de Apoyo a Grupos Indígenas (AJAGI); Centro Regional para la Educación y la Organización, Los Tuxtlas, Veracruz; Unidad de Apoyo a las Comunidades Indígenas (UACI-Universidad de Guadalajara, Jalisco; Universidad de la Montaña (Unimon), Chiapas; Desarrollo Integral de los Mexicanos Indígenas (Desmi), Terra de Direitos, Brasil; GRAIN, Enlace, Comunicación y Capacitación AC, Grupo Cultural Nivi Ñuu.*

***** *Éste texto es la declaración del Taller Defensa Territorial del Maíz Nativo en México, celebrado por la Red en Defensa del Maíz entre el 14 y el 16 de mayo, 2007*

El reglamento de una ley ilegítima

El 19 de marzo de 2008 entró en vigor el reglamento de la Ley de Bioseguridad y Organismos Genéticamente Modificados (LBOGM), un reglamento que se redactó a puertas cerradas, y refuerza los aspectos negativos de la ley, entre ellos el de facilitarle los trámites a las transnacionales para que puedan vender semillas transgénicas en el país, lo que legalizaría la contaminación que el gobierno intentó desde principios del siglo, a trasmano, soterradamente.

El reglamento fue un candado más para que la ley cerrara las puertas de la ley a quienes luchan por impedir que los transgénicos penetren en México. En su columna de *La Jornada* Alejandro Nadal, anotaba:

> El reglamento en cuestión es un instrumento que en lugar de regular el tema de la bioseguridad en esta delicada materia, se dedica a proteger y promover a la industria de la biotecnología pues busca dar garantías a las compañías y laboratorios dedicados a la producción y comercialización de OGM. Por ese motivo, el reglamento confirma algo que ya se esperaba dado el texto de la ley: si un agricultor sufre perjuicios por contaminación genética, no tendrá recursos legales adecuados para exigir la reparación de los daños. En cambio, lo que se refiere al papeleo para solicitar y obtener permisos, eso sí está bien cubierto.[1]

En efecto. Cuando las víctimas de la contaminación sean demandadas por las empresas por "uso indebido" de los genes patentados, el reglamento establece que las empresas pueden apelar las decisiones, pero no así la gente común, los campesinos e indígenas cuando su maíz resulte contaminado. Dice Silvia Ribeiro:[2]

> El aspecto central —y el más peligroso— del reglamento es que se deja en manos de las propias empresas solicitantes presentar, documentar y analizar

los riesgos, impactos ambientales, a la salud, a la diversidad biológica, e incluso la evaluación, monitoreo y control de los riesgos que conllevarán sus cultivos transgénicos. Teóricamente, esto será revisado por una comisión de expertos, pero las empresas ni siquiera tienen que presentar la documentación de sus fuentes, solamente indicarlas. A ello se suma que las empresas definirán qué partes de la solicitud son consideradas "confidenciales". Esto quiere decir que ellas definen qué puede ver el público, pero también, que lo marcado como confidencial ni siquiera se distribuirá entre los miembros del comité evaluador, solamente lo verá una sola persona, que será quien coordina este comité.

Es posible entonces que una sola persona, basada en las informaciones de la parte interesada por razones de lucro, sea quien decida sobre la experimentación con maíz transgénico en México, el centro de origen del cultivo, producto del trabajo, sabiduría y conocimiento de millones de personas durante más de diez mil años.

Abraham Mauricio Salazar. Fragmento

La investigadora del Grupo ETC concluía que el reglamento en cuestión nomás abunda en la "vergonzosa farsa leguleya para disimular que se entrega sin condiciones la soberanía alimentaria y el patrimonio genético más importante de México". El análisis de Alejandro Nadal redondea el cuadro en otros aspectos igualmente graves. Para él:

> Lo más importante es el régimen de protección especial para el maíz. El último artículo del reglamento establece que "el régimen de protección especial del maíz (previsto en la LBOGM) se conformará por las disposiciones jurídicas relativas a la bioseguridad que establezca la autoridad". Pero ¿qué quiere decir eso de "disposiciones jurídicas"? Los autores del reglamento y el lobby de la industria de la biotecnología pretenden que con normas técnicas y circulares de la Sagarpa (refrendadas dócilmente por la Semarnat) se establezca algo que parezca un régimen de protección para el maíz. Pero eso, y tal cosa debería quedarles claro, es equivalente a un acto de simulación.

Ya desde el 6 de noviembre de 2006, el Instituto Nacional de Ecología había emitido un dictamen donde se señalaba que la liberación de maíz GM en México debía restringirse a "condiciones experimentales y bajo condiciones de confinamiento, en extensiones limitadas y sólo para el caso de plantas con función femenina (plantas desespigadas a tiempo)". Para Alejandro Nadal "de este modo, el INE ha marcado con claridad poco habitual su oposición a la liberación a escala piloto, y con más razón, a nivel comercial, del maíz transgénico en México".

Lo curioso y tremendo es que en las vueltas y entreveros, en pocos años se pasó de una moratoria para todo lo relacionado con transgénicos en México, al cumplimiento de las disposiciones de la LBOGM, que las diferentes instancias fueron cumpliendo. En este caso, el INE se negaba, entonces, a saltar de las disposiciones de experimentaciones controladas a los escenarios de las siembras piloto y comerciales. Estas reticencias serían rebasadas por lo planteado por el reglamento que nos ocupa. Dijo Nadal entonces:

> Por supuesto, el reglamento hace caso omiso de lo anterior. El artículo octavo transitorio da 60 días a Sagarpa y Semarnat para emitir las disposiciones jurídicas sobre dicho régimen de protección especial, "que sean necesarias para resolver las solicitudes de permiso de liberación de maíz". Más claro no podía estar: el régimen de protección especial es para agilizar los trámites para otorgar los permisos.

A los años, las siembras piloto se hicieron realidad y las siembras comerciales amenazan en el horizonte. Que las organizaciones se pronunciaran no tuvo efecto alguno en las estructuras promotoras de los transgénicos, pero la resistencia en los hechos se profundizaba, con más reflexión, más diálogo interregional desde el nivel de milpa para arriba, y más información puntual compartida. Esto, que a quienes buscan sólo incidencia política les parece poco, se fue consolidando como el núcleo más fuerte de una defensa inteligente y cariñosa del maíz y, sobre todo, de los pueblos del maíz.

Notas:

[1] Alejandro Nadal: "Reglamento sobre bioseguridad: el pecado mortal", *La Jornada*, 24 de marzo, 2008

[2] "La Bioseguridad según Monsanto", *La Jornada,* 29 de marzo de 2008.

Tradición, resistencia y futuro de una lucha

El siguiente es el resumen de un diálogo colectivo al interior de la Red en Defensa del Maíz, que tuvo como resultado varias reflexiones que no habían asomado en reuniones más grandes: sobre todo la búsqueda de una panorámica más ancha en la que la defensa del maíz adquiere una lógica y una importancia crucial para el entendimiento del horizonte general de las luchas.

No podemos dejar pasar los desastres que ya identificamos. Estamos presenciando cambios coyunturales muy drásticos. Cambios en la estructura económica y política del país, y un endurecimiento de los debates. Las reformas neoliberales planeadas y anunciadas hace dos o tres sexenios se están concretando. Las resistencias se desgarraron con la llegada del gobierno de la derecha. El Estado está en pleno ejerciendo como propietario de la tierra para quitárselas a las comunidades. Con la "invasión" de la legalidad, ya las comunidades no pueden ir al monte y ahora resulta que la forma de vida campesina es delictiva. Que son crímenes intercambiar semillas nativas, reivindicar las economías no monetarias, reavivar los intercambios de bienes, recurrir a la organización para el trabajo en forma de cooperación colectiva, como la mano vuelta o las faenas, recolectar, tumbar, quemar y sembrar, entrar al bosque, cosechar el agua de sus manantiales.

Es un enorme problema, la dificultad para visibilizar al maíz como alternativa. Las organizaciones que integramos la Red en Defensa del Maíz nos hemos percatado de que defender al maíz en medio de la vorágine se pone a veces muy difícil. Vivimos la resistencia a las enormes crisis que nos atacan desde todos los frentes como un proceso lento, disperso, fragmentado. Encontramos que no hay ya espacios libres de conflicto. Que al tratar de darle la vuelta a la privatización del agua y todos los servicios, a la urbanización salvaje, al encarecimiento de la vida, a la violencia de todos

La ofrenda llegó a Cuanixtepec, Sierra Norte, Puebla, 2003. Foto: David Lauer

tipos, el maíz no aparece como eje. Ése es un problema más. ¿Cómo asumir, cómo transmitir que el horizonte es volver al maíz, o no hay horizonte? La privatización del petróleo (y las otras fuentes de energía) ha estado drenando la energía de las luchas. Y parecería que las organizaciones que defendemos al maíz no tenemos las palabras necesarias para dialogar con las organizaciones que luchan porque el petróleo quede en manos mexicanas, o porque la energía eléctrica no se privatice.

Eso perfila otro problema: la falsa oposición entre luchar por defender el petróleo o luchar por defender el maíz.

A veces pensamos que varias de las luchas y las resistencias están "haciendo agua": la crisis económica, combinada con el agudo proceso de militarización del territorio y la criminalización de las luchas sociales, está generando la multiplicación de los estallidos sociales locales de comunidades y grupos que han visto cerradas todas las vías de gestión y expresión de su descontento. Los agravios que sufren las comunidades rurales (por la expansión urbana descontrolada, el despojo y la especulación con las tierras, el aumento en la presión para emigrar en un momento en que Estados Unidos cierra sus fronteras) están llevando al límite la capacidad de resistencia local. Sin embargo, las luchas locales, aunque brotan con demandas justas e iniciativas creativas de resistencia, están aún muy fragmentadas territorial y políticamente. Siendo tan variados los frentes de la agresión privatizadora de los recursos y los territorios, las comunidades locales están enfrentando grandes dificultades para integrar todos los ámbitos ("temas") en sus agendas de resistencia. Así, por ejemplo, aunque por todo el país han brotado luchas de resistencia en defensa del agua, el petróleo, los bosques, etcétera, para buena parte de estas luchas sigue sin aparecer como uno de los ejes estratégicos, organizativos y alternativos, la lucha por la defensa del maíz.

Al centrarse en la defensa del petróleo, muchos de los grupos que se han movilizado no están teniendo la capacidad para abordar o enfrentar la situación desde una perspectiva integral, en la cual todas las luchas puedan articularse en una misma, pero que también permita reconocer muchos de los otros espacios de defensa necesarios, como el maíz y el agua. Aún cuando en México logre detenerse la privatización del petróleo e incluso se pueda construir una alternativa de gestión soberana nacional en el aprovechamiento de los hidrocarburos que quedan como reserva, es necesario tomar en cuenta que la explotación de esos recursos ha generado no sólo una enorme injusticia social, sino ambiental; se han creado las bases para una depredación más acelerada de los recursos naturales en México, y de las comunidades rurales (especialmente las indígenas), fomentando el cambio acelerado de los cultivos, la migración masiva y forzada hacia las ciudades o Estados Unidos y la mayor dependencia de la producción rural hacia los cultivos comerciales y de exportación, especialmente los combustibles agroindustriales. Resulta entonces paradójico que, en medio del debate nacional sobre la privatización de los energéticos, se tome muy poco o nada en cuenta el que parte de la crisis energética, económica, alimentaria y am-

biental que vivimos se debe a que el campo y los campesinos mexicanos no sólo fueron abandonados a su suerte, sino que están enfrentando una verdadera guerra de aniquilación.

Agrocombustibles, maíz y las milpas del mundo. Los agrocombustibles están cambiando la estructura agraria de todos los cultivos. Con la idea de que todo sirve para combustible, ya todo se vuelve usable, entonces falta tierra y los precios suben. Por un lado, algunos campesinos están felices porque por primera vez en años su producto, por más exótico e inútil que parezca, tiene precio. Países normalmente importadores de alimentos están al borde de la hambruna, con Wal-Mart arbitrando los precios de las cosechas y los comestibles. El maíz es la presa número uno de la nueva "ideología" de los agrocombustibles. El maíz como materia prima, pero también las milpas (y chacras) en el mundo: los sistemas agroproductivos no uniformados, no privatizados, en donde varias especies conviven y en donde el descanso de las tierras es parte de su vitalidad, son ahora vistos como reservorios de "materia" para agrocombustibles.

El tiradero institucional y ¿la nación como lavandería? Las instituciones, en el uniforme del sexenio en turno, están dejando un tiradero: cada cambio de administración hay confusión, desgobierno y contradicción entre los operadores de los programas institucionales, con graves consecuencias en el lugar mismo que habitan las comunidades. Por ejemplo: la agricultura de invernadero es una moda y los invernaderos crecen como hongos, apoyados por programas de gobierno. Lo mismo con los cultivos exóticos, con el establecimiento de "negocitos" en las comunidades (tiendas de conveniencia del estilo más austero, destinadas además a la quiebra porque Wal-Mart se instalará tarde o temprano). Sigue fomentándose la venta de ejidos. Hay un gran desorden administrativo de las instituciones agrarias. Los supermercados en general están destruyendo aceleradamente las economías locales con la venia institucional. Irónico, extraño, en un tiempo de tanta crisis y constante aumento de la miseria, varias comunidades que participan en la Red en Defensa del Maíz se quejan del flujo del dinero que corrompe las relaciones, los objetivos de los jóvenes, la lucha verdadera por los derechos de las mujeres, entre tantos ejemplos.

El ataque de la legalidad. Con esto nos referimos a la invasión de leyes y normas que se pregonan en todos los rincones del país, como "autos" que el soberano del feudo mandara clavetear a las puertas de iglesias y tabernas. Las comunidades y las personas en las ciudades vivimos acosadas por la legalidad, como si las leyes tuvieran voluntad propia y fueran entes que se dejan venir para entrarnos en cintura. Como dice un campesino de una comunidad en Oaxaca: si nos ponemos a argumentar contra cada cosa que nos afecta de las leyes, entonces tendríamos que convertirnos en despacho de abogados y dejar de ser lo que somos, una comunidad de campesinos.

Una de las consecuencias es que hemos perdido herramientas y brújula. Se descuidan las cuestiones realmente importantes. Hemos olvidado quiénes somos y hacia donde debemos caminar para seguir siendo quienes queremos ser. Por ejemplo en la Sierra Huichola se ha dañado la organización colectiva del trabajo, las comunidades han dejado de hacer recorridos por los linderos, se le resta importancia a la milpa de cada familia.

La contaminación y sus perversiones. Tenemos conciencia de que el mal ya está aquí, y es irreversible, pero no se ha articulado una negación de las organizaciones, más allá de las alternativas o las posibilidades reales de salir del problema de la contaminación, no ha habido un no rotundo a los transgénicos, por parte de muchas organizaciones de la sociedad civil o del público en general. Monsanto ya diseñó maíz transgénico Bt para plagas mexicanas. Si el gobierno subsidia y evita que se miren los costos reales de usar transgénicos, como con el algodón, "estamos fundidos". La contaminación transgénica es una de las partes de un todo más grande contra la agricultura, y especialmente contra la agricultura campesina.

La revolución se ha vuelto borrosa. Luchar por cambiar las condiciones de vida, por la revolución, por la libertad, no da dinero inmediato, como sí lo hace el crimen organizado, especialmente lo que tiene que ver con el narco: la producción, la distribución de estupefacientes toman las energías y la creatividad de las nuevas generaciones. Los menos afortunados son los que lo consumen en vez de producirlo o venderlo.

Es útil, posible y necesario ganar tiempo. No perder de vista un largo plazo inescapable; reconocer el nuevo escenario no implica que dejemos de hacer lo que sabemos que es importante y verdadero: no cejar en la insistencia en sembrar nuestro maíz. No podemos cancelar los pendientes que van saliendo al paso.

En los lugares donde el ataque es frontal, cuerpo a cuerpo, la estrategia tiene que ser integral. Es urgente la ruralización de la ciudad en contra de la urbanización salvaje que sufre el campo.

Finalmente, debe haber un no rotundo a los transgénicos. Un no rotundo, además de tener conciencia de que no vamos a echar para atrás los planes de las empresas y la vocación de pibote, trampolín o palanca del Estado mexicano en el gran engranaje de la explotación capitalista implica que tenemos que considerar una vida en defensa del maíz. Urge responder a las mismas preguntas en cada uno de los nuevos contextos que surjan.

---

* *Reunión preparatoria de la Red en Defensa del Maíz para el Foro-Taller Semillas, Tradición, Resistencia y Futuro (celebrado en julio de 2008): diálogo entre integrantes del Colectivo Coa, Radio Huayacocotla, el Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, el Grupo ETC, el Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular, GRAIN, 25 de abril de 2008*